FERNANDO

ILUSTRADA PARA NIÑOS

BUSTO DE JULIO CÉSAR (Mármol)

BIBLIOTECA ILUSTRADA

XXX

X24

—¿Qué te pasa hoy, querido Pedro?

CRISTÓBAL SCHMID

año 1928

FERNANDO

ILUSTRACIONES DE ORTEGA HERNÁNDEZ

25122

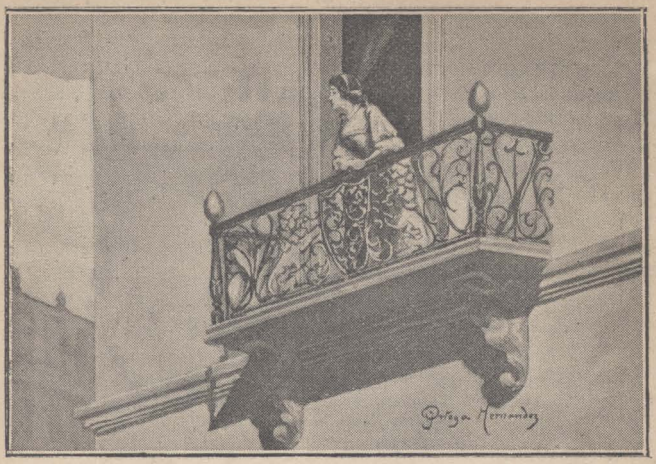
LIBRERÍA CIENTÍFICA Y LITERARIA
El Ateneo
PEDRO GARCÍA
B. AIRES
Florida 371 - Bme. Cordoba 2099

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

MADRID
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ
Calle de Valencia, núm. 28.
CASA EDITORIAL FUNDADA EL AÑO 1876

128 x 186

MADRID.—Jaime Ratés, impresor, plaza de San Javier, núm. 6.



CAPITULO I

LOS PADRES DE FERNANDO

En el tiempo en que el emperador de Alemania fué también rey de España vivía en este país de las delicias el poderoso conde Alvarez. Había nacido grande de España, dignidad á que eran elevados solamente los duques y primeros condes del reino. Erigió en Madrid, entonces capital de la Monarquía, un suntuoso palacio, y tenía en las más bellas provincias de la nación muchos castillos y quintas, importantes bienes y cuantiosos tesoros en oro, plata y joyas de toda especie. Era hombre de gran talento y de corazón nobilísimo, y empleaba sus luces, crédito y riquezas en provecho de sus semejantes.

Su esposa, D.ª Isabel, era una de los mejores seño-

ras que hayan existido. Aunque no gozaba de perfecta salud y estaba casi siempre pálida, su dulzura y benévolas disposiciones le daban un encanto indecible. Tanto con sus maneras como con su porte despertaba un raro interés: poseía el encanto de un lirio florido.

Vivían los Condes en el más dichoso connubio; pero como no hay felicidad completa en la Tierra, tenían también algún disgusto. Llevaban muchos años de matrimonio, y no habían logrado tener un hijo que pudiese heredar sus bienes y virtudes, lo cual originaba, especialmente en la Condesa, un profundo sentimiento. Recelaba en secreto que su esposo podía estimarla menos por esta causa.

Su esposo le había regalado un cuadrito precioso, con marco dorado, que representaba á la Virgen con el Niño Dios y expresaba con propiedad inimitable la ternura materna de la Virgen contemplando al precioso Niño. Pero mientras la Condesa admiraba la hermosa pintura, brotaban lágrimas de sus ojos, y suspirando decía:

—¡Ah! ¡María era efectivamente la más bendita entre todas las mujeres! ¡Ojalá pudiera yo participar de una sombra no más de esta santidad!

En un caluroso día de estío fué con su esposo al campo. Una pobre mujer á la orilla de una haza segaba yerba para su vaca. No se veía á su lado más que á un niño, delicada criatura, de color moreno y agraciada, que lucía como una rosa. La madre había cogido flores y se las echaba entre las piernecitas para que jugara. En medio del trabajo, á cada instante miraba al niño, le dirigía una cariñosa sonrisa y le hablaba.

La Condesa se acercó al niño, le contempló con placer, y entre chanzas y veras dijo á la madre:

—¿Queréis darme ese hermoso niño?

Y la pobre madre exclamó:

—¡De ningún modo; no, señora, ni por todas las riquezas del mundo!

La Condesa se apartó, y al retirarse dijo á su esposo:

—¡Cuán rica es en su pobreza esa madre! ¡Cuán pobre soy yo con todas mis riquezas, careciendo de los goces maternales!

Doña Blanca, amiga de la Condesa desde la niñez, y señora muy amable que había casado con el hermano del Conde, tenía ya cinco hijos á los cuales educaba esmeradamente. Una vez al año iba á visitar á la condesa Isabel, llevando á todos sus niños, y permanecía en su casa, á ruegos de ella, algunas semanas más de lo que había hecho intención. La noble Isabel experimentaba con los niños de su amiga tan grande alegría que le hacía olvidar sus penas. Proporcionaba á los niños toda suerte de juegos, y se divertía con sus travesuras, sus pueriles preguntas y sus ocurrencias; pero una pequeñez llegó á herir su corazón.

—Tía—preguntó una vez con inocencia uno de los niños, criatura de seis años,—¿y tú cómo no tienes ningún hijo?

La condesa Isabel le contestó:

—Todos vosotros también sois hijos míos.

—¡Tan afortunados somos, que tenemos dos madres tan buenas!—exclamó el niño; y dió un brinco de contento, mientras asomaban las lágrimas á los ojos de la Condesa.

Aunque D.ª Blanca estuviera gustosa con sus hijos en casa de su amiga, tenía precisión de regresar á la suya para no descuidar los asuntos domésticos. La condesa Isabel correspondía á la tierna despedida de aquélla y regalaba largamente á todos los niños. Cuando habían partido y ya no se oía por ninguna parte el alegre ruido de las criaturas, los aposentos del castillo, los céspedes y calles del jardín le parecían á la Condesa enteramente desiertos y como privados de vida. El silencio que entonces reinaba la llenaba de amargura, y exacerbaba más y más la pena de no tener ningún hijo.

Como carecía de la dicha de tener hijos en quien emplear sus amantísimos cuidados, su amor se extendía á todos los niños del condado. La entristecía mucho ver en sus posesiones corretear por las calles á varios niños ociosos y desaliñados. Mandó, en consecuencia, arreglar para enseñanza é instrucción una pieza del castillo, llevó maestros y maestras, cuidó de que los niños almorzaran, comieran y merendaran, y ordenó pagar las pequeñas tareas en que se los ocupaba, á fin

de inculcarles el amor al trabajo y formarles un capitalito para en adelante.

Apenas pasaba día sin que visitase la escuela: conocía á todos los niños, los llamaba por su nombre, asistía á la instrucción, preguntaba á los niños, examinaba sus trabajos, gratificaba á los aplicados, y hasta en las horas de recreo se hallaba en el jardín. Los niños se acostumbraron pronto al aseo, aplicación y orden, y tomaban además un aspecto halagüeño y sano.

Hallábanse muy contentos en la casa, y nunca llamaban á la Condesa más que madre, lo cual le servía de gran satisfacción. La noble Condesa hizo también una fundación para que aun después de su fallecimiento se sostuviera el instituto.

Al fin quedó colmado el ardentísimo deseo de la Condesa y atendida su fervorosa plegaria, pues fué madre de un varón. La criatura nació sana y robusta; pero la madre cayó peligrosamente enferma, y pronto se perdió toda esperanza de salvación. Sus últimos instantes fueron de una sublimidad é interés superiores á todo elogio, y en ella se manifestó perfectamente el arraigo de sus creencias. Llena de fe y de esperanza, se entregó á la voluntad divina, y su confianza en la vida eterna ahuyentó de su próxima muerte todo espanto. Consolaba á su afligido esposo y le agradecía su amor y su lealtad; pidió á su hijo para verle una vez más, y se lo llevó el contristado padre. Oró, estrechó entre sus brazos al niño, le miró otra vez, dedicándole la última sonrisa, le regó con sus postreras lágrimas y dijo:

—¡Pobre niño, pobre niño! ¡Tú bien me contemplas; pero no me conoces á mí, que soy tu madre: apenas sabes algo de ti mismo, é ignoras qué grande amor te profesa mi corazón! ¡Antes que tu madre se separe de ti, no puedes ni una sola vez saludarla con la primera sonrisa, y mucho menos pronunciar el nombre de madre! ¡Tú no sabes cuán amarga me es esta separación; nunca te acordarás del maternal semblante que en breve se reducirá á polvo, ni de que viste una vez á tu madre! ¡Crecerás sin mis tiernos cuidados, á no ser que pronto me sigas al otro mundo! ¡Cúmplase, pues, la voluntad del Señor!

El llanto la interrumpió; besó al niño, le bendijo y le entregó de nuevo á su padre, diciendo:

—¡Le pongo en Dios y en tus brazos! ¡Dios cuidará de este pobre huerfanito sin madre, y tú también serás un buen padre para él!

El dolor y la arenga la habían afectado mucho: permaneció callada largo rato, y únicamente alzaba de cuando en cuando los ojos al cielo, orando en silencio.

La fiebre fué en aumento, y en medio de ella pidió su cofrecito de joyas. Creyó el Conde que hablaba extraviada por la calentura; pero ella dijo:

—¡Sé muy bien lo que pido! ¡Tráemelo!

La doncella llevó el cofrecito y se lo presentó abierto. Isabel lo miró para enterarse de si estaban allí todas sus alhajas, y dijo á su marido:

—De ti, queridísimo esposo, recibí al casarnos estas joyas como regalo. Ahora, si te place, deseo legarlas á mi amadísima amiga mi leal Blanca, en prueba de estimación.

El Conde asintió muy gustoso. Ella quiso cerrar otra vez el cofrecito con su llavecilla; mas no pudo lograrlo, y dijo:

—¡Ah! ¡Con estas joyas la buena Blanca adornó mis cabellos el día en que como novia me acompañó al pie del altar! ¡Disfrute ella este aderezo, salido de mis manos ya rígidas! Escribe esto á mi amada amiga, y ruégale que use estas piedras y perlas en memoria de una amiga que le fué fiel hasta morir.

Fatigada, calló de nuevo un rato, y luego dijo:

—Aún tengo otro deseo; mas no veo medio de que se cumpla. La primera educación de los niños pertenece á la madre, y, por tanto desearía que mi cara Blanca, esa excelente madre, educara á este niño juntamente con sus hijos. Pero ya veo, amadísimo esposo, que no querrás separarte del niño, fiel prenda de nuestro amor. Este deseo mío debe quedar por precisión sin satisfacer.

—Tranquilízate, querida Isabel—dijo el Conde:—Dios dispondrá que tu amiga sea también aya de nuestro amado hijo.

Asaltó al Conde el presentimiento de que él no vi-

viría mucho; pero en aquel trance quiso disimularlo á su esposa.

La noble Condesa soportó su pena con celestial resignación, y desapareció en ella lo terrenal. Visiblemente acercábase la muerte, mientras el Conde miraba á su agonizante consorte profundamente afligido.

Poco á poco se reunieron todos los moradores del palacio con paso quedo, teniendo los ojos arrasados en lágrimas y cruzadas las manos, alrededor del lecho de su ama, cordialmente adorada y querida. Una doncella decía en voz no muy baja á la camarera:

—¡Ah! ¡Qué duro es apartarse de este mundo y dejar todos los amigos!

La Condesa, que oyó esto, por cuanto el oído de los moribundos suele ponerse más fino, dijo con voz débil:

—Yo voy á un mundo más bello, al que me seguirán dentro de poco mi querido hijo, mi caro esposo y cuantos amo en la Tierra.

Mientras decía esto su semblante parecía como iluminado con la esperanza de volver á ver en el Cielo y en breve á su hijo, á su esposo y á sus amados amigos.

Pocos instantes después expiró, entre el llanto y sollozos del Conde y de todos los circunstantes y las fervorosas preces de un piadoso eclesiástico, que acogió su última confesión y de cuyas manos había recibido el pan de la Eucaristía para el dilatado viaje á la eternidad.

El pesar del Conde por la irreparable pérdida de su amada consorte fué superior á toda expresión. Sólo una firme creencia en que tal era la voluntad de Dios le alentó y le libró de sucumbir á la aflicción. De rodillas y reclinado sobre el lecho de su esposa, cruzando las manos regadas de lágrimas ardientes, dijo con voz que hacía estremecer el corazón:

—¡Señor, hágase tu voluntad!

Después contempló una vez más el pálido rostro de su esposa, y añadió:

—¡Vive en la bienaventuranza, tú, ángel encantador á quien Dios me había asociado para la carrera de mi vida! ¡Tú, en efecto, eras para mí un ángel bueno y apaciguador á veces de mi arrebatada cólera! ¡Me des-

viaste de muchos azarosos pasos y me advertiste el mucho bien que podía dispensar, pero que sin tu dulce recuerdo no hubiera hecho! ¡Tú fuiste para mí como una aparición del Cielo que pasó benéfica por doquiera! ¡Apesarado me aparto de ti! ¡Dios haga que en la Gloria volvamos á vernos!

No consintió que se le impidiese acompañar el amado cuerpo hasta la tumba.

A la sazón el único goce que había para el Conde en la Tierra se reducía á su hijo, que recibió en el santo Bautismo el nombre de Fernando. Muchas veces al día se acercaba á la cama á contemplar al gracioso niño, y aunque la camarera tenía para él mucha atención y grande amor, el Conde casi siempre le recomendaba de nuevo que tuviera sumo cuidado. El mismo padre solía sacarle á la ventana ó al jardín, y cualquiera que hubiese reparado en él, ataviado con el triste vestido de luto y llevando entre sus brazos al niño cubierto de finísimos pañales, se habría afectado hasta llorar. Crecía el niño, medrando y haciéndose de día en día más hermoso y amable. Hablaba el Conde con el tierno pimpollo como si ya le entendiese; enloqueció de júbilo cuando el niño por primera vez le correspondió con una sonrisa y le alargó los bracitos, viendo el Conde en esto que ya le conocía. También el balbuceo ininteligible del niño le sonó más dulcemente que la más suave música, y por anticipado gozaba con la mayor dicha del mundo pensando en el momento en que por primera vez le llamase papá.

Mas el noble Conde no vivió bastante tiempo para ver aquel momento. Hacía poco que, á consecuencia de una caída del caballo, había contraído una dolencia de pecho, que empeoró mucho con el profundo pesar de la muerte de su esposa, y cayó en una consunción que presagiaba su cercana muerte. Arregló su testamento, escribiéndolo de su propio puño, y dirigió á su hermano, á quien nombraba tutor del niño Fernando, una extensa epístola para que se la entregaran después de su muerte. Pocos días antes de verificarse ésta escribió todavía con mano trémula una carta particular á su cuñada D.ª Blanca, y con las más patéticas expresiones le rogaba que cumpliera el deseo de su bien-

aventurada esposa y que educara al desamparado niño entre los suyos, no pudiendo confiar su hijo á mejores manos; en la inteligencia de que él moría consolado, por cuanto así quedaría mejor cuidado su querido hijo.

El día de su muerte pidió á la camarera que le llevase al lecho el tierno infante: le besó y bendijo, y mandó que inmediatamente después de fallecer llevaran sin dilación al niño á D.ª Blanca, presentándole juntamente la carta que había cerrada sobre la mesa de noche. Una hora después falleció, en la piadosa esperanza de volver á ver en el Cielo á su amada esposa, y la camarera hizo los preparativos del viaje á fin de cumplir la última voluntad del Conde.

CAPITULO II

LA ORFANDAD

Doña Blanca vivía á muchas leguas de distancia, en un antiguo castillo, construcción de moros, de aspecto sumamente raro; tanto que sólo entrar en él, subir por las estrechas y oscuras escaleras de caracol, recorrer sus galerías y los aposentos de altas techumbres abovedadas imponía miedo y horror. Pero D.ª Blanca vivía muy gustosa en aquel antiquísimo palacio, desde cuyas altas y arqueadas ventanas se disfrutaba una vista magnífica al hermoso jardín propio y á la feraz campiña. Como su esposo era jefe de un regimiento, pasaba ella la mayor parte del tiempo en el campo, y aunque separada de aquél, dedicada únicamente á sus niños se tenía por dichosa. Sólo acariciaba la idea de enseñar á sus hijos á ser hombres de bien, lo cual estaba segura de conseguir en el silencio de la vida campestre mejor que en el bullicio de la ciudad.

Blanca había recibido con el más sincero gozo la noticia de que su amiga Isabel, con quien desde la infancia había mantenido estrecha amistad, era feliz con su recién nacido.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios!—exclamó.—¡Gracias á Dios, que ha satisfecho el apasionadísimo deseo de Isabel de estrechar contra su maternal corazón un gracioso niño!

Su júbilo fué tan leal, tan ajeno á todo interés, que,

olvidada de sí misma, ni una sola vez pensó en que con el nacimiento de aquel niño perdía para sí y para sus hijos la posesión de un vasto y rico condado.

Pocos días después del alegre mensaje del nacimiento de Fernando recibió la triste nueva: llegó una carta con orla y nema negros, que contenía la inesperada noticia de la muerte de Isabel.

Con semejante nueva quedó Blanca pálida como un cadáver, y trascurrió largo rato antes que pudiera recobrarse para deshacerse en un mar de lágrimas. También lloraban los niños cuando vieron llorar á su madre.

—¡Ah!—decían.—¡Pobre tía, pobre y querida tía! ¡Ahora ya no podemos ir á su casa, ni nos regalará más juguetes!

Antes que Blanca dejase el luto por su amiga recibió la noticia del fallecimiento del noble Conde, y aunque no la halló desprevenida, nunca se figuró que acaeciera tan presto. Quedó en consecuencia sumamente consternada. Con el corazón afligidísimo despachó un propio á su marido, que aún estaba en la guerra.

Al día siguiente, á la hora en que se hallaba cenando con sus hijos, le anunciaron la llegada de la camarera del Conde que llevaba al niño Fernando. Pesar y gozo rebosaron á un tiempo en el corazón de Blanca: lo primero, porque con nueva fuerza la embargaba el recuerdo de unos parientes tan prematuramente muertos, y en medio de este sentimiento hallaba algún contento al ver confiado á sus maternales desvelos el gracioso hijo de su amiga.

Antes que se tranquilizara, la camarera, vestida de luto y alzado el velo de crespón negro, entró en el aposento y le puso en los brazos el hermoso y tierno niño, que llevaba un largo vestido blanco ceñido con cintas negras. Después de un largo llanto, la camarera pudo al fin decir con voz afligida é interrumpida por sollozos que, conforme á la postrera voluntad de sus difuntos amos, llevaba el único vástago de los ilustres parientes. Presentó la carta que contenía la súplica del Conde para que hiciese con el huerfanito las veces de madre, así como su esposo las de padre.

A la vista del hijo de su querida amiga, al que veía por primera vez, Blanca quedó profundamente afectada y corrieron copiosas lágrimas por sus mejillas. Levantóse con su indecible afabilidad, miró al niño y le habló con su dulcísima y amable voz:

—Ven, gracioso angelito. Tú eres tan precioso para mí como tu madre querida.

El niño, que verdaderamente no comprendía tales palabras, mas sí su afectuoso significado, alargó hacia ella inmediatamente y sonriendo ambos bracitos.

—¡Ah!—dijo Blanca.—Tú no puedes hablar todavía, pero á mi saludo respondes con bastante claridad en tu dulce sonrisa. Sí, ven, ven á mis brazos y á mi corazón.

Rodeó al niño con sus brazos, le apretó contra su seno, rególe con sus lágrimas y dijo:

—¡Oh querido hijo! Así te llamó alguna vez tu madre antes que la conocieses. ¡Jamás te acordarás de haber visto su amable rostro ni de haberle oído el dulce nombre con que te dió la bienvenida. ¡Ah! Aquel gracioso semblante, aquellos hechiceros labios ya se corrompieron en el sepulcro, sin que tú sepas esto ni te puedas entristecer por ello. Jamás pudiste saludar con el grato nombre de madre á la que te llevó en su seno. Has sido como un tierno pimpollo de rosa desprendido del tronco maternal, aunque no por eso te marchitarás, pues yo seré para ti una amantísima y esmerada madre. Tampoco has podido llamar á tu padre por su nombre. Su tierno cariño para ti, aunque le disfrutaste, se desvanecerá de tu memoria, y el recuerdo de su venerable aspecto y de su paternal fisonomía pasarán para ti como una imagen en sueños. ¡Quiera Dios que mi esposo repare contigo la pérdida de tu padre!

Entonces Blanca se volvió hacia sus hijos, que llorando la rodeaban.

—Niños—les dijo,—saludad también á vuestro nuevo hermanito y prometedle que le tendréis mucho cariño y le daréis mucho gusto.

La aflicción de aquellas criaturas pasó más presto que corrieron las lágrimas por sus mejillas.

—Yo por mí no dejaré de entretenerle—dijo Felipe, niño de unos siete años.

Tenía una flauta y empezó á tocar una marcha lo mejor que pudo. Carlos, otro niño, se colgó á la cintura su tamborcito, pintado de blanco y rojo, y lo tocaba también. El niño se recreaba con la algazara y á carcajadas reía de contento. Pero para que no creciese el alboroto, la madre dijo:

—Basta.

E instantáneamente enmudecieron tambor y pífano, pues los niños estaban acostumbrados á obedecer.

Eugenia, de unos ocho años de edad y la mayor de las condesitas, dijo:

—Yo ofrezco todas las estampitas que ya he aprendido para que sirvan á nuestro lindo hermanito. Le coseré una camisita si mamá se la corta y le haré un par de mediecitas muy bonitas. También pienso, ya que es tan rico mi arte de cocina, ser cocinera del niño. Dí, querida mamá, ¿qué le podré guisar por de pronto?

—Te has acordado muy á tiempo—dijo la madre,—pues con el viaje el chiquito debe tener hambre.

Entonces llegó Clara, la menor de las condesitas, niña de unos cuatro años, presentó al niño un par de castañas y le dijo:

—Cómetelas.

Y como no sabía que el niño no tenía aún dientes y echáronse á reir los demás niños, quedó avergonzada; pero la madre alabó á la niña su buen corazón y destruyó su error.

—Muy fácilmente—dijo á los niños mayores—nos podemos equivocar como humanos; mas si nos guía una buena voluntad, no hay nada que decir. La buena voluntad es la que ante todas las cosas da un justo precio á nuestros actos é inclinaciones.

CAPITULO III

NUEVA MADRE Y CURADORA

Fernandito crecía y prosperaba grandemente con los cuidados de su segunda madre. Comenzó á hablar, y la primera palabra que pronunció muy clara fué el nombre de *mamá*. En adelante nunca llamó á doña Blanca de otra suerte que madre, lo mismo que los demás niños, pues nada sabía de si había tenido otra madre. Desde aquel día fué más hermoso y amable. Sus graciosos ojos, sus rosadas mejillas, abundantes y oscuros rizos, y sobre todo las animadas y negras pupilas, le daban un encanto indecible. Mostró una gran comprensión y un corazón benévolo, lleno de sensibilidad, excitable para todo lo bueno y bello. Su segunda madre le amaba tan entrañablemente como á sus propios hijos, y también le querían éstos, sin que jamás pensasen en que no era su verdadero hermano.

Esta excelente madre sabía educar á la perfección á sus hijos, entre los cuales siempre se creía felicísima. En el vasto y magnífico jardín del castillo, bajo un cielo azul y sereno ó bajo el espeso follaje de árboles cargados de exquisitos frutos, entre fragantes flores y lozanas plantas de toda especie, hablaba con sumo cariño de los bienes y goces de Dios, y de continuo los recordaba á sus niños al levantarse ó recogerse, en la comida y en la cena, en todas aquellas satisfacciones grandes ó pequeñas que disfrutaban. Con la intuición

y claridad que le eran propias refería á los atentos niños las preciosas y admirables historias en que Dios, como buen padre que es de los hombres, colmaba de goces á los buenos y los hacía dichosos, al paso que castigaba á los malos. Hallaba mucho placer en que los niños le preguntasen, á cuyas preguntas respondía con talento y siempre con igual amabilidad. Las anécdotas proporcionaban, de este modo, asunto para entretener y eran tan instructivas como agradables á los niños.

La madre experimentaba particular gusto en que los niños hicieran observaciones propias sobre los sucesos referidos, lo cual servía de singular diversión á Fernandito. Imaginaba él que el paraíso no podía ser más bello que el jardín del castillo.

—En este jardín—decía—que Dios nuestro Señor nos ha concedido, verdaderamente somos tan felices como los primeros hombres en el paraíso.

—Así lo seréis, queridos hijos míos—dijo la madre, —si os conserváis piadosos é inocentes y si os guardáis del pecado.

Contra Eva estaba Fernando muy irritado.

—Si ella—decía—no hubiese sido tan tonta y no hubiera creído á la pícara serpiente más que á nuestro Señor, ni mi querida mamá, ni mis hermanos ni yo nos moriríamos. Yo no he visto ninguna serpiente, y la conozco sólo por el libro de las estampas; pero si alguna vez viniese á mí y me quisiera engañar, no la escucharía; cogería un buen garrote y la mataría á palos.

La madre se echó á reir y dijo:

—No sucederá que una serpiente hable contigo, y lo que ahora nos hace ser malos es la inclinación al pecado.

Explicó esto con un ejemplo.

—¡Ah!—dijo el niño.—La tentación es para nosotros una especie de culebra maligna, y yo me guardaré de ella.

Le gustó mucho que los dos primeros hermanos ofreciesen á Dios en sacrificio un tierno corderito y frutos del campo.

—Esto es hermoso—decía,—y lo alabo; pero ¿por

qué no levantamos nosotros también un altar á Dios en nuestro jardín y le ofrecemos del mismo modo en sacrificio un tierno corderito blanco de nuestro gran rebaño ó algunas rubias espigas de nuestros trigos?

La madre le contestó:

—Nosotros tenemos en nuestra iglesia un altar en el que se representa de continuo un augusto sacrificio. Aquel primer sacrificio del cordero y aquellas ofrendas de los frutos eran solamente un remedo del santo sacrificio actual. Tú no comprendes esto todavía, pero cuando seas mayor y más instruído, ya lo entenderás. Además, el corazón de cada hombre debe ser un altar para el Señor, pues nosotros debemos hacer sacrificios á Dios en nuestro corazón.

Fernando decía:

—No entiendo cómo pueda hacerse esto.

La madre explicó más extensamente cómo Dios aceptó el sacrificio del piadoso é inocente Abel y reprobó el del odioso Caín.

—Ahora—dijo Fernando—comprendo lo que mamá quiere decir: la piedad, el amor filial, la inocencia en el corazón de Abel era el sacrificio que á Dios agradaba; pero á Caín de nada le sirvieron todos sus sacrificios, porque no tenía un tierno corazón para con Dios. Ya sé cómo puedo hacer á nuestro Señor un continuo sacrificio que le sea grato: seré siempre muy piadoso, tendré amor á Dios y le obedeceré.

Al oir el hecho de Caín estremecióse Fernando y su corazón se llenó de aborrecimiento á la maldad.

—Este—dijo—no vió la serpiente en un árbol, sino que ya se le había metido en el corazón. La aversión á su hermano era la serpiente que le guiaba.

Del inocente Abel tuvo el buen Fernando la mayor compasión, y cuando pensaba en el desconsuelo de Eva y Adán al hallar á su amado hijo muerto y ensangrentado, se le bañaban los ojos en lágrimas y decía:

—Este debió ser un triste espectáculo. ¿Cómo pudo nuestro Señor permitir que de tan horrible manera pereciese el bueno y piadoso Abel? Si yo hubiera sido Dios, no lo habría consentido.

La madre le dijo que Dios, por lo mismo que ama-

ba tanto á Abel, le había llamado al Cielo, sitio mucho más hermoso de lo que había sido antes el paraíso.

Con esta advertencia, Fernando quedó muy contento y dijo:

—De ese modo, la muerte no es tan temible como se piensa.

Con la misma atención oyó también otras historias, y los demás niños escuchaban con placer las narraciones de la madre, se alegraban siempre con ellas y solían importunarla diciendo:

—¡Ah! Contad, contad.

Estas narraciones de la madre hacían religiosos á los niños, echaban los cimientos para afianzar la fe en sus corazones y eran un rico dote para toda la vida.

CAPITULO IV

EL TUTOR

Don Alonso, marido de Blanca, era enteramente lo contrario de su hermano, el difunto Conde: soberbio, dominante, ambicioso, fastuoso y disipador. Su rico y extenso señorío, que como á hijo segundo le había tocado en herencia, era, con mucho, insuficiente para sufragar sus exorbitantes gastos, y él lo calificaba de ruin é insignificante. Abrazó, por tanto, la profesión militar, á fin de obtener, como decía, con el valor lo que el derecho de primogenitura había concedido á su hermano. Su castillo se le hizo odioso por la vetustísima arquitectura, y aunque sólido y duradero, le habría demolido hacía tiempo y levantado uno nuevo, si su fortuna se lo hubiese permitido. Era para él estrecho y anticuado, y mientras no estaba en campaña, pasaba la mayor parte del tiempo en la corte. Sólo de tarde en tarde venía á su casa, trayendo siempre consigo muchos sirvientes lujosamente vestidos y una porción de costosos caballos. Inmediatamente que llegaba reunía á los nobles vecinos, daba grandes festines y hacía que esto repercutiese en el castillo muy estrepitosamente. Se ocupaba poco de sus hijos, y la madre, mientras el padre permanecía allí, no podía dedicarles la atención á que estaban acostumbrados. Los niños habían de estar constantemente engalanados con magnificencia, ser presentados á las señoras y á

los caballeros forasteros, hacer cultas demostraciones de urbanidad, emplear muchas horas angustiosas en fastidiarse y renunciar por algún tiempo á sus juveniles entretenimientos. Suspiraban por el día en que marchara otra vez su padre, y en que, reunidos bajo los árboles del jardín alrededor de su madre, podrían oir sus cuentos ó hacer algún divertido juego sobre la verde alfombra. Así, no podían dejar de conocer que el padre les profesaba menos amor que la madre.

Pero Alonso, que al presente era tutor del joven Fernando, no lo podía soportar, y la criatura era para él una verdadera espina clavada en el corazón. La noticia del nacimiento del niño le había consternado, y desde entonces quedó como herido del rayo. Se había figurado que su hermano no tendría ya sucesión y miraba los bienes de éste como propiedad suya y de sus hijos. Mas ahora, habiendo heredero del pingüe condado, Alonso se expresaba así:

—Me pasa lo mismo que á un labrador cuando ve abrasadas sus cosechas por la helada, ó á un comerciante que recibe la noticia de haberse perdido el bajel en que cifraba todas sus esperanzas.

Aborrecía de muerte al huerfanito sin haberle visto aún, y cuando lo vió, apenas pudo disimularle su aversión. Jamás lo miró con gozo, y siempre hallaba algo que reprenderle. Por esta causa Fernandito no se acercaba tampoco á su tío Alonso, habiéndole cobrado miedo y horror. Si Blanca elogiaba al niño, al punto Alonso se enfadaba y le echaba en cara que estimaba más á un niño extraño que á los suyos.

—No es así—replicaba Blanca;—amo, efectivamente, á esta infeliz criatura tanto como á mis propios hijos. ¿Y qué razón hay para lo contrario? Es hijo de tu hermano y de mi desgraciada amiga. ¿Y qué sería de este pobre niño, sin padre ni madre, si nosotros no le sirviéramos de tales? No te olvides de aquel bello precepto de nuestro divino Redentor: «Lo que hagáis con uno de estos pequeñitos es como si lo hicierais conmigo».

Pero Alonso se retiraba indignado y sin decir una palabra. A veces entre los amigos, que ignoraban que

Fernando era hijo adoptivo de Alonso, había algún caballero ó señora que decía:

—Indudablemente, don Alonso tiene unos niños muy amables, pero Fernandito lo es sobre todos.

Esto exaltaba extraordinariamente la aversión del soberbio Alonso, haciendo que odiase más que antes al pobre niño.

Una tarde en que Alonso, como de costumbre, no se hallaba en casa, Fernandito, que á la sazón tendría unos ocho años, se sintió repentinamente indispuesto. Tenía ardor y violento dolor de cabeza, sin ningún otro indicio de enfermedad; pero su tierna madre creyó el mal muy peligroso y sintió grande angustia. La ciudad estaba demasiado lejos para hacer venir un médico con la prontitud que ella deseaba, y mandó llamar al de la aldea más cercana. Este médico, que se llamaba Ambrosio, se presentó sin tardanza. Vestido pomposamente de colores verde y de fuego, pero con alguna extravagancia, cubierta la cabeza con una gran peluca, entró en el aposento del enfermo haciendo profundas reverencias. Calóse sus grandes anteojos, contempló al niño, le tomó el pulso, se encogió de hombros, meneó la cabeza, hizo un gesto muy sospechoso y nada dijo. El enfermito se asustó del médico, pero los demás niños, que formaban corro, dirigían curiosas miradas al forastero, y una traviesa muchacha dijo bajito á sus hermanos:

—Este hombre con peluca, anteojos y nariz larga se parece á un buho como un huevo á otro.

Todos los niños soltaron la risotada; la madre les reprendió su descortesía y les mandó salir de la habitación.

El pretendido médico no era más que un barbero; pero los labradores, si lo querían ver de buen humor, le llamaban señor doctor Ambrosio. Como el señor doctor Ambrosio no se explicaba acerca de la indisposición del niño, la Condesa presumió que el mismo barbero lo ignoraba, y le dijo:

—Entiendo que es usted un médico experimentado.

—Yo también lo creo—dijo el fatuo.

La Condesa, riéndose, añadió:

—Hablad claro: ¿qué viene á ser el mal del niño?

—La enfermedad—dijo Ambrosio—necesariamente ha de complicarse más todavía, y á estas horas ni el primer doctor de Europa sería capaz de atinar lo que debe juzgarse fijamente de la dolencia del enfermito.

—Pues bien—dijo la Condesa,—esperemos hasta mañana.

Hízole una reverencia y le dió las buenas noches.

Ya se preparaba á enviar un criado á la ciudad en busca de un médico, cuando un correo con suntuosa librea, que se apeó en el patio del castillo, le anunció la llegada inesperada de su esposo. Madre é hijos salieron apresuradamente á recibirle; pero aquélla notó al punto que el padre estaba muy apesadumbrado y debía traer alguna grave pena en el corazón.

—¡Hola!—dijo mirando alrededor.—¿Fernando dónde está? ¿No puede venir á recibir á su tutor y hacerle el debido acatamiento, ó se cree ya poderoso señor de un vasto condado?

—¡Ah!—suspiró la Condesa.—No piensa en eso todavía. El pobrecito se halla realmente muy malo. Ven á verle conmigo.

—¿Malo?—exclamó Alonso, y su tétrico semblante de repente dejó el ceño.—Pues yo ahora no le puedo asistir en nada: manda llamar al médico, presto; no envíes más que al lugar.

—Ha estado ya el médico de la aldea—dijo Blanca,—pero el hombre es tan ignorante que no es posible confiarle el niño.

—¡Oh!—replicó el Conde.—No es tan lerdo como parece; de todos modos, para un muchacho ya será bastante bueno.

En esto llegó el administrador de Alonso y le trajo un paquete de cartas que habían ido llegando. Pasó rápidamente la vista por los sobres, y conociendo la letra de los más, enfadóse de tal modo que las pisoteó.

—¡Detestables, importunos, bellacos!—exclamó.—¡Ya sé lo que quieren!

Mas al ver entre aquéllas una con gran nema, dijo:

—Esta carta es para mí de suma importancia, y debo leerla inmediatamente. Llamad entretanto al barbero, que necesito hablarle yo mismo.

Metióse á toda prisa por un largo y obscuro pasadi-

zo en la antigua torre del castillo, en la cual había instalado su cancillería y á donde solía retirarse cuando tenía negocios urgentes ó estaba de mal humor, lo que acontecía frecuentemente. Abrió precipitadamente la carta que tan interesante suponía, la leyó con ansia y furioso la hizo pedazos; echóse desesperado en una silla y exclamó:

—¡Soy perdido!

La situación de Alonso era, en efecto, muy arriesgada. Durante el largo tiempo que su hermano había permanecido sin hijos, había gastado mucho más de lo que rentaba el rico condado y dispuesto de una gran suma de dinero. Como la salud de su hermano había sido siempre muy delicada y parecía tener propensión á la tisis, Alonso esperaba entrar muy presto en posesión de todos los bienes, y en tal expectativa se había empeñado por crecidas cantidades. Las gentes pensaban que en breve sería un poderoso y rico señor, por lo cual le adelantaban gustosamente cuanto dinero pedía. Presentaba siempre cartas de pago por cantidades mayores de lo que recibía, prometía subidos intereses y dejaba éstos para nuevo aumento del capital. Cuando su hermano, contra las esperanzas de todos, tuvo un heredero, Alonso, á la verdad, comenzó á estrecharse, pero no tanto como habría sido menester. Hubiérase avergonzado de despedir sus muchos sirvientes, ó deshacerse de su hermoso tiro de posta, con el cual solía jactarse de que no lo tenía más hermoso el rey. Con la muerte del hermano empeoró su situación, porque abundando aquél en cariño, le regalaba con frecuencia considerables sumas, y si bien le vituperó siempre tales despilfarros, nunca dejó de pagarle sus trampas. Alonso, después de la muerte de su hermano, como tutor de Fernandito, hizo algunas veces la tentativa de estafar algo del capital de su tutela á fin de contentar á los exigentes acreedores. Mas su buen hermano le había puesto muy sabiamente por protutor un ilustre Conde, hombre muy perspicaz é instruído, que no consintió estas picardías. Las deudas de Alonso habían ascendido de tal modo, que los acreedores, á quienes no podía pagar, murmuraban y le ponían demandas. Poco antes de un

... la leyó con ansia...

viaje á Madrid, pudo alcanzar de uno de los más apremiantes la dilación de quince días con muchas humillaciones. Sobre sus rentas de un año había ya dado, en último apuro, libranzas á un judío para detener una ejecución. Entonces, y fué lo peor de todo, tomó de la Caja del regimiento, que se le había confiado, fondos que contaba reponer en tiempo oportuno. A los pocos días la Caja tuvo que realizar un pago considerable, y no supo cómo procurarse dinero para suplir el desfalco. Todas las cartas que acababa de recibir y que tenía delante sin haberlas abierto eran, ó amenazas de los banqueros y negociantes á quienes adeudaba, ó repulsas á sus peticiones de dinero prestado. Cifraba su postrera esperanza en la carta que hizo pedazos y pisoteó, pues en ella solicitaba del protutor la autorización para disponer de una gran cantidad que pertenecía al menor Fernando y estaba para percibir de un instante á otro. Tan lastimera y astutamente había él redactado su escrito, que no dudaba conseguir el capital deseado, suficiente para salvarle de su ruina. Mas el protutor, sin cuyo beneplácito no podía disponer de un maravedí, le negó redondamente la súplica. Esforzábase con todo su ánimo para encontrar un recurso y ninguno se le ocurría, viéndose próximo á ser depuesto por malversación de la Caja, y además privado de todos sus bienes para cubrir los débitos.

En este momento entró haciendo profundas reverencias y estrepitosos cumplimientos el señor doctor Ambrosio, quien entretanto había tomado un vaso de vino entre la servidumbre. Con voz afinada saludó á Su Excelencia. Le mostró con interminable verbosidad su alegría por su feliz llegada, y se informaba de la importante salud del que llamaba su señor, cuando éste, gritándole y echándole una mirada de furor,

—¡Calla—le dijo—y contéstame á lo que te pregunte! ¿Cuál crees tú que sea la enfermedad de Fernando? Dílo en una palabra.

El médico, trémulo, respondió:

—Es una calentura catedral, si V. E. no lo lleva á mal.

—Una calentura catarral querrás decir, zopenco; mas cometes un gravísimo error. El niño tiene las viruelas,

que al presente acometen como peste á los niños. Habla, estudiante: ¿hay otra cosa?

—Es exactamente como V. E. tiene la bondad de ordenar—dijo Ambrosio;—el señorito ha contraído las viruelas, ó si quiere V. E., propiamente la peste.

Al punto acudió al pobre hombre una feliz ocurrencia. Con efecto, en aquellas inmediaciones habían causado las viruelas enormes estragos, de modo que era posible las hubiese cogido el joven Conde, y se admiraba él mismo de que no le hubiese ocurrido antes. Tan ignorante era el majadero que ni ocultar sabía su ignorancia.

—Ya desde la primera ojeada conocí que estaban próximas á manifestarse las viruelas; pero no quise decirlo, temiendo asustar á mi señora la Condesa y á V.E. Los señoritos corren peligro de que se les peguen.

Alonso conoció muy bien la salida del supuesto doctor y le dijo con burlona sonrisa:

—Luego tú hubieras podido acarrear á mi familia una gran desgracia, y yo realmente debería irritarme mucho contra ti. En los secretos de tu arte no debes ser tan reservado, y es también necesario que prevengas á los hombres. Por tanto, no sales de aquí sin ordenar al niño el remedio que en tu ciencia reputes como el más eficaz.

Ambrosio se retiró con muchas reverencias, y haciendo extremadas admiraciones por los conocimientos de Su Excelencia en las honduras de la medicina.

El cruel Alonso no tuvo el menor escrúpulo de que la desgraciada criatura fuese confiada al zamborotudo curandero; y en su desesperada situación, le venía de perlas la enfermedad de Fernando, pues deseaba vivamente que el torpe médico del lugar le quitase la vida con un tratamiento irracional. El astuto Alonso estaba muy satisfecho con que el zote se dejara hacer cuanto de él se quisiera, originase una recia alarma, y con su presumido descubrimiento difundiese el terror por todo el castillo.

—De esta manera—pensaba él—me hace un gran servicio y acelera la ejecución de mi designio.

En efecto, Ambrosio, después de haber vuelto á visitar al niño enfermo, entró precipitadamente y como

fuera de sí en el cuarto de la Condesa, hizo una espantosa lamentación, y sentó firme y decididamente su juicio:

—Fernandito tiene las viruelas epidémicas, y temo que al fin degeneren en un tufo.

Tifo quiso decir.

Pálida y aterrada la Condesa, fué corriendo al aposento de su esposo á decirle:

—¿Tendrá ese ignorante rapador fundamento para decir que el buen Fernando padece las viruelas? Yo no puedo creerlo.

—Yo no dudo—dijo Alonso—que el hombre tiene razón; á veces también un necio puede dar un buen consejo. Por desgracia es demasiado cierto que Fernando está muy malo, y lo primero que hemos de hacer será poner en salvo del contagio á nuestros propios hijos: ó debemos apartar al niño de nuestro palacio, ó con nuestros hijos debemos abandonar este sitio: no hay otro recurso, y el último será el mejor; por consiguiente, dispón cuanto antes que se prepare la marcha. Ahora déjame solo, pues tengo asuntos de interés y urgencia extraordinarios que reclaman toda mi atención.

La Condesa se dirigió muy afligida al cuarto del niño enfermo.

Alonso quedó aislado en la torre. Ya había anochecido y reinaban las tinieblas en aquellas antiguas bóvedas que en otro tiempo habían servido de prisión; pero el alma de Alonso se perdía en una lobreguez aún mayor. La soberbia y el interés son un precipicio para los malos; ahogan todas las buenas ideas y borran hasta el menor sentimiento de amor á Dios y á los hombres. En el corazón de Alonso nació el horrible pensamiento de hacer mezclar una sustancia ponzoñosa con las medicinas que debían suministrarse á Fernando.

—El gran aprieto—reflexionaba entre sí—en que me pone la pobreza no me deja otra elección, y debo desembarazarme de la criatura que tiene la culpa de todas mis desgracias. No tengo otro medio de que valerme, y la enfermedad de ese odioso niño me ofrece una buena ocasión para hacer esto sin que lo adviertan.

Le ocurrió convenirlo así con el barbero Ambrosio; mas le pareció arriesgado hacer que tomase parte en tan terrible secreto un hombre estúpido y hablador, y decidió hacer cómplice suyo á un mozo de su servidumbre llamado Pedro, en quien tenía una confianza ilimitada. Era Pedro un joven de mucha habilidad y despejo, audaz y emprendedor. Estaba muy pagado de sus méritos y aspiraba y aun se le había metido en la cabeza casarse con una señorita noble que le agradaba. Alonso pensó en aprovecharse de la fatal pasión de Pedro á fin de reducirle más fácilmente á la obediencia que convenía á sus designios. No obstante, le repugnaba hacer de Pedro una confianza tal. Se le presentó el caso del modo más horrible; estremecióse aterrorizado, luchó consigo mismo, y en su cerebro formaban confuso remolino sus lúgubres ideas.

Mientras Alonso se abismaba en tan espantosos pensamientos, entró un criado y quedó atónito al ver á su señor con el semblante y la actitud de un desesperado, apoyando la cabeza en la mano cuyo brazo sostenía en el escritorio. Como Alonso no advertía la presencia de su sirviente, se aventuró éste á preguntarle con todo miramiento si gustaba de venir á cenar, pues la señora y los niños le aguardaban hacía una hora. Volvió en sí Alonso como un criminal á quien aterra el espionaje y dijo encolerizado:

—No cenaré esta noche, y toda ella quiero estar solo. Trae luces aquí, algunas botellas de málaga y dos vasos.

—¿Dos vasos?—preguntó sorprendido el sirviente, pues acababa de expresar su señor que deseaba estar solo.

—Dos vasos dije—prorrumpió el Conde echando una mirada que relumbraba de ira.—¿No lo oíste? Vé presto á traer lo que te he pedido, recógete después, y no vuelvas á presentarte esta noche.

El fiel criado se retiró, y al salir meneaba la cabeza, creyendo que su amo no estaba muy cuerdo. Acto continuo le trajo lo que pedía, y con tímido ademán le deseó buenas noches.

CAPITULO V

EL TOCADOR DE LAÚD

Pedro, á quien Alonso había elegido para desempeño de su horroroso proyecto, era un diestro tocador de laúd y tan excelente cantor que difícilmente hallaba igual. Alonso, que en su vida suntuosa no escatimó gasto alguno y amaba á los artistas, le tomó por esa causa á su servicio. El hábil cantarín se dejaba oir regularmente cuando Alonso daba algún gran banquete, en que entonaba con sumo gusto las proezas y maravillosas aventuras de los antiguos caballeros españoles que se habían señalado en la guerra contra los árabes y sarracenos. En sus cantares tenía la originalidad de mezclar rasgueos para que con su limpia y sonora voz saliera tan claramente cada palabra que no dejara de percibirse una sílaba.

Además estaba siempre alegre y jovial, tenía buena figura, ojos animados y su aspecto era muy gentil y agradable. Procuraba también vestir con elegancia y le sentaba perfectamente el traje ceñido á la española con jubón abierto y pañuelo encarnado, así como la capa corta, el sombrerito redondo y negro, que siempre llevaba de medio lado, adornado con blancas plumas de avestruz, y los cabellos rubios rizados.

Había hecho algunos estudios y asistido un año á teología, pero su aptitud para la música, que causaba universal admiración, le dió á conocer á mucha gente

principal y á bastante de mediana categoría, y muy pronto no hubo reunión ni festejo en que él faltase. Como al mismo tiempo era muy divertido, dejó los estudios serios y se dió enteramente al lujo y los placeres. Ningún otro defecto notable se le podía vituperar, sino el de ser muy veleidoso y cifrar sus delicias en engañar á los hombres y burlarse de ellos, para lo cual tenía un talento singular.

El tocador de laúd había ganado la confianza de Alonso. Sabía plegarse á todos sus caprichos, seguirle todas las inclinaciones y adularle con habilidad. Tenía para con él mucho valimiento y se le había hecho indispensable. También era muy amado de los niños de Alonso, y no iba jamás al castillo sin llevarles regalitos: flores artificiales y cintas á las condesitas y á los condesitos pequeñas y pulidas armas, como escopetas y sables de palo, con los cuales no podían hacer mal á nadie. También habían sido presentes suyos aquel tambor y aquella flauta que resonaron á la llegada de Fernando. A las señoritas les enseñaba á hacer el calado de medias que era el de última moda, y á los señoritos les preparaba arcos y flechas, adiestrándolos en traspasar una calabaza, á la cual había dado, aunque con bastante impropiedad, la figura de una cabeza de turco; era inagotable para entretenerlos, pero los niños preferían los romances de los héroes, y como les cantaba los más á propósito para ellos, siempre le oían con contento; por esto se regocijaban más con la llegada del alegre cantor que con la de su padre.

También esta vez el Conde había traído consigo á Pedro; mas no era ya el alegre cantor de antes y estaba todavía más apesadumbrado que su señor. Traía el semblante pálido y despavorido, hablaba poco, había perdido todas sus antiguas jovialidades, y hasta se olvidó casualmente de los regalos para los niños. Huía de todos y vagaba con los brazos cruzados por las más sombrías calles del jardín. Los niños le buscaron allí y le rogaron que cantase uno de sus bellos romances. Pero él les respondió en pocas palabras que no estaba de humor para cantar, y les suplicó que le dispensaran y dejasen solo.

Fuera del jardín se extendía un verde césped entre

altas y escarpadas rocas. Habíase erigido en este lugar el monumento de un héroe de la familia de los Condes, que cien años antes hizo allí la guerra contra los sarracenos. A este paraje se encaminó Pedro cuando ya era más de la media noche. La Luna llena iluminaba el enmohecido monumento de granito cárdeno y una porción de amarillento césped. Todo lo restante, que apenas podía verse, quedaba cubierto por las espesas sombras de las rocas. Pedro se sentó en el sitio más obscuro y se puso á cantar al viento tristes odas.

Sin que Pedro hubiese oído á nadie, D. Alonso se le apareció delante:

—¿Tan tarde y aún estás aquí, Pedro—le dijo,—y te quejas de tus ocultos pesares á estas rocas? Ven conmigo: esto es tan horroroso como un cementerio: tengo importantes cosas que decirte, y te revelaré alegres proyectos.

Se volvió y anduvo algunos pasos delante de Pedro que le seguía mudo y cabizbajo.

CAPITULO VI

EL ASTUTO SEDUCTOR

Atravesando el lóbrego corredor se dirigió don Alonso á la antigua y formidable torre, cerrando tras sí cuidadosamente todas las puertas por donde pasaba seguido de Pedro. Entraron en el despacho del Conde, sobre cuya mesa ardían dos bujías de cera que alumbraban la negruzca bóveda, adornada con los retratos y armas de antiguos caballeros. Entre los candeleros y los vasos de la mesa causó grande admiración á Pedro un enorme montante desenvainado.

—Querido Pedro—dijo Alonso,—siéntate junto á mí: tengo que hablarte, y al efecto escogí estas horas de la media noche. Examina si eché también la llave en la puerta de la antecámara, porque estoy distraído. Pon la barra á la puerta del aposento, y ojalá pudiera mandarte que le pasaras siete cerrojos si los tuviese.

Pedro lo ejecutó, y lleno de curiosidad por saber las cosas que su amo tenía que decirle, sentóse á su lado junto á la mesa.

Alonso le escanció vino y habló así:

—Bebe primero: ambos necesitamos alegrar nuestro afligido espíritu. Acércate más, caro Pedro. ¡Cuánto te quiero á ti, el más fiel de mis amigos!

Pedro se acercó pasmado, pues jamás su señor le había hablado tan cariñosamente.

Bebieron nuevamente y escanció Alonso, pero todo

esto sin hablar; semejante silencio tenía para Pedro algo de angustioso que le causaba horror. Al fin dijo Alonso:

—Me encuentro en una situación espantosa, y tú, caro Pedro, eres el primer hombre á quien me descubro. Estoy en inminente peligro de sufrir un oprobio ante todo el mundo. La ignominia que me amenaza está ya encima y yo no la sobreviviré. Amado Pedro, soy un mendigo. Ni una teja me pertenece ya de este palacio, y de todos mis bienes no me resta más que mi caballo.

Con esta inesperada noticia Pedro quedó tan pasmado que nada acertaba á decir. Jamás le había ocurrido pensar de dónde sacaba Alonso el dinero para sufragar sus monstruosos gastos.

—¡Apesarado y con ojos atónitos me contemplas, amable joven! No lo extraño, pues hasta ahora viste en mí sólo esplendor y abundancia. ¡Ah, querido Pedro! No es oro todo lo que reluce. Créeme; antes de ocho días más estoy seguro que seré echado con esposa é hijos de este castillo. ¿Dónde iré á vivir? Hay para desesperarse. Mi familia se multiplica; tendré que enviar los hijos á las escuelas públicas y á los costosos estudios mayores, sin contar con un ochavo para pagarlos. Aunque no dote á las niñas, habrán de llevar también por lo menos un otorgamiento proporcionado á su condición, y yo no les puedo condonar un alfiler. Considera cómo deberá estar así el corazón de un padre.

Pedro se entristeció y sus ojos vertían lágrimas.

—Lloras, alma leal—dijo Alonso;—ahora considera la lastimosa compasión que excitarán madre y niños cuando tengamos que abandonar para siempre este palacio. ¡Oh! La buena madre, la pobre esposa ignora cuán miserable estoy. Bien advierte que mis rentas no prosperan, y con frecuencia me exhorta dulce y tímidamente á que ahorre. Ella misma, cuando yo no estoy en el castillo, vive aquí tan mezquina y reducidamente como una labradora, y es un asombro cómo hace para ahorrar al año doscientos escudos, que yo varias veces perdí al juego en una noche. ¡Cómo se estremecerá cuando se entere de la enorme carga de

mis deudas! Esto le causará la muerte. Sin embargo, tales lástimas no son nada en comparación de la infamia que me aguarda, y á la cual no resistiré. Antes caeré muerto que vivir así deshonrado. En este apuro extraordinario, amado Pedro, de ti espero auxilio. Tú eres el hombre en quien pongo toda mi confianza: tú has de ser mi libertador.

—¿Yo?—exclamó Pedro, en extremo admirado.—Caro amo mío, ¿estáis soñando ó las espinosas circunstancias os han extraviado los sentidos? Yo en el mundo nada poseo más que mi laúd; yo, pobre de mí, ¿qué puedo hacer por vos?

—Mucho, muchísimo, todo—dijo Alonso.—Tú no harás solamente para mí, sino también para ti. Tú debes ser un hombre respetado, un personaje de pro y facultades, en una palabra, un noble. ¿Por qué me contemplas tan lleno de extrañeza y embarazo? En esta ocasión estoy lejos de chancearme; hablo con la mayor seriedad. Expliquémonos, mi fiel Pedro, de la manera más franca. Conozco muy bien tus pasiones, aunque cuidadosamente me las ocultas. No estás tan pálido y enflaquecido sin motivo, y en vez de alegres cantares, cantas tus tormentos á los sordos prados. Aquella hermosa señorita, á quien dabas en Madrid lección de canto y de laúd, es la autora de tus penas. ¿Te ruborizas? ¿Temes que yo te censure por haber elevado tus pensamientos á una mujer noble, y que abrigues el deseo de casarte con ella? De ningún modo; no te critico; las excelentes prendas de ella disculpan tus deseos. Sí, no sólo conozco tu secreto, sino que sé más todavía: la señorita Laura participa de tus sentimientos, está hechizada de tu amabilidad y resuelta á darte su mano al pie del altar. Y viviría contigo, acompañándote de puerta en puerta, si fuera menester, para ganar el pan de cada día, conceptuándose con ello tan dichosa como una reina. Pero los padres se oponen á esa inclinación de su hija por un tocador de laúd; conocen que os habéis comprendido y que vuestro deseo de casaros llega casi á un frenesí. El padre quisiera mandar cogerte para enviarte á América; pero la madre, aquella ladina señora, no se quiere valer de ningún medio violento. Ha hecho como

quien nada sabe, y ha escrito á una amiga que vive á cincuenta leguas de aquí, encargándole en una muy fina carta á la joven, que parte como por su propio deseo al castillo de aquélla. Allí la amiga celará á la infeliz niña á la manera que en tus libros de caballería guardaban los dragones á las princesas encantadas. La madre espera que la ausencia y el tiempo harán olvidar á su hija esta desventurada inclinación, y así sucederá, si no vuelves á ver en tu vida á esa amable joven. ¿Suspiras, gallardo mozo? No suspires; yo te mostraré un fácil recurso para hacerte con un señorío y título de noble, y llevar á tu querida Laura á tu palacio, con beneplácito de sus padres, como desposada tuya. Aunque los padres son pobres y no pueden dar dote á su hija, perecerían de hambre antes que darla en matrimonio á un plebeyo, aunque tuviese todo el oro de ambas Indias. Pero cuando seas hecho noble y presentes á la novia un bello señorío, no opondrán ninguna resistencia á la boda. Yo los tengo examinados, y me constan suficientemente sus intenciones. Ahora, querido Pedro, de ti solo pende ser dueño de un palacio, noble y esposo.

—Habláis hoy en verdaderos enigmas—dijo Pedro —y nada os comprendo. Los proyectos con que me deslumbráis no son sino sueños hermosos, divinos, pero no más que sueños, y yo el mayor desdichado entre los mortales.

—Pero tú no lo serás—replicó Alonso.—Oyeme solamente, querido Pedro.

Acercóse á él con su silla y le dijo al oído con voz más baja:

—El párvulo que está enfermo abajo es el origen de mi desventura y desesperación: no se ha de levantar más; todo está dicho. ¿Me has entendido?

Pedro respondió con un meneo de cabeza y Alonso con voz más apagada prosiguió:

—Con las medicinas le das un veneno del cual no se pueda salvar. Si el niño muere, seré conde de Alvarez y te cederé este palacio. Entonces podrás sentarte aquí con tu esposa junto á esta misma mesa. Si tú no sabes proporcionarte un veneno sin excitar sospechas, recurre al puñal.

Del estremecimiento Pedro se levantó de la silla y exclamó:

—¿Qué?... ¿cómo?.... ¿yo?... ¿yo... á la inocente criatura que nunca me ha hecho mal he de matar con el veneno ó puñal? No, de ninguna manera; esto es horrible; me aterroriza; jamás, jamás lo haré, nunca, jamás.

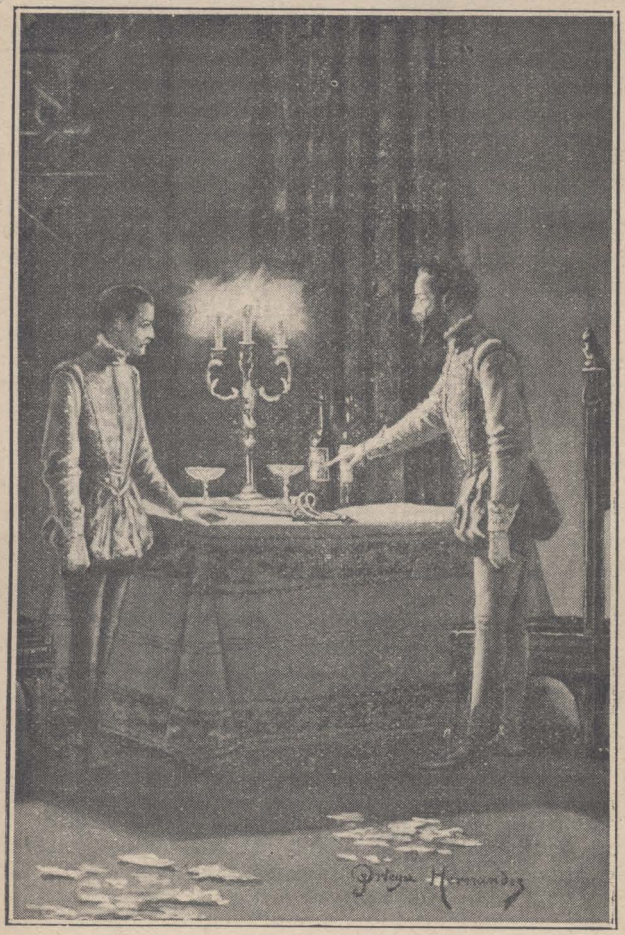
—¡Por Dios—decía D. Alonso,—no grites así, y escúchame! Acaba de oir sin interrumpirme, y decide luego.

Alonso buscaba sagaz las más especiosas razones con que dorar tan horroroso atentado y persuadir á Pedro á que lo consumara.

—¿Ves, Pedro, esta espada sobre la mesa?—dijo.—Yo la he manejado con pujanza en la guerra y se tiñó en la sangre de muchos hombres que ningún mal me habían hecho. Sí, bajo mis órdenes se lanzaron á muerte sangrienta, á centenares y á miles, amigos y enemigos, jóvenes floridos y hombres lozanos, lo que jamás será aquel ruin muchacho. ¿Era justa la guerra? Lo ignoro, y aun lo dudo; mas esto no me incumbía averiguarlo, y remitíalo á quienes emprendían la guerra. Siendo yo ciego instrumento de mi soberano, mataba á cuantos podía, ganando fama y honor y sin cargar en nada mi conciencia. También soy yo tu soberano y árbitro: sé tú mi ciego instrumento, cumple los mandatos de tu señor. Yo, amo tuyo, te ordeno la ejecución; y si el hecho es justo ó injusto, contigo nada absolutamente va; esto es cosa mía. Yo lo tomaré á mi cargo, y así queda tu conciencia limpia. En manera alguna obrarás tú por ti mismo; obedeces solamente, y la obediencia es siempre una virtud, nunca un crimen.

—Dadme—dijo Pedro—esa espada vuestra, yo la trocaré por mi laúd, y en combate honroso, cara á cara con el enemigo, acreditaré que no me falta bravura; pero no soy capaz de lo que pretendéis hacer de mí; para eso no tengo corazón, como tampoco lo tendrá ningún hombre de bien. Me llena de terror semejante idea, porque no hay para mí cosa más espantosa que el asesinato: es negro como el infierno.

—Sin embargo, querido Pedro—dijo Alonso,—la



—¿Ves, Pedro, esta espada sobre la mesa?

cosa no es tan inicua como te imaginas. El niño, lo mismo que sus padres, es endeble, y ya trajo al mundo consigo el sello de una temprana muerte. Si se salvara de esa enfermedad, lo que no es verosímil, ¿cuánto podrá vivir? Un año escaso á lo más, quizá ni medio, tal vez ni tres meses.

—A la verdad—contestó Pedro meneando la cabeza,—Fernando es una criatura delicada, pero no puedo creer que sea tan débil como vos le pintáis.

—Así—dijo Alonso—me consta. Si él pudiese vivir cien años, no le tendría envidia. Su patrimonio me sería indiferente, si mis circunstancias no fueran tan espantosas; mas la necesidad es apremiante, el momento perentorio, y si lo dilato demasiado, soy perdido. El tiempo y la ocasión son ahora propicios, y no vuelven tan fácilmente. Nadie se admirará de que sucumba á una fiebre ardiente un niño ya de suyo valetudinario, y no puede recaer sobre nosotros la menor sospecha; mas si vive sólo ocho días, mi ruina es cierta. De esto pende mi honra, el bienestar de mi familia, todo, todo. ¿Qué será mejor, que un muchacho hético arrastre aún por algunas semanas su mísera existencia, ó que mi honor se pierda y que mi esposa con mis hijos se encuentren en tan aflictiva situación? Detente no más un poco, y verás con tus propios ojos cómo tu amo es arrojado con los suyos de este palacio; y cubierto de afrenta va, para escarnio de los hombres, buscando en vano á la ventura una cabaña en que abrigarse; y todo esto para que un niño, atormentado de padecimientos, padezca todavía un poco más. ¿Necesitas convencerte más de esto?

—Ya veo—dijo Pedro—que á las cosas malas se puede prestar, con bonitas palabras, un buen parecer, y cualquiera que os oyese hablar así, llegaría á creer que teníais razón; mas no hay tal, pues una voz misteriosa me dice otra cosa en mi interior. Carísimo señor y amo mío, bien sabe Dios que vuestro actual conflicto me desgarra el corazón, y si de él os pudiera sacar con mi sangre y hasta con mi vida, gustoso la daría. Pero que yo culpe tan terriblemente mi conciencia, que os sacrifique la salvación de mi alma... ¡Ah!... no me lo pidáis... que yo no puedo.

—Ea, pues—dijo Alonso saltando de la silla y echando al espadón una mirada de fiera,—una vez que tú no quieres complacerme, yo saldré presto del paso. Uno de los dos, el niño ó yo, hemos de perecer. Tú me niegas tu ayuda, tú en quien yo tanto confiaba, y sin quien yo no puedo realizar el hecho. Pues bien, tú lo quieres. El niño vivirá, yo moriré; aquí, en tu presencia, me arrojo contra esa espada.

Puso el puño de la espada en el suelo, y dirigió la punta á su pecho.

Mas Pedro le contuvo. Persuadióse de que Alonso, que parecía fuera de sí, no hacía en balde tales amenazas, y que seguramente, llevado de su genio impetuoso, se suicidaría.

—¡Por Dios, no lo hagáis todavía!—dijo Pedro con verdaderas angustias de muerte.—¡Ah! Si ha de ser así irrevocablemente, más vale que perezca el niño y no vos: yo os obedeceré.

—Júrame—prorrumpió Alonso—que no me engañarás, que cumplirás exactamente mis mandatos.

Trémulo y acobardado juró Pedro, más pálido que un muerto y cubierta la frente de sudor frío. Jamás se había encontrado tan confuso y despavorido como en aquella ocasión.

Luego que hubo repetido el terrible juramento que le dictó Alonso, puesta una mano sobre la espada y elevada la otra hacia el Cielo, dijo Alonso:

—Está bien, pero si meditas otra cosa, si llegaras á quebrantar este tu juramento y á serme infiel, tiembla, tiembla de mi venganza.

Y decía esto blandiendo su espada sobre la cabeza de Pedro á fin de que más espantado se acabase de rendir.

Alonso dejó la espada á su lado, sentóse otra vez á la mesa y alargó á Pedro la mano, diciéndole:

—Ten buen ánimo y está tranquilo sobre las consecuencias. Todo saldrá bien. Oyeme ahora lo que aún tengo que decirte. Mañana al romper el día yo parto con toda la familia á la ciudad, y por tanto ni la señora ni los niños pueden estar presentes al lance que debe pasar aquí. Indudablemente hallará mi esposa dificultad en dejar al niño, pero el imbécil curandero ya nos ha preparado con su alarma la obra, y como

ella sabe cuán malignas han sido este año las viruelas, ya tiempo ha que está muy alarmada por si acomete á sus hijos tan horrible mal. Por lo mismo creo que ella se apresurará á retirarse lejos del palacio con sus niños. Mas si ella pretendiese quedar con el niño enfermo y tuviese ánimo de enviar los demás solos conmigo, yo me opondré y tendrá que obedecer. Entonces, para tranquilizarla, diré que te haré quedar como asistente enfermero, á quien bien puede el niño recibir. También haré como que te ordeno llamar un médico de Salamanca, de lo cual no has de hacer caso, pues nos echaría á perder el asunto.

»Tengo más que advertirte—prosiguió Alonso.— Esta noche á la una ó á las dos ha de llegar un coracero á traerme, entre otros encargos, un pliego con gran sello real. Hasta aquella hora permanecerás levantado y recibe el pliego. Al amanecer me despiertas diciendo que un posta de Madrid ha traído por la noche el pliego con el gran sello, y yo pretexto que precipitadamente debo ir cerca del rey. Esto me dará un motivo para obligar á mi gente á partir sin demora. Nadie queda aquí sino la vieja guardiana, tú y el simplón del barbero, á quien fácilmente puedes embaucar. Pasado el tercer día, me remites una carta con nema negra y llena de ayes y exclamaciones, con la noticia de que el condesito ha fallecido de calentura. La carta deberá estar escrita en términos que yo pueda leerla á cualquiera, y si algo tuvieres que decirme en particular, escríbemelo en billete separado que cerrarás. El mensajero no podrá entregar la carta sino en mi mano. Que nadie presienta lo acaecido. Mando celebrar al señorito un funeral lujoso y quedo grande de España; pero tú te haces señor de este palacio y dueño de la mujer más hermosa del mundo. Vete pues ahora, y buenas noches.

Pedro marchó con vacilantes pasos, como un hombre dormido. Estaba como atontado de horror, miedo y esperanza. Aunque le eran muy agradables las esperanzas que Alonso le hizo concebir, el temor á las amenazas de su señor fué el que más le ayudó á sostener el juramento y creer que debía efectuar el asesinato jurado.

CAPITULO VII

SEPARACIÓN DE LA MADRE

Mucho antes de rayar el alba, llamó Pedro á la puerta del cuarto de Alonso, y conforme á lo acordado entregó el pliego que había llegado por el ordenanza á caballo.

Alonso dijo á su esposa, que se había despertado con la alarma:

—Debo partir á Madrid, aunque esto no viene del todo mal, pues así podemos desde luego marchar juntos.

Doña Blanca respondió:

—¿Conque el buen Fernando tiene las viruelas, y yo no podré aventurarme á quedarme aquí con los niños?

—¡Cómo!—exclamó D. Alonso.—¿Quieres sacrificar todos tus hijos al niño extraño? ¿Quieres verlos en derredor tuyo ciegos, cojos, desfigurados con los hoyos de las viruelas ó sucumbir?

—Pues bien—dijo la condesa Blanca,—vete en nombre de Dios con los niños á la ciudad. Yo no puedo dejar solo al niño enfermo abandonado, sin asistencia.

—Pero qué—dijo Alonso,—si también nuestros niños se hubieran contagiado de las viruelas y se les manifestaran en la ciudad, ¿habrían de perecer allí entonces sin el cuidado maternal?

—A la primera noticia —dijo la Condesa—volaré á su cuidado.

Don Alonso gritó con fiereza:

—¡Basta de pretextos! Dentro de una hora hemos de subir al coche. Esto ha de ser, yo lo quiero. Mi fiel Pedro, que harto costoso me es dejarlo, y quien ama mucho al niño, puede quedarse con él. Ya le di las órdenes oportunas, é igualmente el especial encargo de mandar venir el mejor médico de Salamanca, acerca de lo cual puedes descansar. Haz en seguida los apresto para el viaje.

La Condesa, que por una larga experiencia sabía que á este hombre impetuoso no se podía contradecir sin empeorar el daño, fué inmediatamente á hacer los preparativos de viaje.

Completamente vestida en traje de camino, pasó á la alcoba del pobre enfermito. Los niños quedaron en pie á cierta distancia del lecho.

—¡Ay, Dios mío!—suspiró Fernando.—Amada mamá, ¿conque me quieres abandonar así? ¿Y también vosotros, mis queridos hermanos, queréis iros y dejar á vuestro hermano enfermo y solo? ¡Oh! Quédate al menos tú, querida mamá, si no yo muero sin remedio.

—Es preciso, no puedo quedarme, carísimo Fernando—dijo la Condesa bañados los ojos en lágrimas.

Fernando empezó á sollozar y todos los niños lloraban. La Condesa besó á la consternada criatura y la bendijo. No presentía ella que la muerte amenazaba la cabeza del niño de un modo tan espantoso que apenas podía imaginar.

—Consuélate, querido Fernando; Dios queda contigo; El te salvará. Todos nosotros rogamos por ti.

También los niños, en medio de un gran llanto, se despidieron de Fernando, aunque sin acercarse al lecho.

—¡Ah!—dijo Fernando lamentándose.—¿Luego tan mala es mi enfermedad que teméis acercaros á mí? Pues quedaos sin moveros de ahí donde estáis— gritó cuando se le quisieron aproximar, y los desviaba por señas con la manecita.—Ni por todo el mundo quisiera que vosotros hubieseis de padecer los dolores que yo.

Deshacíase la Condesa en llanto, afectada por tan tierno interés hacia los hermanitos, y dijo:

—Pronto nos volveremos á ver todos—y se apartó de él con una mirada maternal.

—¡Ah!—exclamó Fernando con voz más triste.—¡Nunca, nunca más, en este mundo jamás!

La Condesa se volvió á él otra vez; pero D. Alonso con voz de trueno gritó junto á la puerta:

—¡Pronto! ¿Acabamos? Rato ha que el coche está dispuesto.

No osó entrar en el aposento del enfermo ni decirle adiós, pues aunque tan cruel é insensible para con la pobre é inocente criatura y acostumbrado por su coraje á ver la muerte en las batallas, no tuvo entonces presencia de ánimo para sostener la mirada del niño que había mandado asesinar. Sentía, pues, á su pesar el poder de la conciencia.

La Condesa con sus niños se separó del enfermo, subió con ellos al coche y el coche rodó sobre el trémulo puente levadizo hasta fuera de la puerta del castillo.

CAPITULO VIII

EL DOBLE IMPOSTOR

Luego que D. Alonso con su esposa y toda la servidumbre hubieron dejado el castillo, acometió indecible agitación á Pedro, que se hallaba aislado en aquellas antiquísimas paredes donde había de consumar tan terrible atentado. El silencio que en derredor suyo reinaba tuvo para él algo de pavoroso; el eco de sus pisadas por los abovedados pasillos le hacía estremecer. Latiéndole el corazón entró en el cuarto en que Fernando estaba en la cama.

—¡Oh! ¿Eres tú, querido Pedro?—exclamó afectuoso el niño, cuyos ojos estaban preñados de lágrimas y encendidos.—Tan bueno eres que te quedas conmigo; de otra suerte, ¡pobre de mí! estaba enteramente abandonado. Pero ¿qué tienes tú? Pareces mudado del todo y desfigurado. ¿Estás tan triste por la partida de mis padres y hermanos? ¿O te enternece acaso en extremo mi enfermedad? ¡Ah! En tus ojos lo conozco; yo me moriré sin falta; pero no me tengas gran lástima, pues yo lo pasaré mejor, porque, como dijo la madre, yo seré en el Cielo un ángel más bonito. Nuestra morada no es aquí en la tierra; un día iremos todos al Cielo á reunirnos con Dios amado y regocijarnos juntos. ¿No te alegras tú también, querido Pedro?

Pedro callaba, y las expresiones del inocente niño le habían herido el corazón. Ya no podía pensar con

gozo en el Cielo, sino con horror en el Infierno. La idea de asesinar á este cándido y angelical niño le infundía espanto y le erizaba los cabellos. Pero también el temor á la cólera de D. Alonso le hacía temblar más todavía que el temor del Infierno. Hallábase muy angustiado, y se salió á la habitación inmediata.

—Alonso—pensaba él—me matará si dejo vivir al niño, y éste tampoco evitará la muerte. Encontrará fácilmente otras manos que lo quiten de en medio. Veré, por tanto, si puedo hacerme con el veneno, y entonces aún puedo hacer lo que quiera.

Pedro bajó del castillo á la aldea; por el camino reflexionaba con qué pretexto compraría el veneno al barbero, pues sabía muy bien que le estaba prohibido venderlo.

Ambrosio, que hacía indistintamente de doctor y boticario, vió por la celosía venir á Pedro y se puso inmediatamente á machacar de recio en el mortero para que de lejos se oyera el ruido, pretendiendo aparentar que tenía mucho trabajo. En seguida salió á la puerta de su casa y antes que llegase Pedro le gritó:

—¡Hola, buenos días, buenos días, señor Pedro! ¿Tan temprano ya? ¿Y cómo está nuestro pequeño enfermo? ¿Y usted qué tiene? Me parece que necesita usted mismo de mis servicios. ¡Trae usted una cara tan pálida!... Vamos, deme usted el pulso. ¡Está usted con gran calentura! Vaya, dígame de una vez qué siente.

—Nada—respondió Pedro,—he dormido muy mal esta noche pasada: hay tantos ratones y ratas en ese viejo castillo... ¿Me podría usted facilitar un veneno contra estos malditos huéspedes?

—¡Oh!— dijo el barbero.—Tenía un excelente veneno contra las ratas, magnífico y poderoso medio, el mejor; pero ahora precisamente estoy desprovisto.

Pedro insistió:

—¿Y ni un solo veneno tendríais en la botica?

—Ninguno—dijo el barbero secamente.—El doctor de Salamanca que me visitó la botica me ha despojado de todos los venenos y hasta de los medicamentos fuertes, dejándome sólo remedios sencillos, con los cuales no puedo causar daño alguno.

—¿Absolutamente no sabéis componerme un vene-

no?—prosiguió Pedro.—Mirad que lo necesito indispensablemente.

—Mas ¿para qué?—preguntó muy pensativo Ambrosio.—Se me presenta usted hoy tan trastornado como si tuviese un gran descontento.

—Carísimo doctor Ambrosio—dijo el malvado Pedro,—conozco que debo ser enteramente ingenuo con vos.—Mirad, media únicamente una apuesta. Un señorito noble sostuvo el otro día en una tertulia, pues el vino saca todo género de conversaciones, que jamás se dejaba comprar veneno á un hombre que, como yo, no fuese de condición, apostando sobre ello cuanto dinero quisieran. Esto me mortificó, y aposté seis onzas de oro á que yo me haría antes de seis días con un buen recaudo de veneno en polvo ó en zumo, según se me pidiera; y para que veáis que os hablo de veras, quiero partir con vos la ganancia de la apuesta. Ved, aquí tengo las seis onzas con que aposté, y estoy pronto á daros tres, con tal de que luego consiga los polvos ó el zumo; y si no, pierdo la apuesta, habiendo ya trascurrido de los seis días cuatro.

Encandiláronse con el oro los ojos de Ambrosio y hablando con todo su candor dijo:

—¡Oh! Si no va más que una apuesta, es otra cosa. Aunque yo no tengo veneno y los señores boticarios no me permiten despachar ninguno, sin embargo, proporcionaré á usted siempre que guste cuanto quisiere de contrabando. A unas cuantas millas de aquí, en la montaña, vive un anciano ermitaño que yo creo ha venido del Oriente y es un gran *majo*.

—Un mago, querréis decir—advirtió Pedro,—por de contado un brujo verdadero. ¿Y dónde sabéis que se halla?

—¡Oh!—repuso Ambrosio.—Hay que advertir que algo tiene de brujo, pues suele andar trepando días enteros por todas las sierras en busca de plantas y piedrecitas; á media noche pone á las brasas vivas su crisol; tiene en su choza un globo celeste, y pasa á veces toda una noche mirando á los astros al través de él. Iré adonde esté, y conociendo exactamente todo género de plantas y yerbas, tanto medicinales como venenosas, seguramente me proporcionará un brebaje

que yo me guardaría de tomar como horchata, pues ya no me despertaría hasta el día del juicio. Sin embargo, en cumplimiento al deber del cargo que sobre mí pesa, quiero ver antes á mi amado enfermito.

—Id más bien—dijo Pedro—á ver al ermitaño. Ayer proveisteis tan preciosamente de remedios á vuestro paciente, que tendrá bastante aún para ocho días; yo le seguiré dando esmeradamente cada hora.

—Cuidado que lo haga usted así—decía Ambrosio, y amenazaba con el dedo;—si no, la cosa puede ir mal, pues nunca una enfermedad va mejor que cuando mi poderosa mano la asiste.

Calóse su desgreñada peluca, tomó bajo el brazo su sombrero de tres picos galoneado, su bastón forrado de latón adornado con una gran borla, y dijo:

—Iré tan de priesa como pueda: á más tardar, estoy aquí otra vez al trasponer el sol la cresta de aquella montaña.

Pedro quedó contento de haber conseguido engañar á Ambrosio. También estaba satisfecho de haberse engañado á sí mismo, y se persuadía que no era tan malo el atentado que meditaba. Abismado en sus lúgubres pensamientos, dirigióse al castillo.

Era una hermosa mañana de estío; mas Pedro no hacía alto en ello y atravesaba el jardín sin reparar en su belleza. Cuando llegó á la puerta del palacio, le asaltó algún horror.

—Más me valiera—dijo para sí—no haber pisado jamás el umbral de este castillo. Si yo no hubiese prestado á don Alonso aquel terrible juramento, renunciaría ahora á mis planes y emprendería la fuga; mas no puedo evadirme y me veo precisado á cumplir mi juramento.

De esta suerte procuraba Pedro disculpar su perverso designio con una delicadeza de conciencia. Pero si él hubiese sondeado bien su corazón, habría descubierto que el deseo de hacerse dueño de aquel castillo y traer á él á su linda novia estaba profundamente oculto en él y casi tanto como el temor á D. Alonso le impulsaba á cometer el crimen.

Pedro además buscaba otros pretextos para disculpar su mal proceder, diciendo entre sí:

—Si yo abandono el lance, sucede una desgracia incomparablemente mayor. Don Alonso no solamente me asesina, sino que se mata á sí mismo; su familia se ve reducida á mayor lástima, precipitada en la indigencia y calamidades incalculables.

Mas Pedro no atendía á que jamás es lícito hacer el menor mal, ni aun para evitar otro mayor. Sus maestros le habían sanamente inculcado esta verdad, demostrándosela irrefragablemente.

Debemos exactamente cumplir la ley de Dios sin apartarnos un ápice de ella, aun cuando en apariencia se puedan seguir cualesquiera males.

También su conciencia le dictaba:

—Haz lo bueno, y deja á Dios las consecuencias.

CAPITULO IX

UN HOMBRE LUCHANDO CONSIGO MISMO

Al entrar Pedro en el aposento del enfermo, saludóle gozosamente Fernandito y le preguntó muy conmovido:

—¿Dónde te has estado tanto tiempo, querido Pedro? ¡Hace ya más de una hora que yo no te he visto!

—He ido—respondió Pedro—á casa del médico para informarme sobre ti.

—Buen Pedro—dijo el niño,—que tan cuidadoso eres para conmigo, ¿qué dice el médico?

—Confía en que presto estarás otra vez bueno, y te envía á decir que no dejes de tomar la medicina.

—Pues dame—dijo Fernando—del remedio. Yo debo tomarlo cada hora, y hace ya casi hora y media que lo tomé.

Pedro le dió la medicina, Fernando la tomó muy animado y dió las gracias con sumo contento á Pedro, que se sentó al lado de la cama. Entristecíale la amabilidad del cariñoso niño, á quien hasta entonces había profesado tan grande afecto, y el mirar de los inocentes ojos de Fernando, que le daba á leer su íntima confianza, penetraba hondamente en el corazón de Pedro. No pudiendo sostener aquella mirada, alzóse apresuradamente y se salió. Mustio y errante iba por todos los corredores y salas del castillo, alrededor del patio y jardín. Volvía después otra vez á echar una

ojeada por el cuarto del enfermito, pero quedaba allí todo lo menos que podía. En parte ninguna tenía reposo ni sosiego, y estaba como si le persiguiera un fantasma. No podía comer ni beber, pues su terrible proyecto ahuyentaba de su corazón todo goce, y el día se le hacía indeciblemente largo.

—Jamás—solía suspirar—experimenté un día tan congojoso. Pero cuanto más declinaba la tarde, mayor era su agitación, y sentía una angustia como si lo hubieran de ajusticiar. Frecuentemente se asomaba á la ventana para observar el Sol, hasta que por último, despertándosele la idea de la montaña, se puso á contemplar lo alto del camino por donde el barbero debía venir. Aún no le descubría, y casi le agradaba, porque ya se estremecía antes de ejecutar lo que maquinaba.

Entró nuevamente en la alcoba de Fernando, sentóse junto á la cama y éste le preguntó:

—¿Pero cómo es, querido Pedro, que me tienes sin medicina tanto tiempo? Han pasado ya más de diez minutos de la hora.

Pedro se levantó para ir á buscar la medicina, que había puesto en la sala inmediata con el pretexto de que allí se mantuviera más fresca, pero él lo había hecho solamente para poder mezclar el veneno sin que Fernando lo notase. Trajo la medicina y la vertió en una elegante copita de porcelana dorada. La idea del veneno, que él trataba de presentar al inocente niño en aquella misma taza, le afectaba en tal extremo que le hacía temblar.

Fernando, luego que bebió el remedio, le devolvió la taza desocupada y le dijo:

—Dios te pagará todo lo que tú haces por mí.

Estas expresiones hirieron á Pedro como un rayo.

—Todo—decía él entre sí,—sí, hasta el asesinato.

Temblaba de pies á cabeza y sin querer exhaló un suspiro.

—¿Qué te pasa hoy, querido Pedro?—preguntó Fernando.—Muy rara vez te me has presentado en todo el día, y ahora mismo pareces sumamente atribulado. ¡Ay! Cuando así te miro, paréceme ver un espectro ó la muerte misma ponérseme junto á la cama. Tú no

—¿Qué te pasa hoy, querido Pedro?

eres ya como antes, y recelo que has de estar muy malo ó peor que yo.

—Bien puede ser—decía Pedro, volviendo la espalda y saliéndose velozmente fuera de la estancia.—¡Ah! Certísimo es lo que una vez oí. No hay ponzoña que acarree al cuerpo del hombre trastornos más espantosos que una acción mala en la mente del hombre. Si aquel que solamente la medita ya siente un infierno en su interior, ¿cómo deberá estar el que la haya efectivamente ejecutado?

Enjugábase Pedro el sudor y poníase á la corriente de una ventana abierta para tomar el aire fresco. En aquel instante vió al barbero que tomaba hacia la puerta del jardín por una senda que conducía más presto al castillo.

Pedro bajó con precipitación al jardín, hizo señas á Ambrosio hacia una espesa enramada, y le dijo en voz baja:

—Vamos, dadme lo que me traéis.

—Vengo sin nada—respondió Ambrosio:—el insigne hombre no me dió ningún veneno.

—¿No?—exclamó Pedro estremecido y temiendo que el barbero hubiese caído en sospecha.—¿Y por qué no?—prosiguió.—¿Qué dijo el ermitaño?

—¡Oh!—respondió Ambrosio.—El ermitaño dijo que primero ha de componer el veneno: mañana vendrá él mismo.

Pedro no sabía si mostrar cólera ó alegría.

—Pues bien—dijo Pedro,—bien está. Os doy las gracias por vuestro cuidado y andad con Dios.

Mas Ambrosio exclamó:

—¿Así juzga usted del celo con que yo desempeño mi cargo, del celo de un consumado médico? ¿Se figura usted que yo me iré sin ver al paciente confiado á mí por tan elevada mano? Nada de eso, presto llegaré hasta él.

Siguió con Pedro adentro y fué hasta el lecho del enfermo. Hallábase Fernando apuradísimo de pesar con la partida de su madre y hermanitos y con el raro proceder de Pedro. Ambrosio le contempló largo rato, le tomó el pulso con sus acostumbrados meneos de cabeza y encogimientos de hombros y se marchó.

Pedro, acompañándole, hizo la pregunta:

—Bien, ¿y cómo está?

—Peor, extraordinariamente peor—dijo Ambrosio. —¿Pues no lo ve usted mismo? El enfermito, que ayer estaba como una rosa encarnada y lozana, hoy palidece como un muerto: el pulso ha quedado tan sumamente débil y reducido como un hilito, se encuentra en gran abatimiento y modorra, que son indicios de muerte. ¡Cómo ha de ser! No siempre depende del médico el sanar al enfermo; contra la muerte no se ha criado ninguna planta. El pobre niño no llega á mañana.

Estas palabras aliviaron el corazón de Pedro, oprimido por un gran peso.

—Si el niño—discurría él—muere sin intervención mía, ¿quién habrá entonces más feliz que yo? Me libro de un atentado cuya sola idea me sobrecoge, no pierdo tampoco el deseado galardón. Después confirmaré á mi señor en la creencia de que fuí yo quien arrojé del mundo al niño para que él se apodere del pingüe condado y, cumpliendo su palabra, me haga dueño de este castillo.

Volvió nuevamente algo más serenado á sentarse junto á la cama de Fernando. Con alegre sonrisa éste le miró y dijo:

—Ahora, querido Pedro, ya no pareces tan asustado y haces otra vez cara de hombre. ¿Te has puesto mejor, no es verdad? Pero yo me siento muy abatido y atontado.

Pedro le dió las buenas noches, encendió una lamparilla que diese al cuarto una débil luz, pasó á la sala inmediata y vestido se echó en la cama. Como había pasado la noche anterior en vela y el día en tan terrible congoja, estaba muy fatigado y al punto le rindió el sueño.

CAPITULO X

EL ASESINO

Asaltado Pedro toda la noche por espantosos sueños, creía en medio de ellos ver á Fernando, en consecuencia del veneno, morir atormentado por las más espantosas convulsiones, mientras él mismo, rodeado de innumerable turba de pueblo, era conducido al patíbulo. Tuvo también, por el contrario, sueños agradables, con los cuales se había embebecido acariciando así su mente. Ora soñaba que paseando en un coche magnífico tirado por cuatro caballos causaba la admiración de las muchas gentes que se le inclinaban; ora creía verse ricamente vestido y sentado con muchos convidados á una espléndida mesa cubierta de exquisitos manjares servidos en platos de plata y de vinos generosos escanciados en copas de oro. También se figuró ver entrar por las puertas á su novia coronada de flores y adornada de perlas y piedras preciosas.

Al despertar Pedro, ya se le hacía patente la aurora por la ventana; levantóse y fué á ver á Fernando. La buena criatura estaba tendida, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, pálido el semblante y bañado en sudor.

—Es el sudor de la muerte—dijo para sí Pedro,—y el modo como respira este moribundo niño es el ver-

dadero sarrillo de la agonía. De este penoso dormir difícilmente se despertará ya.

Pedro, como había pasado la víspera casi en ayunas sin tomar apenas alimento, sintió hambre; tomó un pan y un vaso de vino, sentóse junto á la ventana, cortó una tremenda rebanada y se recreaba grandemente con el regalado vino. De cuando en cuando tendía la vista por la ventana á la deliciosa campiña: las arboladas montañas, los viñedos y las ricas mieses estaban iluminados por los rayos del Sol que salía; sobre la fresca orilla del río cercano pacía la vacada, y más allá, en una colina distante, estaba esparcido un numeroso rebaño.

—Todo esto—decía Pedro satisfecho—va á ser mío. Si de aquí á poco me encuentro el hombre más rico y pudiente señor, ¿qué señorita habrá en el país que rehuse mi mano?

Echóse otro vaso, bebió á la salud de su novia, se tuvo ya por un caballero distinguido, doblando el brazo plantó su mano sobre el costado, y orgulloso miró en derredor suyo como el más altivo noble español.

Mas Pedro anduvo muy errado, acerca del mal de Fernando, en creer tanto al ignorante medicastro de la aldea. Absolutamente nada de viruelas había en lo que tenía Fernando. La calentura del día precedente ya estaba pasada, y en consecuencia había presentado aquel aspecto tan descolorido y sentídose tan postrado. El sudor, que Pedro tomó por el de la muerte, le fué muy provechoso, y el sarrillo, que Pedro calificó de estertor de la agonía, era el ronquido propio de un sueño saludable.

Luego que Pedro hubo bebido el último vaso, quiso levantarse para ir á mirar una vez más al niño, tomar en seguida recado de escribir y redactar á su señor la epístola lúgubre sobre la muerte de Fernando, á cuyo tiempo entró éste por la puerta completamente vestido y exclamando:

—Buenos días, querido Pedro. Vamos, alégrate conmigo. Ya estoy sano y salvo; vuelvo otra vez á vivir.

—Arrapiezo, no dirás tal —prorrumpió Pedro, altamente irritado al ver sus esperanzas aniquiladas de golpe.

Inflamado por el vino, de que se había henchido con largos y repetidos tragos, agarró el cuchillo que había sobre la mesa y de un brinco se lanzó al pobre niño para dejarlo en el sitio.

—¡Por Dios, querido Pedro!—gritó Fernando.—¿De veras tú me quieres matar?

—Eso quiero —dijo Pedro, y con el brazo levantado le amenazaba con el cuchillo. Fernando, que era muy listo y ágil, huyó ligero por una puerta de escape á otra habitación y de esta á otra. Pedro le siguió de cuarto en cuarto hasta el gran salón y cerró tras sí las puertas. Fernando trató de salvarse por la entrada principal del salón, que tenía dos puertas, mas la pobre criatura no alcanzaba al cerrojo de arriba que estaba pasado.

Había en medio de la sala una gran mesa, y alrededor de ella corría Fernando, siempre acosado por Pedro, huyendo de él tan pronto hacia la derecha como á la izquierda, de modo que siempre mediaba la mesa entre Fernando y su perseguidor. El niño entretanto clamaba sin cesar con voz lastimera:

—¡Ay, Pedro, déjame vivir! ¡No me mates! ¿Qué te he hecho para que tan airado estés contra mí? ¡Ah! ¿Estás en tu juicio? ¡Oh! No viertas sangre inocente. Compadécete de mí, y así Dios se compadecerá de ti si te hallas en peligro. ¿No crees tú que Dios ve todo y castiga al malo? Piensa en lo que dirá don Alonso si me matas.

—Pues él quiere que yo te mate—exclamó Pedro, y más animado por el nombre de Alonso, que tan aterrador le era, redobló nuevamente todas sus fuerzas para coger al niño.

Hasta entonces Pedro, vacilante por el vino y obligado muchas veces á apoyarse contra la mesa, no había logrado alcanzar á Fernando; pero éste, que aún no se había repuesto de su mal estado de salud, se cansó y las fuerzas le abandonaron. Pedro le asió de los cabellos, y cuando el atribulado niño no vió posibilidad para librarse del asesino, se arrodilló, alargó sus bracitos al cielo y gritó con voz que traspasaba el corazón:

—¡Oh Dios, ya que ninguna compasión hay en la tie-

rra, compadécete de mí! Vosotros, poderes del Cielo, asistidme todos!

Pedro, que casi temblaba más que el azorado niño, arremetió contra él con demudado semblante y mano convulsa.

—¡Ay, Jesús, María!—gritó el niño.—¡Estoy herido, tengo sangre! ¡Oh, mira, esta sangre clama venganza del Cielo contra ti, Pedro, como la sangre de Abel contra Caín!

Pedro le miró. El cadavérico rostro del niño, sus miradas al cielo, la sangre que brotaba de su cuello y hombros y su blanco vestido manchado de rojo conmovieron á Pedro. Dejó caer el brazo levantado con el cuchillo sangriento y dijo con voz trémula:

—Calla, querido Fernando. Ya no te hago mal. Perdóname: yo estaba fuera de mí. Si tus heridas no son mortales y todavía te puedes salvar, yo te salvaré.

Mas Fernando, siempre de rodillas, se apoyaba con una mano en el suelo y alargaba la otra hacia Pedro, como si todavía quisiera parar nuevas cuchilladas. Su aspecto era el de un moribundo y su sangre manaba por tres heridas empapando sus vestidos.

CAPITULO XI

EL CABALLERO DESCONOCIDO

Pedro, pálido é inmóvil como una estatua, continuaba en pie, discurriendo qué haría con el niño herido; mas no podía el asesino volver en sí, ni acertaba á disponer nada, cuando de repente creyó oir un trueno. Miró á las claraboyas del salón, y el Sol, que había salido por entre celajes tormentosos, enviaba rayos arrebolados al través de aquéllos. Pedro se estremeció temiendo la justicia de Dios vengador.

En aquel momento se figuró oir otro trueno más estridente, pues el estruendo que oía se asemejaba perfectamente al de un trueno. Llamaron fuertemente en la puerta de la sala y resonó una honda voz diciendo:

—¡Eh, cuidado, asesino, detente!

Pedro temblaba de pies á cabeza y no podía moverse del sitio; pero de pronto dieron un terrible golpe sobre las puertas que con recio estrépito se abrieron de par en par. Entró un hombre de alta estatura, en traje de caballero y á la española, con capa corta de grana, gola blanca de finos encajes y largo plumaje negro pendiente del sombrero; con la mano derecha blandía una gran espada luciente, y amenazando hender la cabeza de Pedro, gritó:

—¡Muere, asesino!

Pedro se espantó con esta visión que se le aparecía

en la claridad del Sol de la mañana. Le pareció que veía en su presencia al ángel de la Justicia y creía que la espada lanzaba rayos. El consternado Pedro retrocedió temblando, dió un salto de lado é intentó escaparse por la otra puerta de la sala; mas un guerrero armado, escudero del caballero, se le atravesó con la espada desnuda. Pedro se refugió en un rincón de la sala, se arrodilló é imploró gracia. El caballero desconocido le dijo:

—Tú no quedarás sin castigo; mas primero atenderé al infeliz niño.

Hizo seña á su escudero, y éste, con espada en mano, se situó al lado de Pedro.

El caballero contempló entonces el ensangrentado niño y, lleno de profunda lástima, exclamó:

—¡Gran Dios, si habré venido demasiado tarde!

Envainó la espada, levantó del suelo á Fernandito, que tenía caídas la cabeza y brazos y los ojos cerrados, lo puso encima de la mesa y le registró las heridas.

—¡Gracias á Dios—exclamó—no son mortales!

El cuchillo estaba tan embotado, que apenas traspasó la ropa y encarnó. Mandó á Pedro que mostrase el lecho de Fernando, lo metió en él, rasgó una sábana y le vendó diligentemente las heridas para restañar cuanto antes la sangre, haciéndoselo traer todo allí mismo.

Al cabo de un rato Fernando volvió en sí de su profundo desmayo, abrió los ojos y atónito miró al forastero.

El caballero, cuyo semblante al principio, cuando hablaba con Pedro, le había parecido en extremo terrible, sonreía ahora con celestial regocijo y decía á Fernando:

—Sosiégate, querido niño; yo, con la ayuda de Dios, te curaré.

En seguida el caballero ordenó á su criado que, valiéndose de Pedro, fuese por el castillo á traer todo lo que hallasen para el socorro del niño herido, pero guardando silencio sobre cuanto allí pasaba. Ambos partieron y él se quedó junto á la cama de Fernando como una solícita y tierna madre.

El desdichado niño que, apenas convaleciente de una enfermedad, había experimentado tan mal tratamiento y recibido heridas, estaba con el espanto y la pérdida de sangre tan decaído, postrado y fatigoso, que al momento se durmió.

Cuando los dos hombres volvieron con lo que se les había pedido, el caballero se levantó con cuidado para no despertar al niño, hizo seña al criado para que ocupase su puesto cerca de la cama, y asiendo fuertemente del brazo á Pedro le condujo hasta una ventana para decirle con voz ahogada, pero que le hizo temblar:

—Sé toda la trama de la maldad en que te has dejado enredar. Don Alonso te ha prevenido que dieses al niño enfermo veneno en lugar de medicina, y de esta suerte quitarlo de en medio para después hacer creer á las gentes que pereció de muerte natural. Te mandó que si no podías lograr ningún veneno, acudieses al puñal. Para que el impío crimen pudiera más fácilmente quedar oculto, forjó la mentira de que la enfermedad del niño era pegadiza, y aparentó huir á la ciudad con su esposa é hijos por miedo del contagio. Ahora espera de ti el malvado, que á la vez pretende ser asesino y heredero, un mensaje con la ansiada noticia de la muerte para tomar posesión del condado y comenzar de nuevo su género de vida libertina, que termina ya por culpa suya.

Pedro quedó sumamente aturdido, sin acertar cómo aquel severo desconocido podía saber con tal exactitud y evidencia un plan concertado á media noche y con el mayor sigilo á puerta cerrada. Confesó que por amenazas le había obligado D. Alonso al terrible juramento de quitar de en medio, con veneno ó puñal, al condesito Fernando. Contrito, declaró que había querido emponzoñar al niño enfermo, pero que no pudo lograr semejante veneno; por el contrario, afirmó resueltamente que, si bien había empuñado el cuchillo y herido á Fernando, con todo, afectado por la vista del niño ensangrentado y el remordimiento de su conciencia, no había podido consumar el hecho, sino que antes de llamar el caballero á la puerta, ya había desistido de matar al niño. Echóse á llorar y dió

gracias al Señor porque le había iluminado antes de efectuar un crimen tan espantoso.

El caballero no dijo una palabra sobre si creía sincero ó fingido el arrepentimiento del delincuente, y exclamó:

—¡Ah, cruel y sanguinario tigre! No dejaré por más tiempo en tus garras el pobre inocente cordero. No me apartaré más de su lado, y yo sabré libertarlo de ti.

Solícito entonces, dispúsose á curar las heridas de Fernando para el primer momento en que pudiera verificarse, y su fiel escudero le dijo:

—Os ayudaré, caro amo mío; pero á fin de poderlo hacer desembarazado, necesito primero emprender otra tarea. He hallado por el castillo unas cuerdas, y con ellas ataré de pies y manos á este bribón para que no se nos escape.

Pedro se arrodilló ante el caballero, pidiéndole con grandes sollozos merced y compasión. Fernandito se despertó á los lamentos de Pedro y exclamó:

—¿Qué quieren ustedes hacer con Pedro?

—Queremos atar á este asesino—respondió el criado del caballero—y entregarlo á la justicia para que le corten la cabeza.

—¡Oh! ¡No hagáis tal!—dijo la bondadosa criatura con voz débil y condolida.—Pedro fué siempre bueno y cariñoso conmigo. Cuantas veces venía por aquí me traía cosas bonitas, y también nos enseñaba á los niños toda suerte de juegos divertidos: hasta ahora jamás me había hecho mal. Sólo esta vez última que vino ha estado sumamente afligido y de mal humor, y al momento se lo conocimos; últimamente se le volvió el juicio, y en su locura me ha querido matar. Mas á pesar de lo furioso que estaba, escuchó mi llanto y me tuvo lástima. Ahora compadézcanse ustedes de él, porque al fin él también se compadeció de mí.

—¡Oh querido Fernando!—dijo el caballero.—Eso no lo hizo más que por haberme oído llamar de recio y y golpear á la puerta.

—¡Ah! No, no—dijo Fernando,—ya antes que vos llamaseis tan terriblemente á la puerta, me nombraba él otra vez querido Fernando y me prometió que no me haría más daño. ¡Ah! Creedme, yo digo la verdad,

y él nada podrá decir, porque estaba sin juicio; pero aunque tan grande fué su locura, mayor fué todavía su compasión de mí. ¡Ah! No le hagáis por eso desgraciado, antes bien procurad que recobre otra vez la razón. Yo tendría que llorar si le hicieran daño alguno. Toda mi vida lo estaría sintiendo si por causa mía le cortasen la cabeza. Por mí no se derramará sangre.

El caballero quedó encantado de los nobles sentimientos del niño.

—Caro Fernando—le dijo,—eres muy buen niño.

Y volviéndose á Pedro, añadió:

—Pedro, por el testimonio de esta inocente criatura y á intercesión suya, quiero dejarte salvo.

Entonces el caballero enjugó las heridas del niño, les aplicó una cataplasma lenitiva y las vendó con el mayor esmero. Luego que hubo concluído, dijo á su escudero:

—Ahora dejemos reposar un rato á este angelito, y después nos lo llevaremos, arrancándolo de este execrable lugar de asesinato.

Pedro, muy humilde, se acercó al caballero y le dijo:

—Señor, permitidme á mí, vuestro último criado, hablaros una palabra, una por lo menos que sale de un corazón leal. Don Alonso aguarda de una hora á otra la noticia de la muerte del niño. El se figurará que no he cumplido su encargo, y sospechará, por el contrario, que haciéndole traición lo he descubierto á vos y dejado vivir al niño, con lo cual se pondrá furioso. No parará hasta matarme y yo no podré escapar de su ira. Mas no lo digo por mí, pues merezco la muerte. El buscará medios para tener otra vez al niño en su poder, y entonces ¿lo podréis ocultar? ¿Podréis poner al niño y á vos mismo á cubierto de su ira? En verdad, no os conozco é ignoro absolutamente vuestra condición, pero debéis precaveros bien. Don Alonso es astuto y fuerte, capaz de toda venganza y maldad, y aunque las deudas le agobian, cuenta todavía con muchos amigos poderosos. Casi no saldríais bien de una acusación judicial contra él. Su crédito echaría por tierra mi acusación, para lo cual yo tampoco puedo presentar ningunas pruebas, y el buen niño caería de nuevo en poder suyo. Por tanto, lo mejor fuera

que yo escribiese al señor que Fernando era muerto, y después, sólo en apariencia, como fácilmente se puede hacer, yo dispondría un funeral. Entonces podréis retener con vos tranquilo al condesito, y tiempo vendría en que hacer valederos sus derechos al condado. Creedme, la vida y fortuna de este niño, cuyo noble corazón he aprendido desde ahora á conocer bien, me son tan caras como mi propia existencia.

El caballero halló muy ingeniosa la proposición de Pedro, mas no quiso abiertamente aprobar semejante trama.

—Haz—dijo—lo que bien te parezca; eso es cosa tuya y en ello no me mezclo. Además, yo aquí te declaro libre y puedes hacer lo que gustes.

Pedro se puso con esto muy contento, dió las gracias al caballero y fuése diligente á la cocina para disponer una comida de mediodía, juntamente con la guardiana, que también sabía guisar perfectamente. Vió al barbero plantado en la cocina y dijo para sí:

—Necesito alejar inmediatamente á este hombre importuno; vociferaría por todas partes que yo he herido á Fernando.

Curioso Ambrosio, preguntó:

—¿Quién es el señor forastero con capa de grana y espada que acompañado de un sirviente vino esta mañana al castillo?

—Es el doctor de Salamanca—dijo el sagaz Pedro con la mayor indiferencia.

—¡Cáspita!—exclamó el barbero horripilado.—Con ese no me meto yo. Sería capaz de examinarme otra vez ó de llevarse toda mi hermosa botica, como ya lo intentó una vez. No, no, mejor será escapar, aunque vaya aventado como el burro de la fábula.

Salió corriendo y no se le volvió á ver en muchos días por el castillo.

Pedro con la mayor presteza sirvió al caballero á la mesa y proporcionó más de cuanto podía necesitarse para el niño herido. Llegada la noche, el caballero tomó blandamente en sus brazos á Fernandito, lo arropó con su capa y se lo llevó consigo acompañado del escudero. Nadie, sino Pedro, en el castillo ni en las cercanías lo vió salir, y aun aquél ignoraba de dónde

—Es el doctor de Salamanca.

vino y á dónde marchaba. El caballero apareció como bajado del cielo y desapareció con igual rapidez.

Aquella misma noche Pedro se puso á escribir para D. Alonso una extensa carta sobre la supuesta muerte de Fernando. En un billete separado que le incluyó decíale cuán arduo le había sido ejecutar el mandato, y que no habiendo podido hacerse con ningún veneno, se había visto precisado á echar mano del puñal, matando al niño de tres puñaladas. Jactábase de esta supuesta hazaña como de un servicio digno de recompensa, pues la esperanza de ser un señor de distinción y desposarse con la noble señorita adquiría nueva fuerza en su corazón.

A la mañana siguiente Pedro hizo notoria la muerte del condesito. Las gentes, por afirmación del locuaz barbero, tuvieron por una especie de peste la enfermedad del niño, y todos, indistintamente, hasta los más noveleros, se guardaron de ir á ver el cadáver. Pedro echaba piñas de enebro en los braseros encendidos, y en cacerolas puso á hervir tanto vinagre, que los lugareños retrocedían ya desde las inmediaciones del castillo, espantados con la nube de humo que se levantaba y el vaho casi pestífero exhalado. También los hombres encargados de amortajar el cuerpo agradecieron á Pedro que los relevara de semejante trabajo, pagándoles, sin embargo.

Pedro, con todo, para asegurarse más, puso en un pequeño ataúd una figurita de yeso que casualmente halló en el castillo, rebujándola con un velo blanco de crespón no muy claro. Entrada la noche, el ataúd, con acompañamiento de algunos eclesiásticos y de muchos hombres cubiertos de gasa negra que llevaban blandones, fué conducido al panteón de la familia. Pedro, á pesar de ser tan malvado, sentía remordimientos de conciencia, porque apenas librado de la muerte, profanaba con aquel trampantojo los piadosos y venerables usos de la religión, y temía que por semejante ultraje no se escaparía del castigo divino.

CAPITULO XII

EL ERMITAÑO

El caballero desconocido que tan súbitamente entró en el castillo y se llevó consigo al condesito Fernando era un hombre extraordinario, singular, dotado de eminentes propiedades, pero también propenso á grandes rarezas. Siendo todavía joven, obtuvo ruidoso aplauso en la corte y había logrado en ella uno de los puestos más importantes. Las primeras casas de la nobleza en la metrópoli deseaban enlazarse con él, y era amado de una señorita bella y virtuosa. El himeneo debía celebrarse en el castillo del padre de la señorita, situado á muchas leguas de distancia. Rodeado de muchos señoritos nobles, partió para allá: todos iban lujosamente vestidos de tisú de oro, todos rebosando júbilo y contento.

Pero cuando, lleno de las más vivas esperanzas, se apeó á la puerta del castillo, salieron á recibirle los padres y deudos, enlutados y dando fuertes lamentos, pues Teodolinda, su amabilísima prometida, estaba de cuerpo presente. Una calentura inflamatoria la había arrebatado precipitadamente. Quiso al menos ver por la vez postrera el cadáver de su querida novia. Fué abierto el ataúd, y su hermosura había sido horriblemente alterada con la enfermedad é incipiente corrupción. Aquel repugnante aspecto despedazó el corazón al novio, que profundamente conmovido, poniéndose

de mortal palidez su semblante, estuvo inmóvil largo rato contemplando el cadáver.

—¡Esto pues—exclamó por fin,—esto era aquella amable Teodolinda! ¡Ah! ¿Dónde están ahora aquellos brillantes ojos que lucían más hermosos que los astros, aquellas mejillas que con su dulce arrebol humillaban á las rosas, y aquellos purpurinos labios más encendidos que la flor del granado? ¡Ah! ¡Todo, todo pasó para siempre!

Jamás en su vida había sentido tanto la instabilidad de las cosas y la caducidad de la juventud y la belleza.

Adonde quiera que miraba, no creía ver más que la muerte. Cualquier hoja seca le recordaba el morir, y la tierra entera se le representaba como un vasto cementerio. Los placeres de la vida cortesana le daban tedio, y su propia existencia no tenía precio á sus ojos.

Abrazó el destino de la guerra, hizo muchas campañas, y abrumado por la vida, buscaba la muerte. Mas también se elevó con esto por su penetración, serenidad de ánimo y valor, ganando gran renombre. Sus servicios fueron universalmente pregonados, y como antes en la corte, estuvo después en el ejército en gran predicamento, llegándose hasta decir que el rey le nombraría duque.

Pero sus méritos, que sus envidiosos calificaban de ciega fortuna, le atrajeron muchos enemigos, entre los cuales Alonso era el más vehemente, y por su sagacidad y arterías el más peligroso. Trataban de derribarlo, tomaban pie de la franqueza del héroe animoso, que cuanto era malo ingenuamente lo llamaba malo.

Aunque hombre de nobilísimos sentimientos, le atribuían máximas peligrosas. Por ellas levantáronle un falso testimonio, y según solía suceder en España, corrió gran riesgo de ser encarcelado para toda su vida, ó perderla clandestinamente ajusticiado en los mismos calabozos. Sus amigos no se atrevieron á protegerle, y le abandonaron. Aunque persuadido íntimamente de su inocencia, conoció que no le restaba otro arbitrio para salvarse sino la pronta fuga. Huyó á la montaña, seguido de un solo sirviente que le quedó fiel.

Después de una fatigosa correría por elevados cerros y profundos barrancos, fué á parar en un espacioso valle que no podía darse más ameno. Altos peñascos y medianas colinas, entre los cuales crecían matas y árboles de perenne verdor, rodeaban la florida llanura. Un arroyuelo que se desprendía de entre las rocas, la atravesaba corriendo claro como el cristal. A un lado del valle había una hermosa y gran capilla, labrada de jaspes encarnados y de berroqueña, que era una obra maestra de arquitectura. El sutil campanario, primorosamente hecho de labor calada, se alzaba muy empinado. La portada, conforme al antiguo estilo, era esculpida con piedras recargadas de trabajo, embutida toda de efigies de santos y copiosamente adornada de follaje.

Contaban que un príncipe, allá en tiempos muy remotos, en una refriega con los sarracenos en aquel paraje, habiendo estado á punto de perder la vida y salvádose milagrosamente, erigió esta hermosa capilla en cumplimiento de un voto; pero como la familia del fundador se había ido extinguiendo, no se reparaba convenientemente el magnífico edificio, y era de temer que dentro de pocos años amenazaría ruina.

Nuestro asendereado caballero entró en la capilla. Las altas claraboyas ostentaban vivísimos colores en sus pintados vidrios, y en el altar se descubrían ricos tallados. Una veneranda claridad como de crepúsculo y un solemne silencio reinaban en aquel lugar consagrado á Dios.

El caballero se acercó al altar, se arrodilló sobre el pavimento de mármol, se humilló profundamente lleno de fervor, y derramando ardientes lágrimas, oró al Señor para que, tras los muchos peligros con los cuales su vida estuvo por todas partes amenazada, le tomase bajo su protección, le amparase y defendiese.

Al salir de la capilla puso sus ojos en el cielo y suspiró:

—Ahora, Dios amado, guiad mis pasos y permitidme hallar un paraje donde, separado yo del mundo, pueda vivir sólo para Vos.

Apenas hubo caminado algunos pasos, vió una ermita que parecía pertenecer al templo. Llamó repetidas veces á la puerta, confiando, por estar muy necesitado, lograr por lo menos un mendrugo.

Un viejo canoso, pastor en la montaña, venía con vacilantes pasos, apoyándose con una mano en el cayado, adelantándose por el camino para entrar á rezar en la capilla, y le gritó:

—En balde llamáis, señor mío. El ermitaño que ahí habitaba murió tiempo ha, y desgraciadamente aún tardaremos en encontrar otro.

Al punto le ocurrió al caballero la idea de ocultarse de sus enemigos en aquella ermita, y consagrar su vida entera á Dios. Por entonces aún anduvo más con su criado; pero al cabo de cierto tiempo regresaron ambos allí mismo en traje de ermitaños. Solicitó permiso para que le dejasen habitar junto con su compañero la ermita, bastante deteriorada.

Todos los moradores de la comarca recibieron de ello gran contento, le cedieron la ermita y le rogaron que se encargase de cuidar de la capilla. Prometiólo, y cumplió su palabra, excediendo las esperanzas de todos ellos.

Aunque los enemigos del caballero trabajaron para que le fuesen confiscados los bienes, todavía le quedaron, sin saberlo aquéllos, sumas considerables en oro. Así que mandó restaurar nuevamente la capilla; mas en lugar de las estrechas y compartidas cuevas de los ermitaños, mandó levantar de mampostería un edificio capaz y sólido, que por su azul tejado de pizarras, por los agudos medios puntos de las ventanas y la linda fachada, á la cual se llegaba subiendo por una escalinata de piedra, tenía un aire claustral más respetable. En lo interior de la casa había construído piezas particulares para vivienda, estudio, comedor y dormitorio, con un par de cuartos para huéspedes. Toda la fábrica de la casa estaba acondicionada como para un hombre de suposición que trataba de hacer vida solitaria. Todo era sencillo y sin lujo, aunque también había salas adornadas con algunos cuadros místicos preciosos y figuritas primorosamente talladas en marfil, que él se apresuró á poner, mandándo-

las traer allí secretamente. Tampoco faltaba una pequeña pero selecta biblioteca.

Detrás de esta deliciosa ermita extendíase un bosque de castaños, grandes como encinas y que daban frutos suavísimos. Delante de la vivienda corría un grande espacio que sin necesidad de cultivo era muy productivo. El nuevo ermitaño lo transformó en un bello huerto, que á poco tiempo ya subsanó ricamente su trabajo. De numerosos árboles veíanse pender entre las verdes hojas manzanas rayadas de púrpura, peras de un amarillo claro, melocotones encarnados, higos de un bermejo subido y violados, amarillos limones y doradas naranjas.

Las paredes del huerto estaban revestidas de parras, y hasta en los olmos que rodeaban el huerto se enredaban los sarmientos con grandes racimos azules y dorados y trepaban con sus prolongados zarcillos en los pámpanos de un árbol á otro. Muchas suertes de plantas útiles y flores fragantes poblaban de verdor y gracia los cuadros del jardín.

Las cercanas colinas esmaltadas de yerbas silvestres y las pedregosas montañas distantes, desde las cuales se disfrutaba una vista sin término, realzaban todavía más la hechicera lindeza de aquel afortunado retiro.

Allí en plácida soledad vivía únicamente para Dios y para sí mismo el noble caballero que, omitiendo el apellido, se llamaba Bernardo. Diariamente leía las Sagradas Escrituras y estudiaba en los libros que de los expositores de la Iglesia y de otros grandes hombres de la antigüedad han llegado hasta nosotros. Gustaba sobremanera de leer los cuatros santos Evangelios, su espíritu se empapaba en una vivísima fe en Jesucristo y su corazón ardía en amor á él.

—He hallado—solía decir—un seguro puerto de salud, y las borrascas del mundo ya no me pueden arrastrar.

Recogía plantas y minerales, practicaba indagaciones alquímicas y observaba los astros. Durante el día trabajaba muchas horas en el huerto. Al amanecer, luego que la aurora asomaba por detrás de las montañas, entonaba cantos en alabanza de Dios, que se acom-

pañaba con el laúd, tan estimado generalmente en aquellos tiempos.

A veces, con el silencio de la noche y al resplandor de la Luna, íbase á un espeso bosquecillo de arrayanes y cipreses, donde había colocado una sencilla losa y esculpido en ella de su propio puño estas palabras: «A la memoria de Teodolinda». Sobre lo alto de la lápida brillaba una cruz dorada. Aquí entregábase á las más serias meditaciones acerca de la muerte y de la inmortalidad. En cuanto á la sepultura y podredumbre, se consolaba con la gozosa esperanza de comenzar otra vez á vivir después de la muerte la vida eterna.

Su único y fiel criado, de nombre Federico y nacido en Alemania, quien á su lado había combatido en fuertes peleas, le salvó una vez la vida y le acompañó hasta aquella soledad. Servía á su señor con el más afectuoso esmero, desempeñaba la parte más ruda de las tareas del huerto y cuidaba del reducido gobierno casero. También descuajó un baldío que labró á pala á falta de arado, y lo cerró con un seto espeso de romerales, que en estos países cálidos medran hasta levantarse como arbustos considerables, y crecen con tal abundancia que llegan á formar impenetrables zarzales. Federico compró algunas cabras, pescaba con caña en el inmediato riachuelo, y en las sierras incultas cogía chochas perdices y otras aves monteses. De esta suerte ambos se mantenían de pan, leche, peces y pájaros, é igualmente de las exquisitas legumbres y regalados frutos que les ofrecía la huerta. Si alguna otra cosa les faltaba, el honrado sirviente sabía buscarla en los alrededores.

Aunque Bernardo, lo mismo que su criado, vestía el sencillo hábito de ermitaño, tenía además guardados en una arca particular el traje caballeresco y las armas, así como también Federico conservaba sus armas y vestido de soldado en un cofre bien cerrado, pues aún no había perdido la esperanza de usarlas alguna vez.

Los habitantes de la montaña del contorno eran francos y sencillos pastores, cuyos numerosos rebaños hallaban pingüe sustento en aquellos cerros, cubiertos de hierbas abundantes y jugosas raíces, y su-

ministraban las lanas españolas, célebres en todo el mundo.

Aquella honrada población pastoril, que todavía conservaba las sanas costumbres de los pastores de la antigüedad, cobró tal amor á Bernardo, que le llamaba su padre, lo visitaba con frecuencia y en todas sus necesidades imploraba su auxilio. A su criado lo nombraban por el hermano Federico, y también le tenían mucho cariño. No se curaban de saber la historia de Bernardo, al paso que presumían fuese de condición elevada. Tampoco les habló jamás de esto, pues había olvidado toda su anterior magnificencia como un ligero ensueño de aurora, y en su ermita sentíase tan dichoso como á un hombre cabe serlo en la tierra.

El venerable padre Bernardo era, pues, el ermitaño á quien acudió aquel ignorante barbero pidiéndole veneno.

Fácil le fué á Bernardo sacarle del cuerpo el uso á que se destinaba el veneno.

El pomposo barbero, después de beberse un vaso de vino que Bernardo le puso delante, narró, con extensos pormenores y grandes alabanzas propias, todo lo que sabía ó se imaginaba saber. Dijo que el condesito Fernando había contraído las viruelas ó bien una calentura muy pegajosa; que á él, cirujano, se le había concedido el alto honor de curar al ilustre vástago; que la familia toda junta se había ausentado para preservarse del contagio, quedando con el niño enfermo únicamente el hábil tocador de laúd, quien ahora, sin más que para ganar una apuesta, deseaba con urgencia el veneno. Bernardo al punto sacó por aquel charlatán la verdad y descubrió el secreto que ignoraba el torpe barbero; hízosele patente que se pretendía envenenar al condesito. A Bernardo le constaba cuán odioso era el pequeño heredero del espléndido condado para el hostil Alonso, y ya no le cupo la menor duda de aquella horrible trama. Pero no dijo más, sino que no tenía á mano ninguna ponzoña y que al día siguiente le daría lo que necesitaba para ganar la apuesta.

Mas apenas se hubo marchado el simplón de Ambrosio, Bernardo se atavió con su traje caballeresco,

mandó también que se armara su criado, púsose en marcha, caminando toda la noche y tan acelerado como su edad le permitía, para llegar al castillo y arrancar al condesito de las garras de su inhumano tutor y cómplice, lo cual efectivamente logró, aunque no tan bien como él deseaba.

CAPITULO XIII

EL PRECEPTOR

Bernardo arribó felizmente con el condesito á su ermita. Asistió al buen niño con el esmero de una tierna madre; diariamente le curaba las heridas, le daba de comer, al rayar el alba sentábase largo rato al lado de la cama, y alternativamente con el criado velaba noches enteras al amable niño. Aunque el casual ejercicio de este puro amor paternal en aquel su infante adoptivo no podía menos de sugerirle recuerdos de la malograda Teodolinda, siempre que las bellas entrañas de Bernardo respondían á tan fundadas posibilidades, un fervoroso rapto de su maduro espíritu hacia Dios le ahuyentaba unas memorias que la firme vocación á la vida eremítica le hacía desechar como profanas.

Presto curó Fernando de las heridas, quedándose nuevamente sano y salvo. Preguntaba á menudo por su madre y hermanos, que así llamaba á su tía y primos.

—¡Ah!—solía decir con tristeza.—¿Cómo es que no viene mi querida mamá? ¿Y por qué no me dejáis ver á mis hermanos?

Bernardo le dijo que por entonces aún era esto imposible para la buena madre, quien tiernamente le amaba; pero que tan luego como esto pudiera ser,

vendría allí ella con todos sus niños y le traerían muchas cosas buenas.

—Entretanto, querido Fernando—le dijo afectuosamente,—yo haré contigo las veces de padre y de madre.

También á veces la pobre criatura preguntaba por Pedro.

—Por fuerza—decía—se habrá vuelto loco otra vez, porque si no, él no me hubiera olvidado. ¡Ah! Cuando él vuelva en su juicio, vendrá en seguida á visitarme, pero antes no.

Bernardo dejaba al niño en esta presunción, y decía:

—Sin duda Pedro estaba loco, y á no ser así, él no te hubiera tratado tan mal, sin embargo de que ya empezaba á cobrar la razón.

Pero Bernardo siempre esquivó al niño más explicaciones, y le tuvo absolutamente callado que era hijo de alto nacimiento y el único heredero de grandes estados y muy dilatadas tierras. Quería educarle con la mayor sencillez, y creyó que la esperanza de ser un gran señor podía hacer al niño frívolo y soberbio y malograr todo el fruto de una selecta educación. Poco á poco el niño también fué de día en día pensando menos en su anterior morada, y al fin hízosele hasta confuso el recuerdo de su madre curadora y hermanos. Su actual padre adoptivo lo era todo para él, y le cobró un cariño entrañable. Como Bernardo le llamaba siempre hijo, el niño también nunca le llamaba de otra manera que padre amado, y no le ocurría preguntar si tenía otro padre. Las gentes del país ignoraron por mucho tiempo que el ermitaño hubiese traído á su ermita aquel tierno infante, y trascurrió cerca de un año antes de ser conocido. Mas entonces opinaron las gentes que Bernardo, á quien desde luego tuvieron por un señor de importancia, se habia venido á la ermita entristecido por la temprana muerte de su esposa, como lo atestiguaba claramente el monumento del bosquecillo de los arrayanes, y tuvieron enteramente por positivo que la hermosa criatura era efectivamente hijo suyo, que desde el principio habría traído consigo.

Bernardo cifró sus más interesantes miras en educar bien al niño. Lo instruía en la religión y con él hablaba de Dios. Al efecto empezó por referirle de la sagrada historia aquellos pasajes que eran más adecuados á su edad. ¡Pero cuál fué el júbilo del piadoso anciano al ver que Fernando ya sabía la historia de la creación y de los primeros hombres, la de los patriarcas y muchos de los siguientes acontecimientos, que relataba con suma prontitud, ojos animados y elocuente boca! Bernardo se propuso únicamente proseguir desde donde había sido interrumpida la instrucción de la entendida madre curadora. Con mayores delicias aún notó Bernardo que el párvulo tenía afición á las yerbas y árboles, sabiendo admirar en ellos la inteligencia y beneficios del Criador. Bernardo le enseñó á conocer mejor todavía los vegetales y sus cualidades provechosas. Le impuso en los nombres de las estrellas é hizo reparar el curso de éstas. Representóle el universo entero, cielos y tierra, como la obra de una sabiduría y bondad infinitas, toda la naturaleza visible como una escala por la cual debemos ascender hasta Dios, que ahora todavía no podemos conocer.

Bernardo fué el maestro del niño en cuanto á leer y escribir, y además extendía su instrucción á medida que avanzaba en edad. Como Bernardo entendía perfectamente al alemán, pues siéndolo entonces el rey de España, se hallaba muy extendido por el país, enseñó también al niño á leer y escribir esta lengua. Señalándose más y más el talento de Fernando, le instruyó Bernardo en el latín, y con él leía los escritos de los antiguos romanos, trasladándose á los años de su juventud propia, que había pasado en las aulas. Poniéndose como en relación con el vivísimo y penetrante niño, que rebosaba en deseos de aprender, estaba Bernardo cual empezando á vivir de nuevo y rejuvenecerse. Con él trabajaba en la huerta, emprendía pequeñas excursiones á la montaña, y le hacía penetrarse de todas las hermosuras de la naturaleza, de las cuales tan ricamente había sido aquélla dotada. También habituaba á Fernando á la decencia y buen parecer en el hablar, en su porte, continente y modales. Fernando crecía, haciéndose un gallardo y discreto

mozo, que poseía el más benévolo corazón, siendo á la vez muy hermoso de estampa y de noble continente en todas sus maneras.

En esto llegó Fernando á sus catorce años, y sobrevino un acontecimiento que fué muy pesaroso para él y su sensibilísimo padre adoptivo.

Cayó gravemente enfermo Federico, el antiguo y leal criado y amigo de Bernardo, y que también había cobrado mucho afecto al joven Fernando, á quien divertía de mil maneras, contribuyendo á la educación de éste con cuanto estaba de su parte. Desde aquel momento ya no se apartó de su lecho Bernardo, quien al verle claramente empeorar, tenía siempre llorosos los ojos. Sentado Fernando junto á la cama, también soltaba por sus encendidas mejillas continuas y puras lágrimas. Muy consolado y satisfecho el enfermo, pasó á mejor vida.

—Mucho—dijo,—querido señor, hemos padecido juntos, aunque en ello aprendimos á conocer cuán poco valen los bienes de este mundo, qué frívolos y perecederos son todos sus goces. Gracias á Dios, después de este pasajero sueño de la vida, podemos confiar en gozar un día de la bienaventuranza. Si Dios aquí en la tierra se nos patentiza tan bello y magnífico, ¡cuánto más infinitamente bello y magnífico será allí! ¡Cómo me regocija esto!

Bernardo hizo llamar á un sacerdote por medio de uno de los pastores vecinos, para lo cual había que andar muchas leguas. Vino, y el enfermo recibió con gran devoción los santos sacramentos de los moribundos.

El buen hombre se fué debilitando cada día más, y antes de lo que se calculaba le sobrevino la agonía. Bernardo se arrodilló en tierra junto al lecho del moribundo, y en voz alta oraba cruzadas las manos y vertiendo copiosas lágrimas, acompañándolo en su llanto y preces Fernando.

Después que hubo expirado el bueno y fiel sirviente, ambos permanecieron toda la noche en el silencioso aposento de la muerte, velando el cadáver. Fernando jamás había visto un muerto y decía:

—¡Oh! ¡Qué pálido se ha quedado, qué callado é inmóvil está! Tiene algo de horrible un muerto.

Bernardo aprovechó la ocasión para conversar con él sobre la vida eterna.

—Este cadáver—díjole entre otras cosas—no es ya nuestro bueno y antiguo amigo á quien tú tanto estimabas. Lo que tú ves ahora es solamente el ropaje de su alma, del que ya él se ha desnudado. Su alma, él mismo, puesto que ha vivido religiosamente y nada ha hecho sino bien, está ahora con Dios en una felicidad inefable. Su cuerpo también, este su mortal despojo, que luego entregaremos á la tierra, será un día nuevamente producido por Dios y juntado otra vez con el espíritu. A la manera que Jesucristo se levantó majestuoso de entre los muertos, así también resucitará nuestro amigo Federico. Nosotros, igualmente, dejaremos algún día nuestro cuerpo, esta vestimenta de tierra que ahora nos ciñe, como que tampoco tenemos aquí nuestra morada fija, y debemos por fuerza salir de este mundo. ¡Oh, querido Fernando, vivamos de tal modo que después vayamos con Dios! Sólo es verdaderamente bueno lo que nos pueda regocijar después de hallarnos en el lecho de la muerte: cuanto en aquel trance nos apesare es malo y condenable. Unicamente aquellos bienes que, estando nuestro cuerpo ya pálido y enmudecido, frío y tieso en la tumba, nos acompañan también hasta el otro mundo, son bienes verdaderos: todo cuanto debamos dejar otra vez, el oro y las riquezas, es indigno de los cuidados que los hombres se suelen tomar por ello. Sobre el cadáver de nuestro amigo prometamos á Dios ser siempre buenos y rectos. Así otra vez allá en el Cielo veremos á nuestro amigo, y podemos esperar también una gozosa resurrección.

Luego que el cadáver del buen viejo fué enterrado, Bernardo se sintió muy abandonado en su celda. Cien veces al día echaba de menos al leal amigo y criado, su confidencial trato y sus gustosísimos servicios. La pérdida fué para él irreparable, y estando persuadido de que jamás lograría para su servidumbre un alma tan fiel, su género de vida solitaria no podía continuar ya como hasta entonces. También creyó que ya era tiempo de conducir á Fernando á los estudios mayores de los colegios públicos y de sacarle á la vida

—Este cadáver—díjole entre otras cosas—no es ya nuestro bueno y antiguo amigo...

del mundo. Resolvió, de consiguiente, acompañarlo á una escuela superior, y quedarse junto á él como amigo y guía, ó según suelen decir, como su mentor. Depuso el traje de ermitaño y se vistió conforme á su jerarquía. También hizo proveer ricamente á Fernando de ropas adecuadas á su clase, y equipóle con todo lo necesario para que pudiera presentarse como un noble joven español.

Antes que Bernardo dejase su ermita hizo una bellísima fundación, que ya desde tiempo encerraba en su ánimo, y fué la de restaurar nuevamente la gran capilla y edificar una casa contigua. Los pastores de las montañas circunvecinas no tenían entre ellos ningún eclesiástico que les predicase la divina palabra, atendiera á su salud espiritual y los consolase en sus aflicciones. Tenían la parroquia tan distante que sólo con gran fatiga podían ir allá, y los niños y ancianos apenas podían ir una vez al año.

Bernardo les fundó un curato propio. La capilla sirvió de iglesia, y la casa de habitación para el párroco. Asignó al cura venidero tales rentas que libre de todo afán temporal pudiera entregarse únicamente á su ministerio espiritual, y aún le quedasen muchos productos sobrantes con que socorrer á los menesterosos. Bernardo permaneció allí hasta que el primer cura vino á tomar posesión de su cargo en la comarca y fué presentado al pueblo. Con este motivo dió una fiesta á la nueva parroquia, y procuró que, después de finalizados los festivos oficios divinos, se sirviera abundantemente de comer y beber á todos, viejos y niños, hombres y mujeres. El júbilo de la población fué muy grande, y muchos hubo que lloraron de contento; pero aún se hizo mayor el pesar, y más copiosamente vertieron lágrimas de sentimiento, cuando pocos días después se despidió de ellos y separóse para siempre Bernardo, su padre, amigo y bienhechor.

CAPITULO XIV

EL JOVEN MERCADER

Bernardo con su hijo se dirigió á la famosa universidad de Salamanca. Nada ya debía temer de sus enemigos, pues constaba públicamente que se le había hecho una injusticia. Llegados á la ciudad, alquiló una bonita vivienda en casa de un rico mercader, y Fernando, el noble joven español, hizo luego la delicia de todos los catedráticos y el ornato de la universidad. Pero antes que se cumpliesen tres años, Bernardo, de una manera enteramente inopinada, fué acometido de apoplejía, quedándose sin habla. Se conocía que deseaba decir alguna cosa, y el mercader le trajo recado de escribir; mas rehusó la mano prestar servicio al anciano enfermo. Entonces, dirigiendo primero una pesarosa mirada al joven Fernando, volvió luego la vista en ademán lloroso al mercader, y por señas con la mano le dió á entender que se hiciera cargo de Fernando, lo cual el mercader le prometió, y en presencia suya abrazó al jovencito. Inmediatamente después expiró el noble amigo y bienhechor del pobre Fernando, y el dolor del buen mancebo fué tan grande que no tenía lengua para expresarlo.

Fernando por algún tiempo no pudo olvidar un instante la enormidad de su pérdida. Bernardo tenía en la mente presentar al rey como conde de Alvarez á Fernandito tan luego como éste regresara de Alemania

á España, y hacer valederos los derechos de aquél al condado que se le usurpó. Pero la muerte anuló tal designio, y además los considerables bienes de Bernardo recaían ahora en sus parientes. Fernando, pues, quedaba ahora reducido á un pobre joven de incierta cuna y pasaba desde entonces á ser como un extraño en el mundo. Erale imposible continuar sus costosos estudios mayores; el mercader, poco amigo de la literatura y que no hacía mucho aprecio de los estudios, le aconsejó que se dedicase al comercio y se brindó á instruirle en esta ciencia. Fernando aceptó la oferta y le costó poco trabajo imponerse en las tareas de un negociante. Siéndole ya familiares los idiomas alemán, italiano y francés, aprendió también la lengua inglesa á fin de llevar la correspondencia extranjera en la casa de comercio. Su destreza, la velocidad con que dirigía la pluma y su inviolable probidad le granjearon la entera confianza de su amo.

El mercader hizo con él dilatados viajes por los principales países de Europa, y uno de ellos fué á Inglaterra. Hallábase á la sazón el conde Gallas de embajador austriaco en Londres. El embajador envió á buscar al comerciante para comprarle algunas piedras preciosas, y como Fernando hablaba muy bien el alemán, lo mandó el comerciante á casa del embajador, quien no quedó poco admirado cuando el mancebo, que con noble porte entró en la sala, le dirigió la palabra en alemán muy puro.

—¿También es usted alemán—le dijo familiarmente—y no español? Me alegro de hallar aquí un paisano.

Fernando le aseguró que era español de naturaleza, y le manifestó su arquita de joyas, en la cual se encontraban costosos rascadores, sortijas y pendientes, que relucían con toda especie de brillantes y piedras preciosas de color. El embajador llamó á su esposa y le rogó que eligiese. También ésta se alegró de poder hablar en su lengua materna con el joven mercader. La Condesa escogió un aderezo y el Conde preguntó el precio.

—Yo tendría por indecoroso—dijo Fernando—encarecer á un sujeto de distinción las mercaderías y

robarle el tiempo con fastidiosos regateos. Hago ánimo, por tanto, de decir sinceramente el verdadero precio.

—Así me gusta—dijo el Conde;—esto es lo que más estimo.

Fernando le dijo el precio y el Conde le suplicó que formase una nota de las piedras compradas y que la firmase al pie. Fernando se sentó al escritorio y con gran prontitud extendió la cuenta en alemán, delineando además en el papel los más bellos rasgos. El embajador alabó la hermosura del escrito, halló la cuenta conforme, aseguró que le había contentado mucho la compra y pagó la suma.

Fernando recorrió con la vista otra vez su arquita, echó una mirada hacia el aderezo vendido, que todavía estaba sobre la mesa, y dijo á la embajadora:

—Perdonad, excelentísima señora, que ha ocurrido una pequeña equivocación entre dos diamantes muy parecidos: los hemos trocado. La piedra que ahí tenéis es igualmente linda, tiene asimismo tanto fulgor y parece tan grande como esta otra, sólo que aquélla es algo más lisa y, por consiguiente, de inferior precio. Si no obstante queréis persistir en la última elección, excusado es trocar los anillos; yo devolveré el dinero que hay pagado de más y escribiré de nuevo la cuenta.

El embajador y su esposa quedaron pasmados de la probidad del joven. Conocieron perfectamente que podía haber descontado seis escudos para sí, sin que ni ellos ni su amo lo hubiesen notado. Fernando, con visible deleite de haber advertido la equivocación, cambió á la Condesa la piedra inferior por la más preciosa; pero el Conde trabó con él más detenida conversación y le preguntó por sus relaciones y clase. Fernando dijo que él no era más que un pobre dependiente de comercio, si bien había tomado este giro porque por falta de haberes no había podido completar sus estudios.

—Es lástima—dijo el embajador,—mas oiga usted un plan que le propongo. Precisamente necesito un sujeto que hable bien el alemán, español é inglés y en cuya fidelidad pueda confiar. Si usted gusta de ser

mi secretario privado y al mismo tiempo quiere usted con su habilidad en las cuentas ayudar á llevarlas á mi mayordomo, prestándome dos servicios, yo también recompensaré á usted con dobles honorarios.

Fernando se puso muy contento al oir aquella oferta y prometió justificar la honrosa confianza con celo y lealtad en el servicio. Corrió á su casa y dió cuenta á su amo de lo que le había pasado. El comerciante le dijo que con sentimiento le dejaba marchar, pero que, sin embargo, deseaba de todo corazón que mejorase su fortuna. Afectuosamente se despidieron, y en seguida Fernando entró á desempeñar sus nuevos empleos.

Al cabo de cierto tiempo el embajador, á encarecidos ruegos suyos, fué llamado otra vez á Viena y Fernando le acompañó. No se sintió allá tan dichoso como había esperado, pues aunque le agradó mucho la gran ciudad imperial y el Conde le dispensó constantemente igual confianza, y la Condesa se le mostró siempre tan complaciente como antes, los empleados y pajes del Conde, como á forastero, se le declararon muy contrarios, le envidiaban la confianza y favor de los amos y sabían fraguarle en secreto muchos disgustos. Su oculto pesar y el clima de la ciudad, que no le probaba bien, le pusieron muy malo. La enfermedad degeneró en una terciana, que verdaderamente no era peligrosa, mas con todo producíale grande ardor y le daba mucho que padecer.

Durante la enfermedad de Fernando hubo en Viena una gran festividad, en que la corte y la nobleza asistieron al templo de San Esteban. Toda la población se puso en movimiento para ver la solemne procesión y concurrir al oficio divino. La servidumbre entera del Conde y hasta el criado que tenía el encargo de cuidar á Fernando en su enfermedad fueron juntos á la función. Cogióle en aquel intermedio el ardor de la calentura y se abrasaba de sed. El criado, que no era de los más advertidos, creyó volver más temprano y no había dejado al enfermo suficiente cantidad de agua. Fernando sonó la campanilla varias veces sin que nadie acudiera. En vano trató de levantarse para ir á sacar agua fresca del pozo. Lamentóse mucho de

verse abandonado de aquel modo de todos sus compañeros.

Hacia este tiempo había venido á la casa, de visita por unos días, una señora forastera, la condesa de Obersdorf. Su joven camarera, vestida precisamente en traje festivo y con el libro devocionario en la mano, bajaba la escalera para ir á la iglesia, al tiempo que Fernando llamaba repetidas veces. Entró en el aposento y con interés preguntó qué mandaba el señor secretario.

—¡Oh!—dijo.—No os pido más que un vaso de agua, ó si es posible, de limonada, pues casi desfallezco de sed, y estoy á punto de consumirme del ardor que me abrasa.

—Primeramente traeré á usted agua—dijo la doncella—y en seguida yo misma haré á usted la limonada.

Tomó de la mesita de la cama la botella de cristal, corrió con ella al pozo, la llenó de agua fresca, subió con la misma velocidad y, presentándole un vaso lleno, le dijo:

—Aquí tiene usted el agua lo primero; inmediatamente estará pronta la limonada.

Bien conocía que por esta causa faltaría á la iglesia, pero ella pensó: «Servir á un enfermo también es servir á Dios».

Bajó á la cocina; pero nadie había en ella, porque los amos comían aquel día en la corte. En balde buscó limones y azúcar. Afligida volvió junto al enfermo y le dió la desagradable noticia.

—Pecado es—dijo—que nada absolutamente cuiden de usted y lo dejen tan solo. Yo me quedaré, pues, á su lado hasta que regrese el sirviente.

Sentóse junto á una mesita cerca de la ventana, y leía muy aplicada un libro; mas de cuando en cuando se levantaba, ponía agua en el vaso, y tan luego como se acabó, fué otra vez al pozo á buscar más.

—Soy á usted deudor de muchísimas gracias—le dijo Fernando.—Aquel que prometió no dejar sin remuneración el trago de agua fresca os lo pagará. Cuando bebo me parece que vierto el agua sobre una piedra ardiendo. Sin vuestra ayuda creo que me habría

consumido de calor; os repito que Dios os lo pague.

La camarera dijo:

—La satisfacción de servir á usted es ya bastante recompensa.

Sentóse otra vez junto á la mesa con su devocionario y siguió leyendo hasta que volvió el negligente criado. Entonces deseó al enfermo una pronta salud y se fué.

Al día siguiente, en que su Condesa partía, le visitó una vez más por breves instantes, se informó del estado de su salud, le deseó un próximo restablecimiento y le hizo una cariñosa despedida.

Luego que sanó Fernando, el conde Gallas lo llevó consigo á Bohemia, donde tenía considerables bienes y un palacio muy suntuoso que estaba rodeado de amenísimos jardines. Fernando, en el par de meses que disfrutó allí del campo, estuvo extraordinariamente alegre y complacido. Agradáronle sobremanera el antiguo castillo y los contornos del jardín, á lo cual contribuyó mucho el haber pasado los afortunados años de la niñez en un castillo semejante, con jardines por el mismo estilo, aunque ya no lo tenía muy presente. Allí se halló enteramente como en su patria, lo que reparó el Conde muy complacido. Habiendo fallecido un año después el viejo administrador, y conociendo bien el Conde que Fernando jamás estaría contento en Viena, le propuso este empleo. Por sensible que le fuese á Fernando separarse del Conde, y por grande también que hubiera sido el placer de éste en tenerlo más tiempo á su lado, Fernando, reconocido, aceptó sin embargo el destino.

Apenas se divulgó que Fernando había sido promovido á aquel empleo, fueron ofrecidas en matrimonio al gallardo mozo, que ya contaba con una buena renta, varias hijas de empleados y pudientes propietarios. Mas Fernando no había echado en olvido aquella doncellita que una vez fué su enfermera, aunque sólo por dos horas. La afectuosa benevolencia con que le proporcionó el agua refrigerante en su abrasadora sed, el casto decoro de sus modales y la aplicación con que ella leía en su devocionario, estaban de continuo presentes en su imaginación. Su primer pen-

samiento, luego que tuvo un hogar propio, fué elegir su consorte. Habló de su elección á los amos y los Condes la aprobaron. Escribió entonces á la señorita Clara, cuyo nombre investigó lo primero cuando ella hubo partido, le pidió su mano y aguardó entre tanto con impaciencia su respuesta.

CAPITULO XV

LA NOVIA

La señorita Clara Hermann era hija de un guarda-bosque. Perdió muy temprano su padre, que había sido hombre honradísimo. La madre se retiró con Clara, su hija única, que apenas contaba entonces ocho años, á una reducida habitación con unos ancianos parientes y se mantenían con el producto de su costura, en cuya labor era muy industriosa. Ella, muy solícita, enviaba á Clara al colegio y la instruía en coser, de modo que pronto la niña aventajó en esta habilidad á su madre, cuya vista empezaba á debilitarse. La madre tuvo en Clara un firme báculo de su vejez, y ambas lo pasaban bastante bien.

Trabajaban, entre otras casas, para la condesa de Obersdorf. Un día llevóle Clara mucha obra y la Condesa muy satisfecha y muy contenta de esto, le regaló, además de la paga, un armario de vestidos desechados. Clara llegó llena de gozo á su casa. Madre é hija examinaron cuidadosamente los vestidos, que todavía estaban en buen uso, y en un guante de seda hallaron una tumbaga con una piedra preciosa de mucho valor. Clara corrió al punto á casa de la Condesa para devolverle el anillo hallado.

La Condesa se alegró en gran manera.

—Tiempo hace—le dijo—que yo había dado la sor-

Trabajaban, entre otras casas, para la condesa de Obersdorf.

tija por perdida; inadvertidamente debí sacármela con el guante, que me estaba estrecho: mucho me regocijo de tener otra vez el anillo, pero aún me regocija más que tú seas tan honrada. Ya me acordaré de remunerar tu honradez.

Al cabo de cierto tiempo, cuando Clara tenía unos catorce años, murió su madre. Llorosa y gimiendo fué la afligidísima hija, pobremente vestida de luto, á casa de la Condesa, le participó el triste suceso y la movió á lástima por encontrarse ya sin padres y sola en el mundo. La Condesa tuvo mucha compasión de ella y la consoló amabilísimamente.

—Consuélate, querida niña—le dijo.—Yo desde ahora seré tu madre: vente conmigo al instante, y estarás, no como una criada, sino como una hija mía.

Clara, después de enterrado el cuerpo de su querida madre, se trasladó á casa de la Condesa, que cada día la cobraba más afecto. Como Clara había sido educada por su madre en el santo temor de Dios, laboriosidad y juvenil recato, permaneciendo preservada de la mundana corrupción en su silenciosa y solitaria habitación, jamás había concurrido á ciertas diversiones que tan fácilmente son peligrosas para la inocencia. Poseía, además, un entendimiento claro y un nobilísimo corazón, siendo naturalmente humilde y propensa á todo lo bueno. Adquirió, por tanto, de hecho, tal cariño de la Condesa como si hubiera sido hija suya. Llegó á creer imposible que jamás su venerada y querida Condesa sería capaz de abandonarla. Solamente cuando acertó á conocer en Viena al gentil Fernando, le vino al pensamiento cuán dichosa viviría ella con tan gallardo sujeto; pero como éste tenía tan hermosa figura, creyó que no siendo más que la hija de un guardabosque, difunto hacía tiempo, huérfana también de madre, y muy pobre, no debía poner tan altos sus deseos.

Ya desde mucho tiempo había ella ahuyentado de su imaginación todas las ideas de tan feliz matrimonio, cuando recibió la carta de Fernando. El inesperado contenido la llenó de agradable asombro, por cuanto desde que había salido de Viena nada había sabido de Fernando.

Inmediatamente fué corriendo á su ama la Condesa, y no sin virginal rubor le presentó la carta, cuyo contenido era una relación de cómo Fernando había conocido casualmente á Clara. La Condesa, riendo de gozo, le dijo:

—Ahora de todo corazón, mi amada hija, te deseo felicidad. Tú eres en efecto una segunda Rebeca, que por regalar un trago de agua ganó un hombre excelente. Realmente igualas tú en inocencia y bondad á la doncella del siglo de oro, y también Fernando es un hombre tan honrado y leal, tan apuesto en su personal florido é incorruptible aspecto, que hubiera podido vivir en aquellos tiempos. Presto, francamente escríbele tu inclinación verdadera.

—Pero—dijo Clara pensativa—si sabe que soy pobre y que no tengo absolutamente ninguna otra cosa sino los ahorros de mi salario, ¿no mudará de inclinación?

—Tú—le respondió la Condesa—eres rica en todas las virtudes de tu sexo, y el dote que tú has recibido como presente de Dios, con tu arreglado comportamiento, con tu reserva y con tu beneficencia para con los pobres, con quienes repartes de buen grado tus pequeñas economías, es una bendición nupcial mucho más rica que todos los tesoros de oro y plata que pudieras llevar á la casa de tu industrioso marido. Amada Clara—prosiguió la Condesa,—tú, desde que viniste á vivir conmigo, casi todavía niña, luego de morír tu madre, me has servido fiel y honradamente. En todos mis gozos y penas has tomado una tan entrañable parte cual no hubiera podido tomar en ellas la más tierna hija. En todo me podía entregar á ti, y ahora sensible, muy sensible me es perderte; pero yo anhelo de todo corazón tu felicidad.

La Condesa la abrazó diciendo:

—Dios te bendiga y á tu buen marido también.

Clara se deshacía en lágrimas; la Condesa mirando al Cielo la apretaba contra su corazón y la besaba. Nunca se había mostrado para con ella la Condesa tan afable, tan tiernamente maternal.

—¡Oh mi señora! Estas bondades vuestras para con una pobre doncella me llegan hasta lo más íntimo del

corazón, y el dejaros será indeciblemente doloroso para mí. Apenas puedo creer que me sea posible.

—Sí, sí—dijo la Condesa,—ha de ser por fuerza: Dios lo ha dispuesto así. Sólo una condición impondré á tu novio, en la cual tengo casi un empeño, y es que la fiesta de boda se celebre aquí en mi palacio. Yo seré tu madrina y cuidaré también maternalmente de tus capítulos: escríbele á tu novio y anúnciale de mi parte el afectuoso parabién.

Clara escribió en seguida, y el contentísimo novio llegó más veloz que hubiera llegado una carta escrita por el correo. Desvaneció á Clara todos los escrúpulos que en cuanto á su pobreza había dejado traslucir en la carta, y no sabía cómo expresarle bastante su maravilla por la memoria que de él había conservado. Estaba pasmado de que Clara, según él descubría por su carta, hubiese pensado en ser únicamente suya, sin olvidarlo, desde aquel día en que le proporcionó el agua fresca. Quedó fijado el día de la boda, y el novio regresó á fin de ordenar para entonces todos sus negocios.

El día de la boda fué uno de los más festivos en el palacio y en toda la villa, pues Clara era universalmente querida y estimada. No sólo había ella distribuído siempre secretamente una porción de su salario entre los pobres, con especialidad entre los vergonzantes necesitados en sus casas, sino que además era la intercesora general de todos los menesterosos para con la señora. Muchas ocultas indigencias que nunca hubieran llegado á oídos de la Condesa le eran noticiadas por Clara, y las considerables larguezas con que la señora socorría á los desvalidos pasaban las más por mano de Clara. La Condesa mandó hacer á Clara un hermosísimo vestido de novia, y con sus propias manos le tejió y ciñó la guirnalda virginal.

Cuando llegó la hora de ir á la iglesia, la Condesa estuvo por mucho rato difiriéndolo siempre bajo mil pretextos, de modo que al fin ya chocaba á los dos novios; pero á este punto se abrieron las puertas de par en par y enteramente inesperados entraron el conde Gallas y su esposa.

—¿No es verdad que esto se llama sorprender?—

dijo el Conde al atónito Fernando.—Sin embargo, yo espero que, á pesar de no estar convidados, no seremos mal recibidos en la boda ni por el insigne novio ni por la amable novia.

El conde Gallas y su esposa eran ya de mucho tiempo deudores á la condesa de Obersdorf de una visita y le habían escrito que tenían por conveniente aplazar la visita para el día de la boda de Fernando, á fin de asistir á las bendiciones. El mal estado de los caminos fué la causa de llegar una hora más tarde de lo que habían prometido.

La condesa Gallas hizo señas entonces á la de Obersdorf hacia un rincón de la sala, y cuando ambas condesas hubieron acabado, la de Obersdorf dijo con ojos muy alegres:

—Amiguita mía, la señora condesa Gallas ha tenido una lindísima ocurrencia que á ambos novios atañe y á la que ya he dado mi aplauso.

Traía un anillo de diamantes en cada mano, y mientras se sacaba el de la derecha, dijo:

—Por este anillo acreditó el novio su honradez y con este otro—prosiguió sacándose el anillo de la mano izquierda—demostró la novia su fidelidad. Estos dos anillos fueron la ocasión para que nosotras conociésemos por nobles personas á ambos novios y aprendiésemos á estimarlos y también que se viesen uno á otro. Sin este suceso de los anillos, la fiesta del día de hoy no hubiera tenido lugar. Estos dos anillos de que se valió la divina Providencia para echar este lazo de matrimonio servirán también ahora de sortijas esponsales.

Acabando de decir esto, puso uno de los anillos en un dedo á la novia y el otro al novio. Ambos contrayentes tuvieron mayor gozo todavía por esta manera interesante y afectuosísima de dar que por el magnífico presente.

En seguida marcharon todos á la iglesia, donde los novios, con el corazón íntimamente conmovido, dieron gracias á Dios Todopoderoso por haberlos tan paternal y amorosamente amparado á los dos, que ambos eran huérfanos pobres, sin padre ni madre. Los dos imploraron la bendición del Cielo con fervorosa

devoción y oraron ardientemente por la salud de ambos amos, sus bienhechores.

Colmados de los mejores deseos y bendiciones de sus ilustres señores y de todos los feligreses, partieron para Bohemia los dichosísimos recién casados al tercer día del himeneo.

CAPITULO XVI

EL FELIZ DESDICHADO

Mientras Fernando y Clara vivían muy dichosos y complacidos entre las escabrosas montañas y sombrías selvas de Bohemia y ya se regocijaban con un gracioso niño, D. Alonso en la amena España arrastraba una vida tristísima, y aun era sin duda el más desdichado de los vivientes, si bien los hombres superficiales, que sólo atienden al esplendor y riquezas, le tenían por el hombre más venturoso.

Luego que recibió la noticia de la muerte del niño que tan rica herencia le dejaba, se creyó ya dichoso y apenas podía ocultar el secreto gozo de su corazón delante de su esposa, que lloraba, y de sus hijos, que daban lastimeros ayes. Ya tenía cuanto deseaba, un suntuoso palacio en la corte, muchos hermosos castillos, considerables tierras é innumerables riquezas en fondos y joyas de oro, plata y piedras preciosas. Pero advirtió muy presto que todos los tesoros de la tierra no podían hacer al hombre feliz, si carecía de una conciencia pura.

Así lo experimentó prontamente la primera tarde después de haber recibido el mensaje de la muerte de Fernando.

Permaneció todavía algún tiempo en una hermosa quinta en las cercanías de Madrid, y en ocasión de ha-

llarse sentado en un escaño del jardín para disfrutar del fresco de la tarde, sentóse junto á él su esposa, profundamente afligida y con los ojos abotargados y encendidos de tanto llorar la muerte de su querido niño.

—¡Ah!—decía ella.—Si yo no hubiese abandonado al niño enfermo, quizá habría conservado la vida. Mientras yo viva me acusaré de haber sido tan dura y desatendido los suspiros y llanto del angelito, hasta el punto de abandonarlo.

Alonso contestó refunfuñando:

—Déjalo, deja reposar á los muertos y acuérdate de los vivos. Piensa en cuán afortunados serán tus hijos por este duelo.

—¡Oh! Jamás lo he pensado—dijo la noble doña Blanca.—¡Conque es posible regocijarse por la muerte de una persona, si nos deja alguna herencia! Ningún bien hay entre los bienes temporales más apreciable que la vida de un semejante nuestro.

Levantóse y se fué á su cuarto.

Entonces vinieron hasta allí brincando los dos niños menores de D. Alonso. La Isabelita traía entre las manos un pichón que había muerto en las garras del gavilán, y mirando con sus negros ojos muy abiertos al padre, decía:

—¡Ah! Mira, querido papá, mira al pobre animalito muerto, mira salpicadas de sangre sus plumas, blancas como el ampo de la nieve; mira aquí, en el cuello y en la pechuga, las manchas encarnadas. ¡Ay! El gavilán es un infame avechucho que se atreve á matar al inocente.

—Pero él ha llevado su merecido—exclamó Dieguito, quien traía cogido por las alas extendidas el gavilán muerto.—El jardinero le ha ajustado la cuenta. Eso es justo: el que mata debe también ser muerto.

Estas palabras penetraron como flechas en el corazón del padre.

—¡Quitaos de mi vista—gritó,—y no me abruméis con vuestra importuna cháchara!

Se levantó dirigiéndose á una sombría enramada, y repetía muchas veces para sí las expresiones de:

—El que mata debe también ser muerto. ¡Oh!—sus-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

piraba.—Es terrible que por boca de mis hijos, aun cuando nada saben de mi delito, me sea pronunciada mi sentencia.

Pasados algunos días, Alonso marchó del palacio á Madrid. Una visita numerosa de caballeros y señoras principales se había reunido en el salón para felicitarle como grande de España. Veíanse en la pieza muchas y lindas pinturas en cuadros de marcos dorados. Don Alonso entró de altivo talante y saludó á los circunstantes. Mas al poner los ojos en uno de los cuadros, perdió el color repentinamente. El cuadro representaba la degollación de los niños en Belén, y habíalo de aquella suerte sobrecogido la vista de un soldado con cara de asesino, que clavando un puñal en el pecho á una tiernecita criatura hacía brotar de la herida un chorro de sangre. Trájole á su espíritu esta idea:

—Este soy yo: así he asesinado al inocente.

Apartó velozmente sus ojos hacía otro lienzo de la sala y sin querer los puso en otro cuadro que era la degollación de San Juan Bautista. Alonso contemplaba con horror la sangrienta cabeza del precursor en el plato.

—Tengo merecido un pago semejante—decía entre sí.—Aquel santo murió inocente, y si mi acción llegara á descubrirse, también así me quitarían la cabeza de encima de los hombros.

Notó que todos dirigían á él los ojos con asombro, y se le figuraba que todos atónitos y espantados pretendían leer algo en sus ojos con motivo de su acción. La mano en que tenía el sombrero de plumas adornado con un lazo de diamantes, temblaba visiblemente, y por poco dejó caer el sombrero. Sus rodillas le flaqueaban y le parecía que iba á caer.

Muchos exclamaban:

—¡Estará malo el señor conde!

—Sí, efectivamente—dijo él con voz ahogada y aliento entrecortado.—Que me lleven á la sala contigua.

Le llevaron y sentáronle en un sofá. Rogó que le dejaran solo, y todos salieron, excepto Blanca, su esposa, quien quedó á su lado.

—Por amor de Dios, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?—preguntaba ella.

—Manda descolgar—dijo él—los dos espantosos cuadros que privan de toda alegría al salón.

—¡Si ya los habías visto tú muchas veces, y siempre alabado como obras maestras!

—Ahora es diferente—repuso él,—esas dos horribles pinturas con el niño y cabeza goteando sangre repugnan á mi espíritu. Yo no pondré más los pies en el salón mientras estén allí.

Estremecióse la Condesa, y por primera vez agitóse en su pecho el horroroso presentimiento de que su esposo tendría forzosamente sobre el corazón algún penoso homicidio.

Los médicos aconsejaron á D. Alonso que se fuera al campo á fin de lograr el recobro de su salud, y en consecuencia partió para uno de sus castillos. Cuando llegó, ya estaban reunidos en el patio del castillo sus empleados vestidos de trajes bordados de oro, y los habitantes del lugar acicalados con sus ropas de domingo. Resonaba una alegre música, y los campesinos le brindaron una fiesta. Mas todo esto le parecía que no lo ejecutaban de corazón y advertía pesar en muchos semblantes.

—Yo no sé—decía él entre sí—qué es lo que me pasa, si la ilusión está en mí volviéndome á la manera de los ictericiados, que todo lo ven amarillo, ó si realmente aquí ha cambiado todo alrededor mío, y todos los hombres se me han puesto tristes y severos.

Los dependientes del castillo le acompañaron hasta su aposento y la conversación recayó sobre su hermano, el precedente señor, y el finado hijo único de éste, que tan inesperada muerte había tenido, lo cual mencionaban todos con lágrimas.

—Perdonad á nuestro sensible corazón—dijo el dependiente más antiguo, venerable anciano de cabellera blanca;—nuestra pena por la impensada muerte del amabilísimo condesito heredero es demasiado grande y todavía demasiado reciente para que tan pronto pueda dar lugar al regocijo. Desde mi edad de quince años he servido á vuestro padre y hermano, de muy feliz recordación, experimentando continuamente su amor y bondad. Todavía hace poco que vi ¡ay! por última vez á Fernando lleno de esperanzas en vuestro castillo,

cuando por asuntos fuí á estar con vos. Aún florecía como una rosa. Conmigo llevaba mi nieto que tengo aquí á mi lado. Ambos eran de una misma edad, pero el condesito era más hermoso todavía y más gallardo. ¡Ah! ¡Y qué afablemente el cariñoso condesito hablaba con él! Mostraba una inteligencia superior á sus años. Vos cortasteis la conversación y mandasteis á Fernando ir á su cuarto. Yo entonces discurría: «Amable niño, á la manera que yo he sido el amigo y sirviente de tu abuelo y padre, así mi nieto, como yo gozoso espero, algún día será tu amigo y sirviente». El Señor lo ha ordenado de otra suerte; mas yo confío en que vos y vuestros hijos nos reemplazarán nuevamente la enorme pérdida que hemos sufrido.

—También confío yo—dijo Alonso.

Este despidió á los empleados, se metió en su cuarto y comió solo.

Al día siguiente, que estaba muy lluvioso, envolvióse Alonso en una capa parda, lisa, sin adornos, y se caló un sombrero bastante ordinario para recorrer un poco el territorio sin ser conocido. Estaba interiormente ansioso por saber qué se decía por el condado de él y de su advenimiento. En medio del bosque le salió al encuentro una anciana labradora que llevaba traje de luto. Trabó con ella conversación y desde luego notó que no le conocía, y le preguntó:

—¿Por quién lleváis luto? ¿Se os ha muerto quizá vuestro marido, un hijo ó una hija?

—¡Ah!—suspiró ella.—Uno que amaba yo tanto como á un hijo ó á una hija: nuestro condesito heredero.

—¿Y por eso lleváis luto?—preguntó Alonso.

—Todos nos hemos vestido de negro—dijo ella.—El luto fué general. Sin duda los viejos no habríamos vivido hasta que hubiese él llegado á gobernar; mas para nuestros hijos hubiera sido una gran fortuna. Se les ha eclipsado una rica estrella de bendición.

—¿Ahora no creéis—dijo Alonso—que vuestro actual señor también sea para vosotros una estrella de prosperidad?

—Es punto ese—dijo algo reservadamente la labradora—del que no se gusta hablar. Ello nada absolutamente nos agrada cuanto sabemos de la enfermedad y

muerte del tierno niño: ni uno solo de la familia hubo presente. Si tan inhumanamente rehusaron á su propia carne y sangre, ¿qué cosa buena podremos nosotros esperar de ellos ahora?

Se mantuvo callada durante un momento y prosiguió diciendo:

—Nosotros somos de parecer que si el infante hubiera caído en mejores manos, aún conservaría la vida.

Estas palabras para el confuso Alonso fueron penetrantes puñaladas. Apenas divisó un sendero, dijo precipitadamente á la labradora:

—Id con Dios; mi camino es por aquí.

Y se alejó hablando consigo:

—Pero ¡qué! ¿Barruntarán ya estas gentes? ¿Sabrán lo que ha pasado?¡Oh! ¡Desdichado de mí; sería un lance terrible!

De este suerte cuanto él oía y averiguaba servía para mantener su dañada conciencia en una constante excitación. Hallaba en las expresiones de los hombres un sentido y significación que ellos mismos no les atribuían y todas se las aplicaba á sí.

—Yo soy el blanco—decía—de la humanidad ultrajada, y es una posición crítica esta en que me hallo. ¿De qué me sirve esta placa de diamantes sobre mi pecho si el corazón que aquí late ya no tiene más reposo ni contento?

La memoria de Pedro le daba una gran pesadumbre. Alonso entre otras cosas le había escrito así: «Te cedo por ahora el usufructo del señorío, pero todavía en algún tiempo no te lo puedo entregar bajo título formal de donación como propiedad, á fin de no llamar la atención sobre una donación tan rica. Después de mi muerte tú tendrás los bienes. Por lo demás, estáte siempre lejos de mí, y el mundo no ha de saber que tú tengas conmigo una conexión particular».

Pedro, efectivamente, no se dejó ver más de él, lo cual era muy agradable á D. Alonso, pues si bien hasta entonces había profesado á Pedro una gran inclinación, igual aborrecimiento le tenía desde que ya lo consideraba como un homicida. Detestábalo como á un abominable delincuente, sin embargo de que él

mismo había empleado todas las promesas imaginables y amenazas para empeñarle en el crimen. El amor propio le cegaba, considerando en otro el delito más espantoso que cuando lo consideraba en sí mismo.

Como Pedro en este intermedio nada absolutamente dejó saber de sí, D. Alonso entró en cuidado. Supo un día que el jovial tocador de laúd, después de haber estado muy melancólico, había desaparecido, sin que nadie supiese para donde había tomado. Vanas fueron todas las indagaciones que D. Alonso mandó hacer, y esto le puso muy atribulado.

—Si su conciencia—decía—le atormenta como á mí la mía, es muy factible que él mismo se acuse ante los tribunales, pidiendo justicia contra sí. Hay muchos ejemplos de criminales que han sido sus propios acusadores y preferido morir sobre el cadalso á vivir por mucho tiempo en el infernal tormento de una conciencia acusadora. Ciertamente será esto: yendo al patíbulo quedará más seguro y yo también.

Al fin llegó la noticia de que Pedro se había ahogado, precipitándose al mar desde unas rocas, en las cuales se hallaron su sombrero y capa con su laúd estrellado. Alonso quedó entonces aligerado de una gran pena; mas el tormento que aguijoneaba su conciencia se le hizo todavía más horrible.

—A este hombre—decía—yo le he precipitado, no sólo á la perdición temporal, sino también á la eterna del infierno. Ya no me resta esperar otra cosa que seguirle allá algún día. ¡Ah! ¡Yo me desespero!

Se lanzó entonces á las disipaciones del gran mundo y á las concurrencias lucidas. Viendo que en ellas no podía desvanecer su interior desasosiego, retiróse otra vez á la soledad de uno de sus castillos; huía de todo roce con los hombres, pasaba frecuentemente solo días enteros en su cuarto, saliendo únicamente los días lluviosos ó á la caída de la tarde á pasear por los caminos más excusados, por no encontrarse con ninguna persona. Su aspecto y continente expresaban una profundísima tristeza. Si vagando á boca de noche por el bosque sombrío lo encontraban los leñadores, quienes, acabado el jornal, marchaban á sus casas, solían decirse unos á otros:

... desde unas rocas, en las cuales se hallaron su sombrero y capa con su laúd...

—¡Pobre señor! Posee todo cuanto un hombre puede apetecer, oro en abundancia y todo lo que puede haber de más lindo y magnífico; pero yo no me cambiaría por él.

El también, cuando veía estos leñadores ú otros campesinos afanados tan alegremente en sus duras tareas y les oía cantar ó tocar la zampoña, solía decir:

—Más me hubiera valido haberme criado entre la segur y el arado, y así habría quedado libre de vicios á que tan fácilmente encaminan la ambición, el brillo y las riquezas. ¡Ah! Esto es horrible; sí, el único mal es el pecado. La pobreza, el trabajo rudo, hasta las más dolorosas enfermedades y la muerte más amarga, no son sino ligeras cargas en comparación del enorme fardo de una conciencia dañada. Feliz, bienaventurado diré más bien, aquel que ha conservado una conciencia tranquila; con ella es rico aunque sea el más miserable jornalero del mundo. La conciencia tranquila es una joya que aventaja á todos los tesoros de la tierra, al contrario de los escudos y condecoraciones, que son únicamente despreciables juguetes.

CAPITULO XVII

EL DELINCUENTE ARREPENTIDO

Presto le sobrevinieron al desventurado más penas todavía, que acrecentaban su interior tormento. Sus niños menores fueron atacados de viruelas, y de ellas arrebatados rápidamente uno tras otro, siendo las más hermosas flores de la vida.

La pérdida de estos hijos le apesadumbraba sobremanera, pero la circunstancia de ser justamente por las viruelas le daba mucho en que pensar. Hablando consigo decía:

—Para quitar de enmedio disimuladamente á Fernando, yo pretexté que tenía esta horrorosa enfermedad, y ahora mis hijos han perecido de este mal precisamente. ¿Será esto un castigo de Dios por mi falsedad y fiereza? Pero Dios habría castigado entonces á los inocentes hijos en lugar del culpable padre, lo cual es imposible.

Largo rato reflexionó sobre esto, y al fin discurrió:

—Para los niños inocentes su temprana catástrofe puede haber sido un beneficio; mas para mí, hombre cargado de crímenes, es un castigo; mi conciencia me lo dicta. Dios, infinitamente sabio, puede por un solo medio alcanzar muchos fines: nosotros, sí, entes viles y frívolos, tenemos que apelar frecuentemente á muchos medios para conseguir un solo fin, qne á veces queda enteramente malogrado. Creo, por tanto, que

la muerte de mis hijos, mediante la cual ellos han entrado en el Cielo, es para mí un castigo por lo que tan gravemente delinquí contra el hijo de mi hermano.

Pero luego mudaba de pensamiento diciendo:

—¡Ah! Estas no son más que vanas fantasías mías.

Y procuraba alejar de su imaginación aquellas ideas que entre sí se combatían. No obstante, él se atormentaba de nuevo cada día con semejantes ideas y vueltas, y sentía indudablemente que todo emanaba del aguijón de una conciencia dañada.

La hija mayor de D. Alonso, señorita muy amable de diez y ocho años, hubiera podido casarse muy felizmente. Un excelente joven, que no sólo se llamaba, sino que de hecho también era un caballero noble, aspiraba á la mano de Eugenia, quien por esta colocación, que era muy conforme á sus deseos, resultaba muy honrada y contenta.

La madre, gustosa y de todo corazón, había dado su consentimiento, en atención á las distinguidas prendas del joven, á su virtud y probidad; mas el padre despidió al estimable sujeto con desprecio, porque para él no era bastante rico y principal, y obligó á Eugenia, contra su inclinación, á desposarse con un decrépito duque de malas costumbres y sólo por ser rico y poderoso.

La desventurada niña, de sus resultas, se marchitó visiblemente y murió al cabo de pocos años. Este nuevo golpe afectó profundísimamente á D. Alonso.

—También—decía—soy yo culpable de esta prematura muerte de mi hija; su respeto á mí la forzó al desgraciado casamiento que le ha acarreado la muerte, sin que haya dejado ningún hijo; y yo acabaré de perder todos los míos, yo que he asesinado al hijo único dejado por mi hermano y por mi piadosa cuñada. ¡Yo no veré ningún nieto!

Y así aconteció. Felipe, el único hijo que á D. Alonso le quedaba, el primogénito y más querido suyo, fué víctima de los principios en que su padre le había imbuído.

El padre le educó, según él decía, enteramente para el honor.

—Sobre todo el honor.

Era su divisa. La madre, como más cuerda, rectificaba de esta suerte aquellas palabras:

—En cierta acepción esta sentencia es absolutamente cierta. Lo que es el brillo del oro viene á ser el honor respecto á la virtud: el honor sin virtud es sólo un fantasma, un dorado engañoso de ruin metal. Mas el honor verdadero forma un solo cuerpo con la virtud, y lejos de ser el brillo de un dorado, es oro nativo. Este honor, que resplandece delante de Dios, debemos anteponerlo á todo. No hemos, pues, de abstenernos de lo que á los ojos de los hombres nos deshonre, sino de todo cuanto nos infame á la vista de Dios. En este sentido dí siempre también: El honor sobre todo.

Mas el hijo hizo poco aprecio de las palabras de la madre, y se acomodó más al ejemplo del padre, quien absolutamente quería ser á los ojos de las gentes un hombre de honor. Felipe cometió muchas calaveradas, que le parecían pertenecer al honor de un verdadero noble. Una vez se figuró que un caballerito de su clase le había ofendido y creyó conveniente á su honor el desafiarle. Hirió á su contrario dejándole en el sitio, pero él ya había recibido tres estocadas, de las cuales murió también á los pocos días. Cuando trajeron al padre aquella triste nueva, se sobrecogió terriblemente, y por poco murió de pesadumbre.

—¡De tres estocadas!—repetía.—¡De tres estocadas! Esto es lo más horrible del lance.

Y recordaba aquellas tres puñaladas de las cuales, según información de Pedro, había perecido el condesito Fernando. Su melancolía llegó al extremo.

Por más que Alonso procuraba ocultar á todos su interior agitación, le era ya imposible. Su esposa particularmente la notaba, padeciendo lo que es indecible. Solía preguntarle con el mayor cariño y ternura:

—¿Qué tienes, pues, carísimo esposo? ¿Qué te atormenta? Desahoga tu oprimidísimo y angustiado corazón en el corazón de tu fiel esposa. Esto ciertamente aligerará tu corazón y quizá también sepa aconsejarte ó decirte una expresión de consuelo.

Mas él callaba, pues discurría entre sí:

—Mi delito es demasiado grande para que ose yo confiarlo á oídos humanos.

A su consorte, cuando se le ponía delante con rostro condolido y lloroso, convertidos sus ojos en raudales, le decía:

—Déjame, lo que tengo no es más que un agolpamiento de sangre, una pasión de ánimo, de la cual yo no te puedo dar ninguna idea.

Pero el tormento que de día guardaba tan eficazmente en su corazón, por la noche, sin saberlo él, lo ponía de manifiesto. El cruento delito que de día embargaba todas sus ideas le acudía en sueños por la noche y soñando habló de él á veces con voz recia que partía el corazón.

—¡Vete!—exclamaba.—¡Vete, ángel sangriento! ¿Por qué me miras tan severo y amenazador? ¿A qué me muestras aquellas tres sangrientas puñaladas que, sin verlas ahora, siempre como tres estrellas de sangre revolotean ante mis ojos? ¿Son los ángeles capaces de semejante ira? No; ellos no pueden airarse ni verter sangre. Tus heridas ya no te duelen; no te acuerdes más de ellas. Yo estaba alucinado, había enloquecido. Perdóname, querido y angelical Fernando, lo que yo dispuse en un frenesí! Tú estás ahí en el Cielo; pero yo... yo ahora ya estoy en los Infiernos. No veo más que vapores y humo; yo yazgo en brasas vivas y sobre mí llueven chispas de fuego.

Palabras de este tenor le oía su esposa frecuentemente con espanto durante el pavoroso silencio de la noche. Muchas veces, meditabundo en su cuarto, sentábase de día abismado en sus ideas y con la cabeza apoyada en la mano. Sin advertir que su esposa había entrado, manteniéndose de pie á su lado, hablaba solo y decía:

—Anatema ha caído sobre mi casa; yo quise usurpar un patrimonio para mis hijos, y éste no les alcanza; yo soy reo de la muerte de un inocente niño extraño, y ahora he de sobrevivir á los niños míos. Yo pensé traer sobre mis hijos el lustre de una antigua casa condal, y heme quedado el postrero de mi linaje. ¡Loco de mí!, Pensé con medios ilícitos labrarme un paraíso, y me abrí un infierno.

Trémula y convulsa su esposa con estas palabras, se apartó y salió sin ser notada.

La gentil señora, ya profundamente afligida por la pérdida de todos sus hijos, viéndose privada de ellos con indecible pena, estaba todavía más afligida con el diario aspecto de su esposo. A pesar de su delito, del cual sentía tan espantoso arrepentimiento, le amaba y le tenía la más cordial compasión. El silencio de Alonso era para ella terrible, no siéndole posible hablar con él sobre su pena, ni consolarle ni mitigarle su agitación. Al fin agotó ella sus fuerzas con el tormento incesante de compadecer á su esposo y cayó en una consunción.

Un día en que ya se encontraba muy debil y próxima á la muerte, Alonso se sentó junto á su lecho de agonía. Hizo señas á la camarera para que se retirarse, y entre sus manos ya frías cogió las de su esposo. Le miró llena de emoción, y con celestial afabilidad en su rostro, cubierto de la palidez de la muerte, le dijo con labios ya descoloridos y voz apagada:

—Querido esposo, yo ahora me voy del mundo y sólo me restan algunos pocos instantes que vivir. Escucha mis últimas palabras: son palabras de amor, de paz y conciliación. ¡Ay! Tiempo hace que conocí tu delito sofocado por ti y lo llegué á entender tal desde el principio. Tú mandaste quitar la vida á Fernando, el hijo de tu hermano. Muchas veces, sin que tú lo supieses, he oído esto de tu propia boca, y tú lo decías lo mismo despierto que soñando. Espantoso es tu crimen; pero en Dios hay gracia y misericordia. Desde luego todavía en esta vida reconcíliate con Dios piadosísimo. Yo ahora espero ir hasta él al Cielo... ¡Ah! Dispón tu alma para que en este momento no hayamos de separarnos eternamente, á fin de que un día nos podamos ver otra vez en el Cielo.

Alonso, cuyos ojos hasta entonces habían estado enjutos y cuyo corazón como una piedra permanecía insensible á todo consuelo, prorrumpió en un mar de lágrimas, y dijo:

—¡Oh tú, ángel del Cielo, aunque sabes que yo soy un Satanás, todavía me tienes lástima y un corazón lleno de amor! Este amor tuyo me reanima nueva-

mente. El amor y misericordia divinos son mayores aún: tú, á quien tantas calamidades he ocasionado, me perdonas: así, pues, Dios también me perdonará. Yo de todo corazón me convertiré á El, y espero encontrar en El misericordia y en el Cielo volverte á ver.

Ella se sonrió dulcemente, le miró cariñosa con ojos moribundos y expiró; mas él se arrodilló junto al lecho mortal, elevó sus manos cruzadas y sus ojos llenos de lágrimas al Cielo y exclamó:

—¡Oh Dios, que ahora llevas hacia ti al Cielo este ángel de quien yo no era digno, ¡ay! no me repruebes, tiéndeme tu mano misericordiosísima y ayúdame á salvar la enorme y ancha sima que me separaría eternamente de ella y de ti. Grandes y majestuosas son todas tus obras, pero en hacer mejores y bienaventurados á los pecadores te muestras bondadoso.

CAPITULO XVIII

EL CURA

Después de la muerte de su esposa, dirigióse Alonso á uno de sus castillos más retirados, que estaba rodeado de bosques y montañas.

El castillo era casi tan antiguo como aquel en que Fernandito fué tan cruelmente maltratado, y el cual Alonso por ningún título jamás había visitado. Cerca de sí á nadie tenía más que á su antiguo y fiel ayuda de cámara, viviendo allí separado de todo el resto del mundo.

Pasaba las más de las horas solo en su cuarto, leyendo los libros morales que por dejación de su esposa había traído consigo, y que presto le fueron una herencia más estimable que todo el oro, perlas y piedras preciosas de su rica joyería. En estos libros, particularmente en el Nuevo Testamento, halló muchos pasajes señalados por su esposa ó escritas en ellos de su puño algunas palabras que denotaban sus sentimientos. Estos pasajes le servían de especial consuelo.

—Me ha sido—solía decir—una gran desdicha el no haber aprendido más temprano á conocer estos libros. ¡Ah! Si yo hubiera leído con más aplicación estos escritos, en vez de otros varios que sirven no más de pasatiempo, yo hubiera sido mejor hombre y nunca me habría precipitado tan ciegamente.

No se saciaba de leerlos en casa, y también para sus solitarios paseos tomaba consigo alguno.

Pero por gran consuelo que hallase en estos escritos, su conciencia no siempre estaba tranquila. Tenía inexplicables é interiores padecimientos, que minaban poderosamente su salud, y al cabo de algún tiempo cayó gravemente enfermo. Decíale su anciano ayuda de cámara:

—Caro amo mío, si yo me encontrara en el caso vuestro, arreglaría mis cuentas con Dios, con quien bueno es siempre conciliarse. Permitidme llamar á un eclesiástico que os confiese. El hombre rara vez, para sus propios asuntos, y estando aislado, es bastante discreto, al menos en el importantísimo negocio que decide el bien ó mal para toda la eternidad.

—Mucho tiempo hace—dijo Alonso—que así lo he pensado, mas ¿sabes tú de un sacerdote de quien yo pueda hacer completa confianza? En mi infancia, al tiempo que mi pedagogo, fraile viejo y regañón, trataba á fuerza de azotes de inculcarme la religión de Jesús, ya cobré cierta prevención contra esta clase, y aunque seguramente esta clase cuenta en sí también muchos dignos miembros, evitaba toda relación con ellos. No tenía yo en esto razón, y como ahora lo conozco bien, me impidió conocer de más cerca nuestra santa religión, así como aprender á estimarla según merece.

Entonces dijo el ayuda de cámara:

—A cinco millas de aquí hay un cura muy instruído y virtuoso. Si os parece bien, yo iré á rogarle que venga á visitaros. ¿Lo queréis así?

—¡Sí, hazlo!—dijo Alonso.

Y el ayuda de cámara, que juzgaba el peligro inminente, al punto escribió al cura, entregó la carta á un criado y le dió la siguiente orden:

—Ensilla prontamente dos mulas, una para el cura que vas á buscar y otra para ti. No contemples los animales, sino te das prisa, pues vaya como quiera, es mucho lo que puede suceder.

Al oscurecer, al mismo tiempo que el ayuda de cámara encendía en la antesala la lamparilla para llevarla al cuarto del enfermo, llegó el cura.

El ayuda de cámara, con la luz en la mano, introdujo inmediatamente al religioso en el cuarto del enfermo y dijo:

—Querido amo, aquí os presento á este buen eclesiástico.

Sobresaltóse algo Alonso, y contemplaba al reflejo de la lamparilla y en silencio al religioso. El cura tenía ya bastante edad, semblante pálido y descarnado y calva la cabeza, conservando únicamente hacia las sienes unos cuantos cabellos ralos y nevados. Su actitud anunciaba el más entrañable interés, pues también parecía algo turbado y oprimido.

Al fin habló Alonso:

—Reverendísimo padre, vos me sorprendéis; yo no había presumido que vinieseis tan precipitadamente. Primero necesito serenarme un poco y, entretanto, sentaos aquí junto á mi cama.

Mostróle Alonso una silla y el padre obedeció. El ayuda de cámara dejó la lamparilla sobre un velador y salió del aposento.

El cura, á la vista del Conde, quedó tan conmovido que no pudo contener las lágrimas que á su pesar corrieron por sus pálidas mejillas.

Efectivamente, no era posible mirar sin compasión á D. Alonso.

Estaba muy consumido y sus cabellos se habían vuelto blancos. Todas las facciones de su rostro revelaban sus grandes sentimientos y expresaban un pesar indecible. Tendió una mano al compasivo religioso y le dijo:

—Caro y respetable padre, vuestra compasión me inspira confianza en vos, pero soy indigno de vuestras lágrimas. Soy el mayor pecador, y tiemblo al descubriros el terrible secreto que me abruma y no quiere venir á mis labios. ¡Cuán extravagante criatura es el hombre! ¡No se espanta de cometer un crimen, cuyo nombre no osa pronunciar! ¡Oh, Dios, dame fuerzas para deponer ante este siervo tuyo la confesión de mis pecados!

Rendido hundióse otra vez en la almohada, dirigió su vista al Cielo y callaba. Reinaba un imponente silencio en la obscura habitación, alumbrada débilmen-

te por la lamparilla; nada más se oía que la péndola del reloj y de cuando en cuando un débil suspiro del paciente.

Al fin el timorato religioso rompió aquel profundo silencio y dijo:

—Puesto que os es tan duro proferir vuestro delito, yo os descoseré la boca. A cierto antiguo criado vuestro, un tal Pedro, tocador de laúd, le impusisteis el mandato de asesinar disimuladamente con veneno ó puñal al conde Fernando, el hijo de vuestro hermano, á fin de usurpar para vos su condado, en cuya injusta posesión aún persistís hasta la hora presente.

Alonso, con sus grandes y negros ojos, miraba atónito al cura y dijo:

—¿Por quién sabéis eso? ¿Quién os lo ha dicho?

El cura respondió:

—No ha sido menester que absolutamente hombre alguno me dijese las palabras que dirigisteis á dicho Pedro: harto conocidas me son sílaba por sílaba. En conformidad á la conversación que tuvisteis con Pedro, os dió, en un lastimero escrito sobre el género de muerte del niño, una noticia forjada. Os escribió que Fernando había fallecido de una fiebre ardiente en extremo contagiosa, y enseñasteis la carta á vuestra esposa, á vuestros amigos y en donde quiera que fué necesario. Mas en un billete particular adjunto, que ojos humanos fuera de los vuestros no han visto, y que vos quemasteis en el mismo sitio de su lectura, os daba la noticia reservada de que el niño, á falta de veneno, había sido asesinado de tres puñaladas.

—¡Hombre!—exclamó Alonso aterrado.—¿Os ha patentizado eso el Espíritu Santo, ó es ya notorio por el mundo mi sangriento crimen?

—Tranquilizaos—respondió el cura.—En toda España ni un alma hay que sepa algo de positivo sino yo. Además yo puedo también daros, como creo, el mayor consuelo. El atentado no llegó á consumarse y Fernando vive todavía.

—¿Vive?—exclamó Alonso, lleno del más sublime pasmo y se incorporó en el lecho.—¡Ah! ¡Por Dios Todopoderoso, decidme la verdad! ¿Es realmente cierto?

—Sí, señor—respondió el cura.—Yo lo puedo asegurar tomando á Dios por testigo. La divina Providencia veló por el niño y le amparó maravillosamente. El cuchillo con que Pedro quiso atravesarlo había perdido el filo; el brazo del asesino quedó como paralizado; su corazón, poco antes más duro que el acero y el hielo, se derritió de compasión. Es verdad que llegó al extremo, y la sangre del niño manaba copiosamente por tres heridas, pero no fueron mortales. Fernando quedó con vida y aún la conserva á estas horas.

—¡Ah!—exclamó Alonso temblando de gozo.—Si así fuera, si Fernando viviese todavía y yo no fuera un asesino, volvería yo nuevamente á la vida. Sí, yo estaría pronto á confesar mi trama de asesinato y á su legítimo señor restituiría el condado entero que ilegalmente poseo. Pero aún me parece todo un sueño y apenas puedo creerlo. Todavía os falta decir qué más sucedió y qué hizo Pedro con el niño ensangrentado.

El cura prosiguió:

—Al tiempo que Pedro se hallaba enteramente irresoluto ante el niño sangriento, sin saber dónde lo pondría en salvo ni cómo escaparía de vuestra cólera, envió Dios en su ayuda, ó más bien en la del niño, justamente en el mayor apuro, un noble caballero, sin cuyo socorro seguramente el niño hubiera sido perdido. El caballero Bernardo del Río entró repentinamente, curó las heridas al niño y se lo llevó consigo sin que nadie lo supiese, excepto Pedro.

—¿Bernardo del Río?—exclamó Alonso, sumamente admirado.—¿Mi enemigo, que fué proscrito y huyó de España?

El cura continuó:

—El noble é inocente sujeto, que tan grave pero falsamente fué acusado, se fugó solamente á las montañas, donde vivía desconocido como un ermitaño. Allá se llevó á Fernandito, dióle una finísima educación y más adelante le acompañó á la universidad, casi determinado á hacer valer al pie del trono real los derechos de aquel al condado de Alvarez, teniendo para ello en sus manos todos los medios. Pedro no

sólo había descubierto al noble caballero todo vuestro plan, sino que, impulsado por el arrepentimiento y el poder de la conciencia, que le inducía á contribuir para reponer al joven Fernando en su condado, había más tarde remitido al caballero vuestra carta, de la cual patentemente aparece vuestro delito. Estos papeles que deponen contra vos, las tres cicatrices del condesito, que indudablemente conservará hasta morir, la figurita de yeso que en lugar del cadáver se encuentra en el panteón condal, y otras circunstancias, hubieran bastado para dejaros convicto de vuestro crimen y lograr que Fernando fuese reconocido como verdadero conde de Alvarez y repuesto nuevamente en el condado que se le usurpó. Mas la muerte frustró á Bernardo del Río la ejecución de su proyecto. El conde Fernando, que ignoraba su elevada cuna, se dirigió primeramente á Londres, donde lo acogió muy propicio el embajador austriaco cerca de la corte inglesa. Después acompañó al embajador á Viena y en el día vive en Bohemia, padre ya de una amabilísima familia.

Alonso se estremeció al pensar en la ignominia que, sin saberlo, le había amenazado, de ser públicamente acusado y sentenciado; pero el gozo de saber que Fernando vivía llenó presto su alma toda. Cruzó las manos y mirando al Cielo con íntima emoción exclamó:

—Buen Dios, eternamente sea loada tu misericordia. Tú convertiste hacia lo mejor cuanto yo disponía de malo. Indigno soy de tu misericordia. Aunque no se consumó el atentado, para ti soy un verdadero asesino. No es mérito mío que la maldad quedase suspensa: tú la impediste. Yo, como tío inhumano, como infiel tutor, como usurpador de ajena herencia, hubiera merecido ser degradado de todos mis honores, que por mano del verdugo se hubieran roto mis blasones, y que para toda la vida me hubieran aherrojado en un oscuro calabozo. Pero tú apartaste de mi familia este baldón y por medio de otras penas me trajiste al verdadero conocimiento. ¡Ah! Seas también alabado por esto. Ruégote únicamente que me sostengas siquiera hasta haberme reconciliado enteramente contigo, y

después me permitas ver una vez el rostro de mi sobrino, del buen Fernando, á quien tan agraviado tengo, á quien yo algún tiempo en mi ceguedad aborrecí, pero que amo ahora como si fuese hijo propio. Déjame aún implorar su perdón por la injuria ocasionada, y luego moriré gustoso.

te dejos de cojer churasca
quiero cojer ala senorita

Yo

CAPITULO XIX

UN ANTIGUO CONOCIDO

Don Alonso guardó por largo rato silencio rezando para sí, y por último dijo al cura:

—Para mí en estos sucesos hay todavía mucho de oscuro, que desearía ver aclarado.

Hizo una porción de preguntas, á las que el cura dió la suficiente ilustración. Entonces le ocurrió también hablar de Pedro.

—Aquel desdichado hombre—dijo,—me duele, pues también le ofendí gravemente. No era ningún perverso, sino solamente hombre de carácter flexible, que con la misma facilidad se dejaba llevar á lo bueno que á lo malo. En virtud de las esperanzas que yo le excité y por el miedo que le ocasionaron mis amenazas, lo conduje á intentar aquella terrible acción, y porque respetó á Fernando le doy gracias: le perdono que me engañase con un supuesto funeral y con falsas noticias sobre la muerte de Fernando; pero que él traidoramente me descubriese á Bernardo del Río y le remitiese mis papeles, no lo hubiera esperado. Mas también séale perdonado de corazón. Permitidme, reverendo padre, que recomiende á vuestras fervorosas oraciones á aquel infeliz, digno de lástima.

Antonio, entre copiosos torrentes de lágrimas, prorrumpió:

—¡Ah! No me llaméis reverendo, pues yo soy un gran pecador: soy aquel Pedro, aquel desventurado tocador de laúd, que os ha engañado y hecho traición.

Oyó Alonso con extremado asombro que su antiguo sirviente Pedro aún vivía, y estaba maravillado de verle delante de sí en tan variada condición. Apenas podía creer que este hombre añoso, con unos pocos pelos blancos y con rostro surcado de arrugas, fuera el mismo de antes, aquel alegre tocador de laúd, con largos rizos y abultadas mejillas, que en otro tiempo le lucían como dos rosas.

Le cogió la mano, gran rato lo contempló con tristeza, afectándose con sus lágrimas hasta llorar él mismo, y dijo:

—Gracias doy ahora á Dios, pues tú aún vives, y el Señor te ha bendecido con el tiempo que necesitabas para arrepentirte. Ambos en este intermedio hemos envejecido y mudado mucho. Sí, el mundo que nos rodea ya se nos presenta otro, ha tomado un aspecto más serio. Ahora los dos comprendemos cuán vano, frívolo y caduco es todo lo terrestre que tan fuertemente nos alucinó, arrastrándonos al delirio y á los crímenes y quitándonos todo reposo del corazón. ¡Ah! Muchas lástimas te acarreé yo, y aún deponen contra mí esas tus lágrimas. Perdóname, querido Pedro. Tú eras entonces un mozo inexperto, apenas salido de la infancia; pero en mí había experiencia é instrucción. Yo te seduje, cuando más bien hubiera debido guiar tu juventud por el buen camino. Pero cuéntame qué ha sido de ti en este tiempo. Seguramente habrás padecido mucho también hasta que, según me figuro, hallarías reposo en ese estado que tu traje demuestra.

Antonio contestó:

—Querido señor, por si algo os interesa la historia de un hombre tan miserable como yo, de buen grado os la referiré. Luego que me hubo pasado la lucha interior, el espanto, una verdadera angustia de muerte, habiendo logrado efectuar el engaño con el ceremonial del entierro, y vos me asegurasteis de nuevo la promesa de la casa señorial en vuestra carta, el deseo de casarme con la señorita Laura se despertó otra vez

con mayor energía en mi corazón. Lujosamente vestido me dirigí presuroso á ella, le noticié la fortuna de ser ya poseedor de un señorío y le pedí su mano. Mas ella, siendo de un talento muy penetrante, al punto conoció lo que pasaba.

—»¡Qué espantosa luz me dais!—exclamó horrorizada.—¿Como es que don Alonso os regala un señorío? ¿Que servicio le habéis hecho? No es por haberle cantado y tocado el laúd por lo que así os paga. Os habéis acomodado á servirle de instrumento para lanzar del mundo al tiernísimo ángel Fernandito con veneno ó puñal. ¡Ah! ¡Qué negro corazón ocultabais bajo un rostro bello y rosado!... ¿Y cómo? ¿Yo poner mi mano en la vuestra homicida? No, no, nunca jamás. Si hubierais perseverado tan hombre de bien como mientras fuisteis pobre, yo, si mis padres lo hubieran consentido, habría ido con vos más confiada al altar, pues os tuve por un gentil hombre. Mas ahora veo que sois un malvado, un monstruo. Agradeced á la amistad que hasta el día os he profesado el que para siempre sepulte en mi corazón el terrible misterio de vuestro horrendo crimen, cuyo secreto bajará conmigo á la tumba.

»Alzó tristemente los ojos al Cielo, y extática quedó como una santa.

—»¡Oh, Dios!—exclamó con desesperación.—¡Qué espantosamente alucinada estaba! Yo me abraso de vergüenza.

»Así se explicaba, al propio tiempo que dos lágrimas relucían como diamantes en sus amables ojos. Yo me eché á sus plantas; pero ella en desprecio, y bajando hacia mí la vista con la noble indignación de una reina ofendida, exclamó:

—»Apártate de mí, tú, ponzoñosa culebra, tigre sangriento, y no vuelvas en tu vida á pisar estos umbrales.

»Yo quedé como anonadado, y dando tumbos como un borracho, me dirigí á casa; y como si dos cataratas se hubieran desprendido de mis ojos, empecé á reconvenirme en estos términos: ¡Y de esta suerte yo mismo me he frustrado tan grande fortuna, al paso que me he apartado del camino bueno! ¡Ah! ¡Que así pueda

Yo me eché á sus plantas...

la pasión llamada tierna hacer al hombre cruel como un tigre! ¡Ah! Nadie fíe de una pasión en tanto que hierva, pues ciega el entendimiento y envenena el corazón.

»Mi conciencia, que nunca del todo se durmió, se despertó con terrible poder. Yo mismo me tenía por atosigador y asesino, siéndolo también á los ojos de Dios á causa de mi horroroso proyecto, pues realmente habría empozoñado al condesito si nuestro Señor no hubiese impedido el que se me proporcionara veneno.

»No cesaré de dar gracias á Dios porque al tiempo de tener yo empuñado el cuchillo y desangrarse abundantemente la inocente criatura, me retrajo de consumar el cruento atentado.

»¡Oh! Si hubiese llegado á concluir el hecho espantoso, habría perdido el juicio, caído en una completa desesperación.

»Entonces creí deber mío procurar al joven conde la restitución de su herencia usurpada.

»Supe lo que hasta entonces había ignorado, que el noble caballero que había salvado á Fernando era un personaje.

»Corrí presuroso á él, le entregué vuestra carta, me arrodillé á él pidiéndole y conjurándole á que presentándose al rey justificara con heroico valor los derechos del condesito Fernando.

»Bernardo respondió:

—»Así sucederá, descuidad sobre esto; pero todavía no es tiempo. Luego que yo lo halle oportuno, trataré primero con Alonso á buenas, y solamente cuando esto fuere en balde, procederé contra él como acusador. Mas esta carta que tan ruinosa es para Alonso, cerrada la confiaré al prior de una Cartuja, que es amigo mío, con la súplica que la guarde en el archivo del convento como un sagrado secreto de confesión, que absolutamente á nadie se pueda entregar sino á mí y siempre cerrada. Callad vos igualmente acerca de esta triste historia é idos en paz.

»Como entonces creí al condesito y sus intereses en mejores manos y enteramente salvos, habiendo además sabido que la señorita Laura había tomado

el velo, me evadí secretamente para renunciar también de todo punto al mundo y encerrarme en un claustro.

»No obstante, temía que, siendo yo sabedor de vuestro secreto terrible, vos, enterado de mi mutación de nombre y penitencia, podíais fácilmente quitarme de en medio para quedar seguro contra todo descubrimiento.

»Para evitar vuestra temida asechanza puse mi capa y sombrero en lo alto de unas rocas que hacían como un precipicio al mar, y estrellé mi laúd contra las piedras á fin de hacer creer al mundo que yo me había ahogado.

»Me dirigí á una remota comarca del reino, y con mis constantes ruegos fuí admitido en un seminario. Me hice rapar los largos rizos, de que tan pagado estaba, y me envolví en este ropajo tosco. Dedicaba mi tiempo á orar y meditar, desempeñé con fidelidad las comisiones particulares que se me dieron, y no me curé más de las cosas que pasaban fuera de mi persona en el mundo.

»Hízome, sí, profundísima impresión la noticia que el año pasado recibí.

»Laura, superiora de su convento, entrañablemente apreciada de todas las monjas y llorada amargamente, había descansado en el Señor. Con los más vivos sentimientos quedé penetrado de la caducidad de todo lo terrestre, y únicamente pensé ya en la muerte y en la eternidad.

»Hará cosa de tres meses que por una casualidad, ó mejor dicho, por vía de la Providencia, supe que el caballero Bernardo había muerto, que su menor adoptivo Fernando se había marchado á país extranjero, continuando vos todavía en posesión del condado, aunque llevando en este castillo una vida muy triste y solitaria.

»Deseé hablaros, y al efecto me trasladé á estas cercanías.

»Hace no más que un par de días de mi llegada, y precisamente cuando yo quería solicitar el permiso de visitaros, recibí el encargo de asistiros en vuestra enfermedad.

»Así Dios ha dispuesto, después de muchas penas y tribulaciones, juntarnos otra vez.

»Ahora estoy pronto aquí á oir la confesión de vuestros pecados, en lugar de la cual yo acabo de exponeros la mía, y puesto que soy consorte en vuestra culpa, nada más puedo hacer por vos; pero puedo daros un buen consejo.

»Atended, caro amo mío:

»Yo no hallé por mucho tiempo en el retiro el anhelado sosiego de la conciencia. Siempre mi delito estaba ante mis ojos, y yo sentía que á los de Dios era un asesino.

»Ni las más rigurosas penitencias ni las vigilias pudieron restituirme el perdido sosiego de la conciencia. Hallé por fin un varón anciano y piadoso, á quien descubrí la triste situación de mi conciencia. Aquel varón me demostró entonces la misericordia de Dios y me enseñó á conocer mejor al Redentor del mundo, quien vino del Cielo á la Tierra para convertir á los pecadores. Me patentizó que á los hombres, cualesquiera que seamos, nos es precisa una vida expiatoria. Consuelo y fortaleza entró del Cielo en mi corazón, quedando convencido de que Dios me había convertido por la gracia de Jesucristo y tomádome otra vez por hijo suyo. Entonces pude nuevamente con gozo alzar mi vista al Cielo, regocijándome interiormente con el amor de mi Dios y Salvador. Ya pude sin espanto pensar en la muerte, abriéndome las más claras y gozosas esperanzas en la eternidad. Haced lo mismo que yo; entregaos á aquel piadoso anciano, depositad en él vuestra confesión. Yo os conduciré á él, y él os guiará á vuestro Salvador, en quien únicamente se halla salud y reposo para el corazón lastimado y la conciencia oprimida.»

Alonso estuvo pronto á seguir el buen consejo de Antonio, quien partió á la otra mañana para que viniese aquel venerable viejo. Tres días permaneció, y Alonso quedó tan tranquilizado que se sentía como nacido de nuevo. Aquietada su conciencia, la idea de que Fernando aún vivía y la serenidad que ahora dilataba su alma influyeron poderosamente para el restablecimiento de su salud. Como desde entonces su

atribulado espíritu dejó de abrumar al cuerpo, en el momento empezaron á elevarse con el ánimo las fuerzas corporales. Presto pudo dejar el lecho, sintiéndose cada día más fuerte, y no teniendo ya ningún otro deseo que el de ver á Fernando y devolverle el patrimonio que le tenía usurpado.

CAPITULO XX

TRES AMABLES NIÑOS

Después que D. Alonso hubo convalecido perfectamente de la enfermedad, prendió en su corazón un deseo tal de ver á Fernando que formó el proyecto, á pesar de su vejez, de ir él mismo á Bohemia, y con efecto emprendió sin demora el viaje. Antonio le hizo fiel compañía bajo el título de capellán del castillo. Alonso se gobernó de modo que obtuvo del conde Gallas una carta para Fernando, en la cual le decía únicamente que el portador de ella era un grande de España que viajaba por Bohemia, á quien, como administrador, tuviese la bondad de recibir amistosamente, é igualmente á su compañero de viaje, hospedándolos conforme á su clase en el castillo, donde permanecerían todo el tiempo que gustasen.

Alonso tuvo que pasar muchos trabajos en los quebrados y escabrosos caminos de las arboladas montañas de Bohemia. Luego que en su coche de camino, aunque con mucha incomodidad, llegó á lo alto de un monte cubierto de crecido bosque, divisó al fin por entre un claro de la floresta en azulada distancia el antiguo castillo en que vivía Fernando, y que por sus escalonadas almenas y elevadas torres sobresalía en medio de un anchuroso y fértil valle.

—¡Ah, Antonio!—dijo Alonso á su compañero de

viaje.—Mucho se me turba el corazón. Cuando Fernando sepa lo que yo maquinaba contra él, ¿no se convertirá su corazón en odio implacable á mí? Me tendrá por un monstruo. ¡Ah! Espantoso es que el viejo ante el mozo, el tío ante el sobrino, haya de comparecer tan punible.

—Tranquilizaos—dijo Antonio:—Fernando seguramente ignora que vos hubieseis tenido semejante plan acerca de él y echa la culpa toda al delirio de aquel tocador de laúd, que ciertamente no reconocerá ya en mí. Por tanto, primeramente indaguemos qué es lo que sabe él de esta historia, y no le digamos absolutamente más que lo que necesita saber.

—Tienes razón—dijo Alonso:—de este modo nosotros con la mayor seguridad podemos también lograr la completa certidumbre de si el morador de este castillo es realmente el Fernando á quien buscamos. ¡Ah! Yo me he vuelto desconfiadísimo para con los hombres, y como este mozo podía ser otro joven español, yo temería que si él desde luego entiende cuán brillantos esperanzas se descubren á Fernando, podría vendérsenos por el mismo y fácilmente ser nosotros engañados.

—Descuidad—dijo Antonio:—de cierto hallaréis al verdadero Fernando y quedaréis perfectamente convencido de que es él.

Descendieron al valle y arribaron á un lugar que constaba sólo de casas bajas, las cuales, en vez de paredes, tenían únicamente divisiones de madera, y en lugar de tejas, estaban cubiertas de tablillas. Hizo allí alto el carruaje, y á pie fueron hasta el castillo, para donde faltaba sólo una media hora.

Llegaron al jardín del castillo cercado por una tapia, y no estaba cerrada la gran verja de hierro, realzada con magníficos adornos y un escudo dorado. Entraron y encamináronse por una calle de enramado follaje abovedado y sombrío. La oscura calle conducía á una hermosa y verde explanada con muchos frutales, en la que al resplandor del Sol poniente se disfrutaba de un graciosísimo espectáculo.

De uno de los árboles más próximos, que era un cerezo nuevo, pendían gordas cerezas de un tamaño ex-

traordinario y de un lustroso bermejo. Un niño lozano de unos siete años, subido á una pequeña escalera, cogía cerezas y se las echaba en el delantal á su hermanita, cariñosa muchacha de unos cinco años, que las recibía desde abajo. Otro niño más listo y de unos seis años iba colocando alegremente y sonriendo en un lindo cestillo las cerezas que la hermana le alargaba. Muy contentos y satisfechos hallábanse los tres niños en su rural faena; mas cuando repararon en los dos extranjeros, dejaron al punto su ocupación.

—Bien venidos sean los señores; si gustan, verán nuestro jardín—dijo Carlos, el niño mayor.—Tú, hermano, enséñales el jardín; yo iré á buscar á padre y le diré que hay señores forasteros.

Fuese corriendo y acompañaron á los señores entonces el niño menor y la niña, que ya se había venido más cerca.

—Vean ustedes—decía el niño,—aquí, en este seto de frutales, hay una joven de piedra que se llama Pomona: está presentándonos un canasto de frutas de piedra, como si nos la quisiera regalar; pero á mí más me gustan las cerezas, manzanas y peras que se crían en nuestros árboles.

—¡Oh!—dijo la Bertita.—Yo enseñaré á ustedes una joven todavía más hermosa. Vengan ustedes conmigo. Allí, en medio del grande y redondo parterre, miren ustedes aquella señorita de piedra con la batea de flores; se llama Flora. A otras horas sus mejillas de piedra parecen enteramente pálidas, pero ahora, con el sol de la tarde, se le ponen de un color encarnado muy bonito.

—Ahora—dijo el niño—van ustedes á ver también otra cosa muy linda. Vengan ustedes conmigo por esta calle. Allá, en medio del jardín, miren ustedes de piedra al jefe de las aguas, que en la boca tiene un cuerno, por el cual echa al aire y muy alta el agua; tiene enroscados á los pies un par de peces muy raros que brotan agua por las narices; pero allí en lo hondo del estanque... aquí, miren ustedes... hay peces de verdad, vivos, que son de un color rojo muy bonito y nadan ágiles por todas partes. Los caballeros y señoras forasteros que vienen á ver por curiosidad nuestro

jardín dicen que es lo más hermoso de todo él esta fuente y juego de aguas.

—Pero ahora vengan ustedes también por aquella calle—prosiguió el niño.—Miren ustedes desde aquí aquella gran plaza redonda, que está toda rociada de arena pura y amarilla y revestidas todas las paredes hasto lo alto de hojas verdes. Estos árboles, puestos aquí alrededor en cubetas, dan frutos muy delicados, que se llaman limones y naranjas. Ahora es verdad que los frutos están chicos y enteramente verdes; pero cuando maduros, lo que ciertamente en esta tierra todavía tardará bastante, son de un hermoso amarillo, los limones como el oro pálido y las naranjas como el dorado de fuego. En ninguna parte sino en nuestra casa hay árboles como éstos; pero también es menester encerrarlos en invierno dentro de aquella casita, con muchas vidrieras para que no se resfríen.

—Yo vengo de una tierra—dijo Alonso riéndose—en que hay bosques enteros de limoneros y naranjos, que todo el año están al raso, y la mayor parte del tiempo ostentan igualmente unas flores blancas como la plata y frutos dorados. El romero, del cual veo aquí dos matillas en elegantes tiestos, es allá tan común, creciendo de tal vigor y altura, que hecho haces sirve para calentar los hornos.

—Debe ser ese un país delicioso—dijo la niña,—todavía más hermoso que el nuestro; pero éste me gusta mucho.

—Vamos—dijo Alonso, mientras que por estar algo cansado se sentaba en un escaño inmediato,—acércate por fin, querido niño, y díme: ¿te vendrías gustoso conmigo á aquel país?

—¡Oh! Sí, señor, ¿por qué no?—respondió el niño sonriéndose alegremente.—Si el papá y la mamá, Carlos y Berta vinieran también, yo iría contento allá.

Alonso contemplaba al niño con júbilo; lo sentó en sus rodillas, levantóle un poco los oscuros rizos y en español le dijo á Antonio:

—Repara, Antonio, qué amable criatura ésta. ¡Cuán tierno y desprevenido me mira con sus brillantes y negros ojos! Verdaderamente no puede negar su casta española.

—Pero ahora—dijo Alonso en alemán al niño,—díme, chiquito, ¿cómo te llamas?

—Me llamo como mi padre—respondió el niño:—mi nombre es Fernando.

—¡Ah!—exclamó Alonso en su idioma patrio y mirando á Antonio.—Yo creo que esta criatura no sólo tiene el nombre de su padre, sino que además es un vivo retrato del mismo. Sí, justamente era su padre un niño tan cariñoso como éste cuando tenía la misma edad, y en él se me figura que lo veo. ¡Ah! ¡Qué monstruo fuí yo, que pude ser tan cruel para con un niño semejante, inocente y en extremo amable! ¡Cómo pueden las pasiones ofuscar el entendimiento del hombre hasta el delirio y arrancar de su corazón todo noble sentimiento! Realmente no lo creería, si por mí no hubiese pasado, y todavía se me hace increíble cómo pude conducirme tan impíamente.

—Nunca podemos—dijo Antonio—estar suficientemente prevenidos contra nuestras pasiones, y tenemos diariamente motivos para pedir ayuda al Cielo para dominarlas. ¡Oh! Cuando reflexiono que pude ser mucho más cruel que vos contra un niño semejante, me horrorizo de la maldad que cabe en el corazón del hombre y recelo de mí mismo.

El niño no comprendió aquellas expresiones vertidas en lengua española, pero le chocó el por qué los dos extranjeros se ponían tan formalizados.

—Yo—dijo—nada malo habré dicho para que los señores pongan una cara tan seria. Si yo los he ofendido en algo, pídoles perdón; porque con nadie, dice padre, se debe gastar una palabra desagradable.

Mientras esto decía, vino correteando la Bertita y puso en manos de cada señor un ramito de flores.

—Vean ustedes—exclamó—cómo también tenemos en nuestro jardín flores españolas, que ni en España pueden ser mas bellas. Miren ustedes bien de qué hermoso blanco y encarnado son estas flores de aquí, y aquellas otras qué bonito rojo y azul tienen; y huélanlas ustedes también, que dan muy agradable olor.

Dió uno de los ramitos á Antonio y el otro á don Alonso.

—Está muy bien, querida Berta—dijo el niño,—que

tú obsequies con flores á este reverendo señor y también al otro caballero. Nosotros jamás hemos dejado ir á ningún forastero sin llevar algunas flores ó frutas de nuestro jardín. Tú me recuerdas lo que había olvidado sobre España, aquel hermoso país. Al punto estaré aquí de vuelta.

Fuese corriendo á traer el canasto de cerezas que había dejado al pie del árbol, y presentándolo dijo:

—Señores míos, aquí tienen ustedes este corto refresco. Coman ustedes cerezas hasta que venga padre: son muy dulces y acaban de cogerse ahora mismo del árbol.

Con los dos amables niños y su afectuosa bondad olvidó Alonso sus tristes recuerdos, y otra vez serenándose dijo:

—Antonio, mira qué afables y bondadosos están estos inocentes niños, tan alegres y ajenos de penas. También lo estuvimos nosotros algún día, y así podíamos haber continuado, si hubiésemos permanecido tan inocentes como ellos.

CAPITULO XXI

EL PADRE

En aquel momento apareció al extremo de un calle el padre de los amables niños. Alonso dió algunos pasos hacia él y entrególe la carta. Fernando leyó la carta, lleno de asombro miró á D. Alonso y le rindió sus respetos, manifestando también el correspondiente miramiento al cura. Alonso, á quien flaqueaban las rodillas, se sentó otra vez en el escaño y rogó á Fernando que entre él y Antonio se sentara en medio. Fernando, después de una ligera repugnancia, se sentó y dijo en seguida:

—¿Ustedes vienen también de España? Esa es mi patria, en la que he pasado los años más venturosos de mi niñez y mocedad.

—¿Sois natural de España?—preguntó Alonso.—¿Quiénes eran vuestros padres? ¿Cómo os vinisteis de la deliciosa España aquí entre estas lóbregas selvas de la Bohemia?

—Mis aventuras—dijo Fernando —son algo raras. Los recuerdos de mi infancia se me representan absolutamente como un confuso sueño. Yo habitaba en un antiguo castillo con pasadizos y salas de techo abovedado; las ventanas eran altas y daban al jardín del castillo. La señora á quien yo tuve por madre, pero que, como supe más tarde, no lo era, era muy hermosa y sobre todo usaba siempre para conmigo una amabili-

dad suma. De mis hermanos, ó los que yo tenía por tales, los tres mayores se llamaban Felipe, Eugenia y Carlos; de los menores ignoro ya el nombre. El señor á quien yo apellidaba padre rara vez estaba en casa. No parecía nada aficionado á niños, siempre estaba muy serio y nosotros los niños le temíamos mucho. Esto es casi todo lo que yo sé; sin embargo, de cierta escena conservo todavía un recuerdo muy vivo. Una vez estuve muy malo, á cuyo tiempo tuvo que partir repentinamente mi madre con todos los niños. El riguroso padre lo quiso así porque calificó mi enfermedad de contagiosa. La madre, después de sus preparativos, vino una vez cerca de mi lecho, me bendijo, besóme varias veces, regó con sus lágrimas mi rostro y me prometió volver muy luego. Esta despedida se me quedó impresa y hasta este momento la he tenido presente. El padre les obligó á salir y desde entonces ya no los he visto más. El padre tenía un tocador de laúd llamado Pedro, que era hombre muy primoroso y sabía portarse bien con nosotros los niños. Nos contaba bonitas historias que estaban puestas en verso, hacíanos todo género de regalitos y nos enseñaba muchas suertes de juegos, con los cuales estábamos sumamente divertidos. Los niños le teníamos un cariño extremado. Cuando yo caí malo, se quedó él conmigo como encargado de asistirme; mas repentinamente púsose furioso y á puñaladas me quiso matar con un cuchillo. Sin embargo, á ruegos míos, á los cuales pudo prestar un singular vigor la angustia de muerte, me perdonó. Hízome con todo tres heridas, cuyas cicatrices pueden verse aún á la hora presente.

Alonso escuchó aquella narración con atención grandísima y vivo interés. Al oir mentar á su difunta esposa y con sus propios nombres á sus difuntos hijos, saltáronle las lágrimas á los ojos y tembló de pies á cabeza cuando Fernando habló de sus ansias de muerte. También Pedro, que había trocado su nombre en el de Antonio, se volvió pálido cuando trajo á la memoria su proyecto de asesinato y aquellas sangrientas heridas. Alonso, en medio de aquella turbación, se alegró de que Fernando no hablase de él, el tío, para nada relativo al asesinato y también agradó á Antonio

que Fernando no lo conociera ya, y atribuyese á delirio la ferocidad de aquel tocador de laúd. Pero ambos en lo íntimo de su corazón agradecieron á Dios que hubiese impedido la consumación de su espantoso crímen. Fernando siguió contando cómo había sido educado por Bernardo, venido después á Londres, á Viena y últimamente á Bohemia.

Alonso ya no dudaba que el bien parecido y gentil joven, á quien él de todo corazón amaba, era hijo de su difunto hermano. Sin embargo, á mayor abundamiento, quiso aún, para alcanzar la más perfecta certidumbre, ver aquellas cicatrices y con esta mira dijo:

—Vuestra historia es en efecto muy peregrina, pero desde entonces ¿nada supisteis de vuestros padres?

—¡Ah! Nada, jamás, jamás—respondió Fernando pesaroso.—Bernardo en verdad me había prometido descubrirme el misterio que envolvía mi nacimiento, pero lo impidió su inesperada muerte.

—Pues quizá yo—dijo Alonso—pueda suministraros alguna explicación acerca de vuestro nacimiento; mas ésta depende toda de que realmente seais aquella criatura á quien aquel tocador de laúd quiso asesinar. Por tanto, ¿es posible, como dijisteis, ver todavía hasta la hora presente las cicatrices de aquellas heridas?

—Vos mismo lo veréis—dijo Fernando, desabrochando su casaca y mostrándole las cicatrices.

Alonso se levantó de un salto, abrió enteramente sus brazos, rodeó con ellos á Fernando, estrechóle contra su seno y prorrumpió en un torrente de lágrimas, diciendo:

—¡Oh, Fernando, tú eres verdaderamente mi sobrino, el hijo de mi querido hermano! Tú eres el conde de Alvarez, el único legítimo heredero de uno de los más ricos condados de España. Por un hostil concurso de circunstancias fuiste privado de tu herencia, é ignorante de tu elevada alcurnia, te criaste sin saber nada de tus caros padres y parientes; yo mismo te tuve por muerto. Pero tan luego como supe que aún vivías, ardió mi corazón en el deseo de hallarte otra vez. Por amor á ti, que sólo como tierno infante te había conocido, he dejado nuestra cara patria y hecho

este dilatado viaje hasta estos bosques de la Bohemia, á fin de ver tu semblante, reparar la injusticia que se te ha hecho, restituirte conducido como en triunfo á España, darte posesión de tu condado como heredero de los estados de Alvarez y devolverte todos tus bienes. Salúdote, pues, queridísimo Fernando, con todo el corazón y te doy mil parabienes. Reconoce en mí á tu tío, el hermano de tu buen padre, y regálame tu amor.

Fernando quedó sumamente pasmado, y lleno de regocijo abrazó á su tío y sobre su cuello vertió las más gozosas lágrimas. También Alonso lloraba de gozo, pero estas lágrimas suyas corrían mezcladas con otras de amarguísimo pesar.

—¡Ah!—pensaba.—Si Fernando supiera lo que medité contra él, me aborrecería y con horror se desviaría de mí. De esta suerte la culpa puede acibarar al hombre los más dulces instantes de su vida.

Acto continuo Alonso, mientras se desabrochaba el sobretodo, siguió hablando, y habiéndose quitado la venera de brillantes que traía en la chupa, alargósela á Fernando, diciendo:

—Aquí mismo te cedo esta divisa de mi dignidad y grandeza de España, que á mí ya no me pertenece. Ven, déjame ponerte esta cruz en tu pecho. Sírvate de pequeña compensación por las heridas cuyas cicatrices llevas todavía.

—¡Oh!—dijo Fernando.—Al tiempo en que sangraban estas heridas, hallábame yo muy ajeno de pensar que servirían para tan dichoso descubrimiento y para indemnizarme de esta suerte. Así Dios sabe convertir todo mal en bien.

CAPITULO XXII

LA MADRE

Mientras el tío Alonso se daba á conocer á su sobrino Fernando y le condecoraba con la cruz como á grande de España, por una de las verdes y sombrías calles del jardín vino hasta allí Clara, la esposa de Fernando, á fin de cumplimentar á los señores forasteros. Mas volvióse pálida cuando vió relucir la cruz en el pecho de Fernando y le oyó llamar D. Fernando. Creyó que entre ella y él se abría una ancha sima, y aterrada quedó de pie en la oscura calle.

Don Alonso, que con el júbilo de su corazón no había reparado en Clara, así como tampoco los demás atendieron á ella, continuó hablando:

—Ahora, vamos á marchar prontamente: mi coche de camino está ya preparado. Yo te presentaré al Emperador para que, como rey de España, reconozca tus derechos, te afiance la posesión de tus estados, á ti y á tus amabilísimos hijos, como únicos y legítimos herederos. ¿Y tu esposa qué nacimiento tiene?

—Es hija—respondió Fernando—de un guardabosques y se llama Clara Hermann.

—¿Cómo? ¡Qué me dices!—exclamó Alonso, anublándosele el semblante: su orgullo por la antigua nobleza de que descendía se despertó con absoluto imperio.—¡La hija de un empleado del campo, una hija de cazador! —repetía con una especie de sobrecogimiento y des-

precio.—Malo es esto, me coge de sorpresa. Absorbido por otras ideas y sentimientos, ni siquiera había pensado en ello. Ahora se ha desvanecido todo mi contento y no veo fin á mi pesar.

Con este discurso Fernando quedó muy parado. Advirtiólo Alonso y dijo:

—Nada da, ciertamente. Tú ignorabas que fueses en España conde de tan antigua nobleza; si no, tú no habrías tenido la fatal ocurrencia de casarte con una campesina, hija de un cazador. Sobre este punto nos es preciso meditar lo que hemos de hacer y cómo enmendaremos ese yerro de tu elección; de lo contrario, este casamiento desigual me acarrearía la muerte.

Clara quedó profundamente afligida con las palabras de Alonso, que le despedazaron el corazón. Retiróse también sin ser notada, del mismo modo que había venido.

Pero Alonso se puso en pie, iba y venía con grandes pasos de una parte á otra, dábase golpes en la frente, y al fin se paró delante de Antonio.

—Vos quizás—díjole—sabréis algún expediente. Yo creo muy bien que la equivocación de persona disuelve el matrimonio. Decid, pues, de tal fundamento, ¿no podría declararse informal este matrimonio y ser anulado?

—La equivocación de persona—dijo Antonio—es en todas partes un impedimento que disuelve el matrimonio, que lo anula; pero aquí tenemos un caso enteramente particular; caso raro por cierto—prosiguió él, poniéndose el dedo en la frente;—caso en que uno se haya equivocado sobre su propia persona, y él mismo no haya sabido quién era, nunca se me había presentado. Debemos consultarlo con algunos juristas que estén más versados que yo en el derecho canónico.

—No hay necesidad de más consultas— exclamó Fernando.—Por ningún precio me separo de Clara: nunca, nunca, ni por un condado, ni por las dos coronos del Emperador, ni por ambas Indias sería yo tan infiel á mi cara esposa. La fidelidad que al pie del altar y á la vista de Dios le juré se la cumpliré hasta el sepulcro. Nada, nada nos desunirá, sino, como allí

Retiróse también sin ser notada...

dijo el sacerdote, sólo la muerte. Al principio en verdad me alegré de saber que yo era conde; pero fuí insensato, me alucinó el vil esplendor, mas sólo en aquel instante. Aquel liviano sueño ahora ya pasó, desvaneciéndose tan fugaz como vino. Nada más quiero saber de vuestro condado. De todas veras me alegro de haberos conocido de vista á vos, respetable tío, de quien nada sabía; pero no me digáis una palabra más de divorcio. Idos con Dios á vuestra deliciosa España, y sin mí; yo aquí me quedo en mi segunda patria, la querida Bohemia, donde yo vivo tan dichoso y complacido como en el paraíso, y donde también me propongo dejar mis huesos. En este momento me hallo demasiado afectado para entrar con vos en mayores explicaciones. Entretanto, debo declarar que no puedo seguir vuestro modo de pensar. Yo hubiera esperado de vos más prudencia y sentimientos más humanos. Perdonad que ahora os deje; volveré, aunque si todavía me hablaseis de mi divorcio, será sólo para daros el último adiós.

Fernando marchó á buscar á su Clara, pues le había dicho que luego la seguiría al jardín, y le causaba admiración ver cómo se había quedado. Hallóla en su ordinaria estancia vertiendo lágrimas, suelto el cabello, pálida como una muerta y como caída sobre un canapé. La rodeaban sus tres hijos, que la oprimían por las rodillas ó se colgaban de sus brazos, llorando todos y dando fuertes lamentos.

—¡Clara, querida Clara!—gritó Fernando.—¡Por el amor de Dios! ¿Qué te pasa, qué tienes?

Clara le miró afligida, vió la venera que aún traía en el pecho y exclamó:

—Esa cruz es una verdadera estrella de calamidad para mí y para mis hijos. Tú eres ahora un conde, un gran señor; pero yo no soy más que la pobre hija de un guardabosque. Tu tío, cuyas altivas miradas me aterraban y cuyos discursos me hacían temblar las rodillas, no aprobará jamás nuestro matrimonio, y por lo mismo trata de divorciarnos. El te imbuirá en los devaneos de la grandeza, te inducirá á repudiarme y desposarte con una condesa de antigua nobleza; pretenderá que desmientas el nacimiento de tus hijos y

ni aun les concedas llevar tu nombre. ¡Ah! No sobreviviré mucho á este pesar; indudablemente me precipitará en breve á la tumba.

—Amadísima Clara—le dijo Fernando estrechándola entre sus brazos,—¿qué pensamientos asaltan tu corazón? ¿Es posible que aun por un momento hayas creído á tu Fernando capaz de repudiarte y de abandonar á sus queridos hijos? No, no, nunca jamás. No soy marido tan desleal ni padre tan inhumano. Ya he devuelto á mi tío el condado, arrojándoselo otra vez sobre su casa; y mira cómo desprendo de mi pecho y lanzo fuera de mí esta luciente venera de piedras preciosas. Tú eres para mí más que todas las piedras preciosas del mundo; sí, tú eres para mí alegre divisa en un mundo mejor que Dios me ha dado para ser dichoso en él todos los días de mi vida. Nuestro cíngulo nupcial, consagrado ante el altar, es para mí más inviolable y santo que todas las bandas con que me pueda obsequiar un hombre, sea rey ó emperador. La banda que nos une la anudó Dios, y ningún poder humano la volverá á desatar.

Sentóse junto á ella, le tomó el blanco pañuelo de la mano y suavemente le enjugó las lágrimas. Lloró de nuevo, mas fueron lágrimas de gozo.

—Tú—dijo,—queridísimo Fernando, eres un excelente marido. Tu amor para mí ha prevalecido contra una enorme prueba, como el oro echado al fuego. Desde hoy, si cabe, soy más dichosa que antes.

Fernando tenía aún las lágrimas en los ojos. Ambos esposos abrazaban á sus hijos, y Fernandito decía:

—Gracias á Dios que al fin todos seguimos juntos.

—Sí, caros hijos míos—dijo el padre;—quedo con vosotros y con vuestra querida madre. Con armonía, amor y paz, seremos nosotros más dichosos que con todo el lustre y opulencia que nos pudiera traer una corona condal.

CAPITULO XXIII

LA FAMILIA DICHOSA

En el instante mismo en que Fernando acababa de serenar á su Clara, que otra vez, con ojos húmedos, se sonreía mirando á sus niños, que con alegre clamoreo expresaban su júbilo, se abrió la puerta y entró Alonso con Antonio.

Clara y los niños se sobrecogieron; la Bertita, que jugaba con la gran venera brillante tirada por el padre encima de la mesa, del susto que recibió dejó caer la cruz.

El altivo Alonso no dudaba lograr que se declararía por nulo el matrimonio de Fernando y había ideado el proyecto de que transigiese con Clara.

—Querido Fernando—dijo,—presta oídos á la razón. No se trata de cosas triviales; trátase de un gran condado, de la conservación de la estirpe y título del conde de Alvarez. Fernando, esta tu mujer jamás, jamás puede ser condesa de Alvarez, y nunca te será permitido llevarla á ninguna sociedad de la alta nobleza de España. Figúrate qué terrible será esto; y no pudiendo tampoco tus hijos heredar jamás nuestro condado, recaería en la corona de España. Esta pérdida sería incalculable. Yo á cualquier precio compraré, para la señora Clara, este mismo castillo ú otro hermoso señorío de Bohemia, y ella entonces con sus hi-

jos vivirá con las mayores comodidades y estará ricamente asistida de todo. La prudente señora Clara y sus queridos hijos queden, pues, aquí en Bohemia; pero tú, querido Fernando, ven conmigo á España para tomar posesión de tu condado. En efecto, me es muy sensible por amor de esta buena señora, pero la desunión es ahora indispensable y no podemos evitarla.

Fernando, encogiéndose de hombros, dijo:

—Tío, ya oisteis mis últimas palabras; nada más digo.

Carlos, el niño mayor, se dirigió con altivo denuedo á D. Alonso y le dijo:

—Nosotros no nos dejamos quitar á nuestro querido padre. Vete de aquí, mal hombre, ó si no, llamo al capataz, al jardinero y al cazador para que te saquen á la fuerza.

—¡Oh!—dijo la otra criatura, Fernandito.—Tú eres un mal tío: el otro tío nuestro que guarda los árboles allá en el bosque es, á pesar de sus barbas, mucho más cariñoso y nos quiere más que tú. Siempre que viene nos trae cosas muy bonitas, y hace poco que me ha traído una ardilla chiquita. Mientras él está, en toda la casa hay alegría; pero tú no nos traes más que pesadumbre.

Alonso, con la cháchara de los niños, quedó altamente irritado.

La idea de que un guardabosque había de pasar también como tío de aquellos niños le era insoportable.

—¡Calla!—dijo enfadado.—Nada más quiero saber de vuestra parentela.

Encolerizado se salió del cuarto, pasando por muy cerca de la venera, que aún estaba por el suelo.

—Mira, Antonio—dijo el mortificado Alonso,—mira si es malvado mi sobrino; tira por el suelo la insignia de mi alto nacimiento, para que sea hollada por los pies.

Antonio, á quien había afectado sobremanera la vista de la madre y niños, todos con los ojos llorosos, tomó afablemente de la mano al arrebatado Alonso, lo llevó á la habitación contigua y tuvo con él una conferencia á solas.

—Querido señor, en balde os fatigáis por desunir este matrimonio. Hablando con franqueza, yo no dejo de ver que á esto os impulsa vuestra soberbia ofendida y vuestra ilimitada ambición de honores, pero de ningún modo la reflexión. Este orgullo, esta codicia del honor os ha ocasionado muchas desgracias durante toda vuestra vida, y os indujo á hacer extremadamente infelices á vuestra esposa, á vuestros hijos, á otros muchos hombres y á vos mismo. ¡Ah! Vuestra esposa, la gentil doña Blanca, que era tan modesta y humilde, tal vez viviría aún si vuestros ambiciosos planes no le hubieran originado tan grandes pesares. Las falsas ideas del honor que inculcasteis á vuestro lozano y gallardo hijo Felipe fueron la causa de su sangrienta muerte. Vuestra incomparable hija, la ternísima Eugenia, fué sacrificada al pretendido honor de vuestra casa, y por ello se marchitó como una delicada rosa abandonada á los rayos abrasadores del Sol. ¿Y quién es causa de que Fernando, siendo de tan esclarecida nobleza como vos, haya tenido que ser sirviente de un negociante, abandonar su querida patria, la bella España, y buscar un amparo en país extraño? ¿Dónde estaría ahora si vuestros atroces planes se hubieran consumado? Por mi parte omito referir cuán desdichado me hizo la tentativa de secundar vuestros ambiciosos proyectos. Vos mismo, ¡qué desventurado os hicisteis! ¡Qué serie de pesares ha acibarado vuestra vida, llena de tales tormentos que os llevaron á la desesperación! Y ahora que Dios ha dejado libre vuestro corazón de aquella pesadumbre y vuelto á vuestros brazos vivo todavía á Fernando, á quien creisteis muerto, y cuyo presunto asesino erais vos, comenzáis de nuevo á perseguirle queriendo separarle de su encantadora esposa y sus queridos hijos. ¿No queréis desistir jamás de acarrear desgracias? ¡Ah! Todavía no os habéis reconciliado del todo con Dios: aún estáis lejos de la humildad de Jesús, y su amor á los hombres no ha entrado aún en vuestro corazón. ¡Oh! Considerad que él fué la más patente humildad, que se humilló por salvar á los hombres, hasta lavar los pies á sus discípulos, pasar por la ignominia de la cruz y ser contado entre los malhechores, á fin de proporcionarnos

una eterna bienaventuranza. Si de todas veras aspiráis á ser cristiano, aprended de él la humildad y el amor, y obrad conforme á éstos.

Alonso recapacitó y dijo:

—Tienes razón, querido Antonio; si me hubieran dicho siempre la verdad, me habría ido mejor y ahorrado muchas calamidades. Te agradezco el buen consejo, y lo seguiré.

Con semblante risueño se dirigió Alonso al otro cuarto para hablar con Fernando, á quien su esposa é hijos tenían todavía rodeado, temiendo que los separasen del amado esposo y padre.

Alonso echó sobre todos una mirada muy cariñosa y dijo:

—Querido Fernando, querida Clara, yo apruebo vuestro matrimonio: vivid siempre tan dichosos como hasta ahora.

Clara, en extremo pasmada, se echó á sus pies y con ojos llorosos, en que las lágrimas relucían aún, le pidió su bendición.

Fernando hizo lo mismo y los niños siguieron el ejemplo de los padres.

Todos se arrodillaron á los pies de D. Alonso; pero él exclamó:

—¡Oh! No, guardaos de arrodillaros á mí; no soy digno de tanto, y no puedo permitirlo; yo de nada os soy merecedor; ruégoos que os alcéis.

—De ninguna manera sin que primero nos bendigáis—dijo Fernando.

Con íntima emoción y elevando los ojos al Cielo dijo Alonso:

—Pues bendiga Dios vuestro matrimonio, á vosotros y vuestros hijos.

Levantó á Fernando y le estrechó efusivamente entre sus brazos y abrazó también á Clara, inundada en lágrimas.

Sus ojos llenáronse de lágrimas cual nunca las había vertido, y entonces experimentó un júbilo que jamás conoció.

Uno tras otro cogió en sus brazos á los niños, que le alargaban los suyos, y los besó muchas veces con paternal cariño.

Pidió á Clara que le llevase el menorcito, que aún no andaba ni sabía hablar.

Se lo llevó, y la criatura sonreía alegremente al anciano y afectuoso señor, y de buena gana toleró que lo tomase en brazos.

—¡Oh! Tú, bueno y amable niño—decía mientras lo besaba,—yo, cruel, quería hacerte desventurado y quitarte tu caro padre antes que supieses pronunciar este nombre; mas ahora nada tienes que temer de mí; ríe siempre con tu infantil inocencia. Yo emplearé el resto de mis días solamente en hacer tan dichosos como esté en mi mano á ti, tierno niño, á todos tus hermanos queridos y á tus padres, ídolos de mi corazón.

Clara dispuso entonces una cena tan regalada como la prisa le pudo proporcionar, pues con las agitaciones de la tarde se le habían olvidado enteramente los preparativos de comida. A instancias de Alonso cenaron juntos, además de padre y madre, los niños todos.

El regocijado viejo se sentó entre los felices esposos y Antonio enfrente.

La madre sostenía sobre su regazo el niño más pequeño.

Ante tan hermoso grupo sintióse Alonso tan feliz, alegre y complacido como jamás lo había estado en su vida.

Se recreaba con la divertida algazara de los niños, y suplicó á sus padres que no los reprendiesen, y hasta sonábale agradable al oído el balbuceo ininteligible del más chiquito, que su madre tenía en la falda.

—¡Gran Dios!—dijo al fin de la cena.—¡Qué bueno sois! ¡Qué inmerecida felicidad me preparáis para mi vejez! Aislado, abandonado y triste, pasaba todo el día sentado en mi aposento; nunca más volví á visitar mi palacio de Madrid, y en el castillo que yo habitaba reinaba el silencio de las tumbas. A todos los que amaba, mi esposa y mis hijos, había yo sobrevivido, haciéndoles bajar sucesivamente al sepulcro. En toda la tierra no contaba yo con ningún pariente, y ahora, amantísimo Señor, me habéis traído á una familia tan

amable como ésta, y me proporcionáis hallar en Fernando un querido hijo, en Clara una buena hija y en sus hijos unos lozanos nietos, pues como tales yo los miraré siempre. ¡Gran Dios, cuántas gracias os doy! Todo el resto de mi vida será una fervorosa acción de gracias.

CAPITULO XXIV

EL EMPERADOR

Alonso resolvió permanecer algunos días con Fernando, Clara y sus hijos, en medio de los cuales se hallaba feliz, y después pasar á la corte á fin de arreglar en ella sus asuntos.

Una tarde llegaron de sorpresa al castillo el conde de Gallas con su esposa y la condesa de Obersdorf para felicitar á Fernando. Este había escrito al conde de Gallas y Clara á la condesa de Obersdorf dándoles inmediatamente la noticia de sus variadas circunstancias de fortuna. Fué tal la admiración y alborozo de aquellos elevados señores, que quisieron atestiguar personalmente su alegría al noble Fernando y á la interesante Clara. Alonso quedó atónito cuando el conde de Gallas saludó con la debida atención como á igual suyo al que hasta aquel día había sido su administrador, y cuando ambas Condesas abrazaron con la mayor ternura á Clara. Alonso prolongó su permanencia y aún tardó más días en partir con los suyos á la corte.

Hizo pedir al Emperador una audiencia secreta, y la obtuvo al momento, pues como D. Alonso á los ojos del mundo era un hombre de honor y había trabajado mucho por su patria, el Emperador, como rey de España, le apreciaba muchísimo. Alonso narró los fatales sucesos de su sobrino, sin mencionar el delito.

Dijo únicamente que Bernardo del Río, hombre de gran nobleza, con quien él se había conducido muy hostilmente, supo tener secretamente á Fernando en su poder siendo tierna criatura, dándole, sin embargo, una distinguida educación; mas que, habiendo sido arrebatado por la muerte, no pudo efectuar sus ulteriores miras respecto al joven Conde, sin duda muy loables.

El Emperador dijo que los niños de Fernando, según las leyes de España, ningún derecho podían tener al condado, y que no estaba en las facultades del mismo rey alterar aquellas leyes ni apartarse de ellas; pero que como emperador de Alemania, quería de otra suerte atender á los hijos de Fernando para satisfacción del tío; además manifestó deseos de ver á Fernando y á su esposa.

Alonso no tenía ya fuerte empeño en que Fernando y Clara vistiesen tan lujosamente como iban vestidos un conde y condesa en aquellos tiempos; pero regaló especialmente á Clara aquel exquisito aderezo de diamantes que su esposa Blanca había recibido una vez de la madre de Fernando como un legado, y que por fortuna D. Alonso había traído consigo para el viaje. Presentó al emperador á Fernando y Clara. No poco turbada se hallaba ésta, y latíale el corazón al comparecer ante un señor tan poderoso, que venía á ser el primer soberano de la cristiandad.

El Emperador contempló á los dos bellos y amables esposos con miradas muy benévolas y les dijo:

—Fernando de Alvarez, ya sabrás por boca de tu tío que no está en los alcances de mi poder afianzar á tus hijos el derecho de herencia al condado de tus mayores en España. Pero en la Silesia, señorío de Ratibor, hay justamente en venta unos hermosos estados, considerables por su nobleza. Tu tío, durante una guerra y penuria de dinero, me facilitó un empréstito que poco más ó menos puede indemnizar el precio de aquellos estados. Yo ahora te hago presente de esta suma que me regaló él ayer y ya he dado orden para que te sea aprontada. Con ella compra aquellos estados, y quédate en el territorio austriaco, siéndome tan fiel súbdito como has sido hasta ahora, y como en Es-

paña fueron para mí tu padre y tío. Pero á ti, amable Clara, que ya desde mucho tiempo has ennoblecido tu corazón, yo te haré noble y hoy te será entregado el título de nobleza firmado por mí.

Fernando y Clara besaron la mano al Emperador y le dieron gracias por aquellos favores.

Alonso partió con Fernando y su familia inmediatamente para Silesia, á fin de hacer un reconocimiento de aquellos estados, y quedaron excedidas sus esperanzas. Presto se realizó la compra, y Alonso determinó pasar allí algunos meses. Incesantemente se dedicó al embellecimiento del castillo y del jardín, haciendo traer todo cuanto correspondía á la completa y adecuada erección de un noble señorío. Fernando y Clara se conceptuaron mucho más felices que antes; pero no precisamente porque á consecuencia de las disposiciones del tío viviesen con mayor suntuosidad, comieran manjares más delicados ó vistiesen más bonitamente, ni tampoco porque fuesen más considerados que antes por los hombres, sino porque ahora, con sus pingües rentas, se veían en estado de hacer más bien á sus semejantes.

Llegado el día que Alonso había señalado para su viaje á España, á punto ya de despedirse y cuando toda la familia lo circuía llorando, abrazándolo los padres y los hijos asiéndolo por las rodillas, les dijo:

—No, carísimos hijos y nietos míos, yo no puedo dejaros; quedo con vosotros y algún día me cerraréis los ojos. En ninguna parte me hallo ya tan feliz como entre vosotros. En España, uno de los más amenos países del mundo, tenía yo todo cuanto un corazón humano puede ansiar: honores, riquezas, esplendor, muchos castillos y posesiones, todas las comodidades y placeres de la vida; mas con todo esto era sumamente desdichado. Todas aquellas magnificencias no me pudieron asegurar contra la suerte adversa, y me faltó lo principal: un corazón tranquilo, libre de pasiones y de remordimientos de conciencia. La constante vista de vuestra felicidad doméstica, de vuestro amor y respeto, de vuestro menosprecio á todo vano brillo, de vuestra natural y sigilosa beneficencia, con la cual hacéis venturosos á todos los que os rodean, me ha en-

señado en dónde se encuentra exclusivamente la verdadera dicha de la vida.

No partió, y Antonio se quedó como capellán del castillo en la capilla del mismo, que Alonso mandó adornar con sencilla dignidad, que es la magnificencia más adecuada al servicio del Señor. Consagró sus postreros días enteramente al Criador, y cifraba su honor solamente en agradar á Dios y su única dicha y recreo en la felicidad y contento que esparcía sobre los demás.

Solía decir:

—Por mi propia culpa fué tempestuoso y agitado el estío de mi vida, lleno de atroces borrascas; pero nunca daré á Dios suficientes gracias porque, á pesar de mis pocos merecimientos y contra todas mis esperanzas, me ha favorecido con un otoño de mi vida tan benigno y hermoso. Yo antes no fuí feliz hasta que me he sometido enteramente á mi Dios, haciéndome también humilde y afectuoso para con todos los hombres. Sin temor, amor y humildad á Dios, no hay verdadera felicidad en la Tierra.

Muchas veces repetía aquella sentencia de los sabios de la antigüedad:

—En el mundo no hay verdadera felicidad sin virtud, y no hay virtud verdadera sin religión.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

		Págs.
CAPÍTULO	I.—Los padres de Fernando	7
—	II.—La orfandad	15
—	III —Nueva madre y curadora	19
—	IV.—El tutor	23
—	V.—El tocador de laúd	33
—	VI.—El astuto seductor	36
—	VII.—Separación de la madre	45
—	VIII.—El doble impostor	48
—	IX.—Un hombre luchando consigo mismo	53
—	X.—El asesino	58
—	XI.—El caballero desconocido	62
—	XII.—El ermitaño	70
—	XIII.—El preceptor	78
—	XIV.—El joven mercader	85
—	XV.—La novia	92
—	XVI.—El feliz desdichado	99
—	XVII.—El delincuente arrepentido	108
—	XVIII.—El cura	114
—	XIX.—Un antiguo conocido	121
—	XX.—Tres amables niños	129
—	XXI.—El padre	135
—	XXII.—La madre	139
—	XXIII.—La familia dichosa	144
—	XXIV.—El emperador	150